

ENTREVISTA A VÍCTOR L. URQUIDI

POR THOMAS G. WEISS
ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS
OSLO, 18 Y 19 DE JUNIO DE 2000



EL COLEGIO DE MÉXICO

ENTREVISTA A
VÍCTOR L. URQUIDI

por Thomas G. Weiss.

Organización de las Naciones Unidas,

Oslo, 18 y 19 de junio de 2000

ENTREVISTA A
VÍCTOR L. URQUIDI

por Thomas G. Weiss.
Organización de las Naciones Unidas,
Oslo, 18 y 19 de junio de 2000

Prólogo, traducción y notas de
Joseph Hodara

Colección Testimonios



EL COLEGIO DE MÉXICO

Urquidi, Víctor L., 1919-2004

[Oral history interview with Víctor L. Urquidi. Español]

Entrevista a Víctor L. Urquidi / por Thomas G. Weiss, Organización de las Naciones Unidas, Oslo, 18 y 19 de junio de 2000 ; prólogo, traducción y notas de Joseph Hodara – 1a. ed. – México, D.F. : El Colegio de México, 2014.

139 p. ; 21 cm (Colección Testimonios)

ISBN 978-607-462-665-0

1. Urquidi, Víctor L., 1919-2004 – Entrevistas. 2. Urquidi, Víctor L., 1919-2004 – Profesión. 3. Economistas – México – Siglo xx – Biografía. I. Weiss, Thomas George, 1946-, entr. II. Hodara, B., Joseph, pról. III. Organización de las Naciones Unidas. IV. t. V. Serie

Primera edición, 2014

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-665-0

Impreso en México

PRÓLOGO

*Para Antonio Bolívar,
excepcional y lúcido lector*

MARCO DE REFERENCIA

Al final de los noventa del siglo pasado, las Naciones Unidas resolvieron impulsar un proyecto historiográfico que pondría de relieve las contribuciones de un número selecto de intelectuales, funcionarios y científicos a la materialización de las aspiraciones promovidas por esta organización mundial. El proyecto fue coordinado, desde su arranque, por Thomas G. Weiss, Richard Jolly y Louis Emmerij; el Instituto de Estudios Internacionales Ralph Bunche de la Universidad de la Ciudad de Nueva York le concedió el marco académico pertinente. Este proyecto procuró subsanar la ausencia de una crónica amplia de las ideas, acciones y quehaceres de las Naciones Unidas y de sus múltiples organismos, por medio de textos e historias orales que aludieran al impacto —tanto efectivo como retórico— que esta compleja organización habría logrado en el andar del tiempo. Durante los diez años de su existencia, este ensayo historiográfico —con el título general de *Historia intelectual de las Naciones Unidas*— se tradujo, por un lado, en 17 volúmenes que pasaron revista al desenvolvimiento y a la práctica de las múltiples aportaciones y actividades que se originaron en esta institución, y, por otro, en 79 entrevistas que se encuentran en formato CD con sus textos mecanografiados y las fotografías de los personajes en cuestión. Las intenciones de este proyecto presentaron desde su inicio un impulso ilustrativo y en menor grado apologético: reunir y ordenar evidencias textuales y de viva voz sobre las ideas rectoras de las Naciones Unidas y sus diversos ramales desde su nacimiento en 1945 hasta la primera década del siglo XXI. Sin embargo, los encargados del proyecto concedieron amplia

latitud a las reflexiones personales de los autores y de las figuras escogidas.¹

Con la intención de asegurar el equilibrio y la representatividad de las historias esbozadas de primera mano se escogieron figuras que contribuyeron intelectual y prácticamente —a juicio de los coordinadores del proyecto— a la diseminación y a la praxis de las ideas rectoras de la ONU, entre ellos economistas notables (como Jan Tinbergen, Arthur Lewis, Gunnar Myrdal) que fueron distinguidos con el Premio Nobel. En paralelo, se recogieron las experiencias de funcionarios que ejercieron el liderazgo de instituciones cardinales del organismo mundial. La mitad de los entrevistados tuvieron altos cargos como funcionarios internacionales; un tercio de ellos se dedicó particularmente a labores académicas, prestando algunos servicios parciales de asesoramiento a diferentes proyectos de la ONU, y el resto señaló a personalidades que habían tenido un conspicuo papel en el gobierno de sus propios países. Las mujeres entrevistadas representaron la quinta parte de este conjunto historiográfico. Con algunas excepciones (Víctor L. Urquidí es una de ellas), los entrevistados alcanzaron altos grados académicos. También se cuidó un relativo equilibrio geográfico. La mitad de los entrevistados, en efecto, se formó en países económicamente avanzados, y la otra en África, Asia, el Medio Oriente y América Latina. La mayoría de ellos atesoraban significativos recuerdos de acontecimientos que redefinieron el balance socioeconómico y militar mundial, como la Gran Depresión (1929), los ordenamientos de Bretton Woods (1944), la segunda Guerra (1939-1945), y el inicio y la evolución de la Guerra Fría.

Como cabe anticipar, el lenguaje, las experiencias narradas y los balances personales difieren notablemente en las 79 entrevistas, tangible evidencia de la libertad que se concedió a los entrevistados, si bien las preguntas tuvieron un rumbo concertado previamente y dirigido a revelar sus aportes y opiniones en torno a la evolución de la entidad mundial y sus logros relativos.

Estos encuentros se desplegaron en 350 horas de intenso diálogo, y éste se prolongó en promedio de tres a cuatro horas. Los en-

¹ Para ampliar la información sobre las intenciones y desenvolvimiento de este proyecto, véase <www.un.history.org>. En cuanto a los textos publicados, véase R. Jolly, L. Emmerij y T. Weiss, *El poder de las ideas: claves para una historia intelectual de las Naciones Unidas*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.

trevistadores fueron previamente orientados por psicólogos sociales con el fin de instruirlos en torno a las múltiples dimensiones formales y subjetivas que una lúcida entrevista reclama.

Este proyecto historiográfico fue financiado por fundaciones y gobiernos como Ford, Carnegie Corporation, Rockefeller, Canadá, Noruega, Suecia, etc., aparte de contribuciones personales.

LA ENTREVISTA COMO GUIÓN Y ESCENARIO TEATRAL

Para apreciar en términos generales la dinámica peculiar de una entrevista —y de manera especial la concedida por V.L. Urquidi en este marco historiográfico, que es el tema principal de estas páginas introductorias— es pertinente aludir a los múltiples y complejos rasgos que caracterizan regularmente el encuentro verbal entre dos o más actores que protagonizan una entrevista. En puridad, no se traduce el resultado de este encuentro en pieza historiográfica, ni en biografía o autobiografía, aunque puede contener elementos afines a cada uno de estos géneros.²

Las siguientes preguntas tal vez aclaren lo sugerido a la par que afilarán las implicaciones de esta apreciación, a saber: ¿qué es una entrevista? ¿Cuántas personas —reales y fantasmagóricas— la protagonizan? ¿Cuál es el carácter de las interacciones que en ella se articulan? ¿Cómo gravita el inevitable lenguaje corporal, con sus variaciones y matices, en el curso de la entrevista? ¿Cómo se desenvuelven las tonalidades subjetivas en su curso? ¿Quién le pone fin? ¿Por qué y cuándo? ¿Y *qué* ocurre y *les* ocurre a sus protagonistas una vez concluida formalmente?³

Ensayaré dar breves respuestas a estas interrogantes remitiéndome en todo momento a la entrevista singular que se encuentra en

² Un estilo testimonial que oscila entre la crónica y la confesión, como bien señala G. May en *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 110 ss.

³ La dinámica de la entrevista en sus múltiples dimensiones ha sido objeto de estudio por parte de científicos sociales y psicólogos clínicos. El lector interesado podrá consultar Thomas Ogden, *Subjects of Analysis*, Londres, Jason Aronson, 1994, especialmente pp. 107 ss. Y, en particular, Joyce McDougall, *Théâtres du Je*, París, Gallimard, 1982, pp. 18 ss.

estas páginas. No pretenden hacer referencia a otras, pues esto nos alejaría de nuestro medular propósito.

En términos formales y visuales, la entrevista que aquí se presenta es un encuentro entre dos personas diferenciadas por la edad (algo más de 27 años), por los dispares acontecimientos que vivieron de cerca, por la estructuración e historia personal, por posturas desiguales (conductora y algo apológetica en el caso del entrevistador y narrativa, con algunos ásperos comentarios, en el caso del entrevistado). En contraste —pero *al mismo tiempo*—, las afinidades culturales, académicas y personales entre ellos se perfilan conspicuas. El resultado: un movimiento oscilatorio, recíproco, de afinidad y lejanía, de identificación y de distancia. Relación dialéctica que ha conducido a algunos analistas a sostener que los diálogos reflejan un *teatro* dinámico de dos o más subjetividades. Entre sus rasgos: la organización narcisista, los recuerdos deformados, las seducciones de la catarsis, el hilvanamiento caprichoso de las ideas, la exaltación en el lenguaje y, en fin, la verbalización de hechos que el entrevistado esboza *selectivamente* o que no los difundió con este formato en un público amplio. Obviamente, no son todos.⁴

Obsérvese, para empezar, el *tipo de lenguaje* que suele caracterizar a la entrevista, y a ésta en particular. En eruditas páginas, Martín Alonso⁵ alude a las diferentes funciones de la *frase*. Corresponde estudiarla desde diferentes ángulos. Aquí interesa el *subjetivo* que, en sus palabras, apunta a lo *mentado* y *evocado*, rasgo que, a mi juicio, caracteriza a la entrevista, donde “el que habla selecciona entre los contenidos de su conciencia el más apropiado para expresar su mundo interior”. Se trata de un lenguaje, según Alonso, que no puede eludir una carga emocional que se manifiesta —entre otros cauces— mediante la “curva melódica” del diálogo.

Cuando el lector repase el texto que aquí se ofrece comprobará que el lenguaje de VLU en esta entrevista es absolutamente diferente del encadenamiento medido y circunscripto que caracterizó a buena porción de sus escritos. Cuando alude, con infantil y

⁴ Estas expresiones acentúan el carácter teatral de la entrevista. Véase al respecto J. Duvignaud, *Sociología del teatro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, especialmente pp. 151 ss.

⁵ M. Alonso, *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, Madrid, Aguilar, 1979, vol. I, pp. 93 ss.

joven mirada, a episodios autobiográficos, se escucha el vaivén de su vida entre Europa, México, Sudamérica, España, Inglaterra y, por fin, México. Y, también, la relación encantada —íntima y amorosa— respecto a su padre. Pero cuando alude —ya adulto— a sus experiencias laborales, a personas que le merecieron respeto mas no cercanía, y a temas a los que dedicó esfuerzos y atención, el lenguaje es directo y puntual. Y con el avance del diálogo, su discurrir sobre enérgicas convicciones registra hiatos y redundancias que se antojan prescindibles, pero se corrige y retorna a la puntualidad reclamada por la lógica del encuentro.

Sin ahondar en este tema podría insinuarse que una entrevista —ciertamente, no sólo en ella: también en el ejercicio autobiográfico y en las evocaciones personales— los *fantasmas* abundan y gravitan sobre ella. El diálogo incluye múltiples dimensiones más allá de las dos personas que interactúan; procrea asociaciones, agresividad, nostalgia, resistencias. Como se comprobará en la lectura, las intervenciones de VLU llevan estas cargas a veces explícitas y, en otras, oblicuamente, en tanto que el entrevistador cuenta, desde el principio, con más recursos para disimularlas.

Este abanico de reacciones y posturas se pone de manifiesto, en particular, cuando Urquidi refiere su carrera internacional en algunos recodos. Por ejemplo, en el Banco Mundial. El desencanto con esta institución, los señalamientos sobre la mediocridad de sus funcionarios y la indiferencia institucionalizada que revelaron respecto al desarrollo de los países rezagados, lo conducen a emitir expresiones irritadas, lacerantes. Otro ejemplo que el lector podrá comprobar: sus actitudes críticas respecto a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) como organización que ya no refleja la realidad latinoamericana, apreciaciones que contrastan con la afectuosa cercanía que revela hacia Raúl Prebisch como persona y líder intelectual.⁶

Esta plural atmósfera se presenta en esta entrevista en múltiples recodos. Sus contenidos probablemente suscitaron en el entrevistador no sólo interés; también estupor y desconcierto. Particular cadena de reacciones que acaso se acentuaron cuando el entrevista-

⁶ El lector puede apreciarlo con más amplitud en J. Hodara, *Víctor L. Urquidi. Trayectoria intelectual*, México, El Colegio de México, 2014.

do puso fin al encuentro, conducta adversa a las convenciones pero consistente con el perfil y el hacer que distinguieron, en múltiples momentos, el trayecto de Urquidí.

Los rasgos particulares de un diálogo vivaz que más tarde es transcrito sin admitir revisiones, conllevan dificultades tanto para el traductor como para el lector cuando se apegan a la secuencia literal de la entrevista. Aludiré de inmediato al primero.

Aunque se dice que *traducir es traicionar*, toda versión de un idioma a otro debe empecinarse en el cuidado impecable del espíritu y de la letra del original. Incluso cuando se trata de una entrevista que, al trasladar su versión original a otro idioma, se encuentra a mitad de camino entre la severa *traducción* y la flexible *interpretación*. Obviamente, se trata de dos labores hartamente diferentes. De ordinario, la primera tiene lugar en una exigente y escogida soledad, ayudándose a veces con diccionarios que facilitan el encuentro de la palabra precisa. En contraste, el intérprete debe apegarse a un ritmo nervioso, sin pausas, que aspira a reflejar lealmente el significado y las cadencias de la voz escuchada.

Sin embargo, *en ambos casos* gobierna la obligación de revelar absoluta lealtad a lo escrito y a lo hablado. Y en este caso particular, cuando el texto de la entrevista se presenta mecanografiado, la interpretación y la traducción se transforman en dos labores convergentes. En otras palabras, por la índole de la entrevista como escenario en el que dos o más actores gravitan con ropajes y guiones desiguales, la labor de verterla a otro idioma oscila entre la *traducción* serena y bien meditada según la flexibilidad que los idiomas permiten, y la *interpretación*, que es movidiza y dinámica. Pero en ambos casos el compromiso con la fidelidad del original nunca cesa. Éste fue mi imperativo categórico en la labor al trasladar al castellano lo que fue hablado y escrito en inglés.

Sin cancelar lo dicho, confieso que la lectura de algunos pasajes me exigió reiterados intentos. Las frases de una entrevista no acatan un impecable orden sintáctico; se valen de otros medios, como insinuaciones, gestos, énfasis, sinuosidades de la voz y otros. Más de una vez me asaltó el desasosiego al anticipar que el lector de este diálogo tal vez habrá de sentirse tempranamente fatigado por algunas frases inconclusas y por asociaciones de ideas en apariencia erráticas. Me pregunté entonces: ¿cómo facilitar la lectura sin trai-

cionar el texto original? Adopté entonces esta arriesgada modalidad: poner entre corchetes y en cursivas palabras que no se dijeron en la entrevista, pero sin las cuales el texto no sería suficientemente inteligible, al menos en su primera lectura. Por supuesto, el lector queda en libertad para escoger la senda que prefiera.

Algo más: he incluido en el texto de la entrevista aquí vertido brevísimas notas que se refieren a las múltiples personas aludidas por el entrevistado. Juzgué que, con este proceder, este testimonio que se traduce al español por vez primera, después de catorce años de su aparición, podrá ser más comprensible al lector iberoamericano y a los estudiosos que justificadamente no estén familiarizados —al menos en parte— con el cúmulo de nombres que para Urquidí componían un bagaje íntimo en su memoria.

RITMOS Y CONTENIDOS DE LA ENTREVISTA

El contrapunto que aquí se presenta contiene tres secciones que a veces se insertan unas en otras y, a veces, se divorcian: la primera, el recuento de Urquidí en su condición de niño y adolescente que observa el mundo con cándido asombro; después, sus experiencias como persona que se incorpora al mundo de los adultos y ensaya en cuanto tal sus primeros pasos en México, y, por último, su visión perspicaz y crítica hacia el fin de sus días, que lo conduce a apreciar, desde cerca y desde lejos, algunos tramos de su recorrido. Cada una de estas etapas —prefiero *posturas*— condujo al entrevistado a adoptar actitudes y discursos dispares. Brevemente, los caracterizo a continuación.

Con las primeras preguntas, Weiss impulsa al entrevistado a enhebrar un recuento de su trayectoria personal y familiar. Su nacimiento en París al término de la primera Guerra, el inglés como primer idioma, los tránsitos geográficos de país a país como hijo de un padre uncido a cargos diplomáticos, las variadas y fragmentarias experiencias escolares que apenas le permitieron lazos profundos con jóvenes de su edad, los trastornos ocasionados por la guerra civil en España, los estudios en Londres y el retorno a México: jalones parciales de su infancia y adolescencia. A ellos añade la labor abnegada de su madre en calidad de enfermera en la contienda español-

la y la punzante decepción de su padre cuando, sin aviso previo, es desalojado de su puesto en España, circunstancia que lo sumirá en una honda depresión que acaso apuró —junto con una pulmonía intratable— su prematura y lamentada muerte.

En la segunda *postura*, Urquidí se sitúa psicológica y simbólicamente como un sujeto adulto y responsable que procura modelar su futuro con recursos propios. Arranca desde su retorno como flamante economista a México en 1940 y el deseo de obtener un empleo satisfactorio y remunerado para reducir las estrecheces económicas de la familia. Su hermana María ya trabajaba en el Banco de México, y él ensaya una contribución. El hogar se localiza algún tiempo en una zona de la clase media mexicana (en la calle Progreso, que será ulteriormente parte de la Colonia Escandón), y su rápida inserción laboral gravita favorablemente en su ánimo. Los vínculos de su padre con personas bien situadas en los estratos superiores del poder y del prestigio social le ayudaron sin duda. Empieza entonces su recorrido en el Banco de México, protegido en todo momento por el celebrado Daniel Cosío Villegas, y aquí se acumulan y fertilizan sus experiencias en las tareas exigidas por la preparación de la Conferencia de Bretton Woods (1944), su larga e instructiva gira por el mundo (1947) buscando mercados para la plata mexicana, el breve desempeño (1947-1949) en el Banco Mundial y la inserción en la CEPAL con sede en México (1951-1958) animado por la misión de promover la integración de las economías centroamericanas. Estos pasos profesionales continuarán en diversos marcos e instituciones, como el lector de esta entrevista podrá comprobar. Me limitaré a señalar dos ausencias en sus remembranzas: la primera, su decisiva contribución a El Colegio de México que constituyó su hogar profesional casi único durante varias décadas, y, después, las ambivalentes consecuencias de sus labores en el entorno familiar. Ambas se explican porque anticipó que estos temas no eran de interés para el entrevistador.

La última *postura* —unida a la precedente— es la de lúcido participante y observador. En este marco y tránsito, Urquidí no ahorra ni exaltados elogios ni bajas calificaciones a las múltiples personas e instituciones que conoció en su vida. Por ejemplo, al lado de encomios —y también reservas— a la figura de Raúl Prebisch no se abstiene de censurar algunas conductas institucionales de la CEPAL,

particularmente cuando uno de sus secretarios ejecutivos le mostrara ofensiva indiferencia. Otro ejemplo: en los repetidos encuentros con los veteranos de Bretton Woods formula ásperos calificativos respecto a algunos líderes del Fondo Monetario Internacional (FMI); también sus actitudes relativas a las conductas del gobierno norteamericano respecto a México llevan a menudo sellos de acre censura, aunque sugiere que la vecindad con Estados Unidos no es sólo una realidad geográfica: obliga al país a aceptar y negociar sus consecuencias, sin ensayar adhesiones rituales y huecas al grupo de los países en desarrollo (G-77) o a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Hacia el final del encuentro insinúa al entrevistador que está preparando un examen prolijo de lo que debe hacerse para recomponer “la región latinoamericana”, pues *América Latina* es una ficción que debería obligar a una revisión radical de conceptos e instituciones, intención que alcanzó a cristalizar en los últimos meses de su vida.⁷

PALABRAS DE GRATITUD

Como textos anteriores en los que merecí la oportunidad de referir la fecunda y plural trayectoria de Víctor L. Urquidi, éste no hubiera nacido sin el apoyo entusiasta de Javier Garcíadiego Dantán, presidente e investigador de El Colegio de México. Le reitero mi firme gratitud.

Mi reconocimiento vivaz a Carlos Marichal, quien de múltiples maneras impulsó y sigue impulsando el reconocimiento al itinerario intelectual de Víctor L. Urquidi. Firme y acertado fue su respaldo a los aportes que pude entregar a esta empresa.

En cuanto a esta particular entrevista que durante largo tiempo no fue conocida y apreciada en lengua española, mi gratitud a Gert Rosenthal por facilitarme los datos indispensables. Y como en previas labores, gocé de la *clara* ayuda de una persona que es la coautora afectiva de todas ellas.

JOSEPH HODARA

⁷ Víctor L. Urquidi, *Otro siglo perdido*, México, El Colegio de México–Fideicomiso Historia de las Américas–Fondo de Cultura Económica, 2005.

ENTREVISTA*
A VÍCTOR L. URQUIDI

* Transcrita por Ron Nerio.

Thomas G. Weiss: Entrevista a Víctor Urquidi en Oslo, la tarde del domingo 18 de junio del año 2000. Buenas tardes, Víctor. En primer lugar me gustaría preguntarle cuáles fueron sus orígenes familiares y cómo gravitaron en su formación personal y, particularmente, en sus ideas y en su trayectoria en las relaciones internacionales.

Víctor L. Urquidi: Primero, mi entorno familiar. Nací en París, seis meses después del armisticio en 1918. Así ocurrió porque mi padre, Juan Francisco Urquidi, había sido enviado a esta ciudad como tercer secretario de la Embajada de México, que fue reabierta bajo la dirección del embajador Alberto Pani,¹ destacado político en el periodo revolucionario, especialmente en los tiempos de Madero² y Carranza.³ Pani había sido el mentor de mi padre en sus estudios de ingeniería. Mi padre cursó esta carrera en el Instituto de Tecnología de Massachusetts graduándose en 1906. Al retornar a México, trabajó en varios proyectos civiles dirigidos por Pani durante el régimen de Díaz.

Mis primeros cinco meses de vida transcurrieron a orillas del Sena, en un pueblo situado a 15 kilómetros de París llamado Chatou, un lugar fascinante (volví a visitarlo hace tres o cuatro años). Las condiciones en París eran difíciles a mediados de 1919; no había calefacción en las habitaciones y los alimentos básicos eran difíciles de conseguir. Pero en las afueras de la ciudad era factible conseguir lo que un niño pequeño necesitaba.

Mi padre fue enviado a Londres dos años más tarde para colaborar en la apertura de la Embajada mexicana en esta ciudad. Duran-

¹ Alberto J. Pani (1878-1955). Entre otros cargos fue Secretario de Hacienda (1932-1933) y embajador de México en Francia y en España. Creó el Banco de México (1925) y otras instituciones financieras.

² Francisco I. Madero (1873-1913). Presidente de México en el periodo 1911-1913, al comienzo de la Revolución mexicana.

³ Venustiano Carranza (1859-1920). Presidente constitucional de México entre 1914 y 1920.

te la primera Guerra, México no tenía relaciones diplomáticas con Francia ni con Inglaterra. Los franceses sospechaban —también los británicos— que el país había mantenido contactos con Alemania en los primeros años de la guerra. Sospechaban también que el gobierno alemán había intentado inducir al régimen de Carranza en México a tomar partido contra los Aliados.

Fuimos [*entonces*] a Londres. Y allí llegué a una edad en la que comencé a entender el inglés y a hablarlo. Ciertamente, aprendí el inglés antes que el español. Cuando retorné a México contando tres años debí aprender rápidamente el español pues todos se burlaban de mí. Menciono estas circunstancias porque mi padre trabajaba —como he dicho— en el Servicio Exterior de México en aquellos tiempos. Antes había sido ayudante de Francisco I. Madero, presidente mexicano que ayudó a derrocar a Porfirio Díaz,⁴ asumiendo su cargo en 1911. Mi padre trabajó con él debido a que su hermano, mi tío Manuel, era el tesorero del Partido Anti-Reeleccionista cuyo líder fue Madero durante la Revolución mexicana.

Mientras crecía escuché mucho sobre la vida política en México. Mi abuelo —supe entonces— también había participado en la política durante el siglo xix, muy cercano a Juárez,⁵ cuando éste resistía la invasión francesa. Más tarde me enteré de que él había luchado en su juventud contra los norteamericanos cuando invadieron México en 1847, [*tomando parte*] en una batalla librada en el estado de Veracruz, en un lugar llamado Cerro Gordo, donde los agresores derrotaron por supuesto a las fuerzas mexicanas. [*En aquellas circunstancias*] mi joven abuelo participó con otras personas liberales en la redacción de una historia de la guerra entre México y Estados Unidos. Cuando aprendí más sobre este episodio, descubrí que el libro fue traducido al inglés por el coronel Ramsey, que servía en la infantería. Vio la luz en Nueva York en la editorial John

⁴ Porfirio Díaz (1830-1915). Militar y político mexicano; fue presidente de México de 1876 a 1910. Despuesto de su cargo, se refugió en Francia, donde falleció en 1915.

⁵ Benito Juárez (1806-1872). Presidente de México en varias ocasiones entre 1857 y 1872. Se le conoce como el “Benemérito de las Américas”. Debido a la invasión francesa, en mayo 1863 Juárez abandonó la capital llevando consigo al norte del país el gobierno de la República. Después de repetidos enfrentamientos con los franceses, Juárez retornó a la ciudad de México en julio de 1867.

Wiley en 1850 con el título *The Other Side*. Un texto admirable. Produjo una reacción de vigorosa simpatía hacia México.

No permanecemos mucho tiempo en México pues mi padre fue enviado a Colombia en 1923. Así, a la edad de cuatro o cinco años me encontré viajando por el río Magdalena, que era la única vía para llegar a Bogotá desde las zonas costeras ubicadas en el área de Santa Marta-Barranquilla. No recuerdo el trayecto excepto la última parte, donde debimos abandonar el barco en un lugar de nombre Girardot y allí abordamos un tren a Bogotá después de cinco o seis horas de viaje. Vivimos en esta ciudad cuatro años, y allí fui a la escuela.

En Colombia se conocían las tensiones entre la Iglesia católica y el gobierno de México.⁶ Mi padre era una figura muy popular entre los diplomáticos y tenía muchos y buenos amigos en el gobierno colombiano, que se guiaba entonces por tendencias liberales. Sin embargo, la gente estimaba el poder de la Iglesia en Colombia. [*Un día*] estando en la escuela, los niños me rodearon—esto lo recuerdo muy bien—vociferando “¡masón, masón!”. No sabía entonces qué significaba *masón*, pero ellos suponían que cualquier persona que no fuera católica debía ser masón... Ciertamente, mi padre era miembro de la organización masónica, pero yo no lo sabía. Son impresiones que se asimilan en la juventud, y forman parte de uno.

Continuamos el deambular. Dejamos Colombia en 1928. Viajé primero mi madre conmigo y con mis dos hermanas a lo largo del Magdalena. Recuerdo muy bien aquel viaje. Embarcamos en Barranquilla con rumbo a Nueva York, donde vivimos hasta que mi padre, después de entregar la Embajada a su sucesor, se unió a nosotros. Pasé algún tiempo en Nueva York, una novedad para mí. Fui allí a la escuela durante algunos meses. Por cierto, me encapriché en no cantar el himno nacional estadounidense al abrirse diariamente las clases. El nacionalismo mexicano estaba dentro de mí.

Después retornamos a México por un año y medio. Mi padre fue designado embajador en El Salvador. Yo no fui. Me incorporaron a

⁶ VLU alude al conflicto armado que se verificó en México en 1926 y 1929 entre el gobierno y la Iglesia católica debido al artículo 130 de la Constitución que prescribió controles a las comunidades religiosas.

una escuela en ciudad de México durante algún tiempo. Mi madre se trasladó a ese país con mis hermanas, y mi padre retornó más tarde para recogerme. Viajamos por tierra —la única manera que había entonces para llegar a El Salvador. Tomamos un tren hasta la frontera en el Suchiate, cruzamos el puente y subimos a otro vagón con rumbo a la ciudad de Guatemala, y, más tarde, a un automóvil parecido a una furgoneta que por un accidentado camino nos llevó a San Salvador. Era el único medio de transporte entonces. [*Ape-nas*] despuntaba un servicio aéreo con pequeños aviones; mi madre voló alguna vez en ellos.

Mi estancia en El Salvador fue feliz. Aprendí mucho sobre Centroamérica. En la escuela nos relataron las rebeliones de Augusto Sandino⁷ y los escritos que sobre él había publicado un costarricense de nombre Vicente Sáenz.⁸ Solíamos guardar los fragmentos de prensa, leer sus artículos y discutirlos en el aula. Estaba aún en la escuela primaria. Frisaba los diez años. [*En una ocasión*] Sandino llegó a El Salvador. Desde México se le ordenó a mi padre encontrarse con él y con su comitiva junto con las autoridades salvadoreñas a fin de protegerlos contra cualquier cosa que pudiera sucederles. Sandino iba rumbo a México para entrevistarse con el Presidente. Tengo fotografías suyas. Una es amplia como el tamaño de estas páginas; allí aparecen Sandino y sus acompañantes: Farabundo Martí⁹ —más tarde el movimiento revolucionario salvadoreño tendrá su nombre—, un haitiano, un mexicano, y los ministros de Defensa y de Relaciones Exteriores (este último era vecino nuestro), mi padre, mi madre y mis dos hermanas. Mi madre había decidido encontrarse con Sandino por justificadas razones. Había vivido en Nicaragua durante su infancia hasta la edad de dieciocho años. Conocía a Sandino y a su madre. Era una gran amiga de ella.

⁷ Augusto César Sandino (1895-1934). Líder de la resistencia nicaragüense contra las intervenciones norteamericanas en su país. Fue asesinado por orden de Anastasio Somoza.

⁸ Vicente Sáenz (1896-1963). Escritor y periodista costarricense que fue influido por la Revolución mexicana. Se adhirió a movimientos antiimperialistas en Centroamérica. Autor de *España heroica*, Nueva York, Editorial Iberoamericana, 1938.

⁹ Farabundo Martí (1893-1932). Salvadoreño, fundador del Partido Comunista Centroamericano en 1925. Cuando ocurrió la insurrección del general Maximiliano Hernández Martínez, Martí fue fusilado por órdenes suyas.

Así aprendimos mucho sobre Sandino en nuestro hogar. Posteriormente, un colaborador suyo también nos visitó en San Salvador. Llegó a la Embajada para solicitar protección durante su estancia en el país; nos mostró la bufanda que vestía, una bufanda de seda que contenía un mensaje escrito por Sandino con su puño y letra dirigido a un político mexicano. Debía entregárselo; lo tenía oculto en el cuello. En menos de un minuto mi madre le arrancó la bufanda, la colgó en una pared, y le tomó una fotografía. Antes había retratado la entrevista efectuada con Sandino en la estación del tren; tengo los originales de él y de su Estado Mayor. Ella tomó también la célebre foto de Sandino apoyado en el paragolpes de un automóvil, y con un amplio sombrero ranchero.

Estas peripecias fueron ilustrativas para mí porque, a edad temprana, me convertían en alguna medida en un ser politizado. No vivía en un ideal mundo infantil, yendo y viniendo de la escuela, como se acostumbra en otros países. Tomé conciencia de lo que ocurría políticamente en Centroamérica.

En otra oportunidad —en la que no estuve presente— Raúl Haya de la Torre,¹⁰ el celebrado líder peruano que dirigía el partido aprista, sin disputa una *persona non grata* en Estados Unidos, que vivió asilado en muchos países incluyendo México, mi padre recibió instrucciones, cuando [*Haya de la Torre*] retornaba al Perú, de recibirlo en el barco en que llegaba [*a El Salvador*]. Cuando la nave ancló en un puerto del Pacífico llamado La Libertad, llegó en un automóvil a la Embajada mexicana que no estaba lejos. Supe [*más tarde*] que Haya de la Torre tocó el piano para deleite de mis hermanas. Permaneció allí veinticuatro horas; mi padre lo condujo al barco en el cual partió a Panamá. Ignoro si llegó a Perú. Posteriormente este hombre pasó dieciocho años bajo la protección del gobierno colombiano en la Embajada de Colombia en Lima.

Frank Tannenbaum,¹¹ profesor en la Universidad de Columbia, solía relatarme que el APRA, dirigido por Haya de la Torre, fue el

¹⁰ Raúl Haya de la Torre (1895-1972). Político e ideólogo peruano. Fundador del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana).

¹¹ F. Tannenbaum (1893-1969). Historiador y sociólogo norteamericano. Asesor del presidente Cárdenas en materia agraria; en calidad de cronista, describió los sucesos en el país desde 1922. Autor de varios libros importantes sobre historia de México.

único partido político efectivo en América Latina alrededor de 1928, pues tenía sus raíces en el movimiento laboral. No era una mera creación —como muchos partidos— que giraba en torno a una personalidad deseosa de revelar que tenía algún respaldo electoral.

Estas experiencias se repitieron constantemente en el entorno de mi infancia. Y continuaron. De El Salvador nos trasladamos a Uruguay. No sabía nada de este país. Estuvimos allí dos años. En el camino nos detuvimos en Brasil. Nunca viajé a Buenos Aires, pero escuchaba lo que allí acontecía. Hubo una revolución en 1930. Mis padres visitaron esta ciudad. Como diplomático, mi padre cultivó frecuentes contactos con el presidente del Uruguay y con los más altos funcionarios del gobierno.

Fui a un colegio británico en Uruguay. Los hijos de los diplomáticos debían incorporarse a escuelas más o menos compatibles con lo que antes habían estudiado. No podían ir a una escuela pública. Ingresé por consiguiente a una institución británica y recibí una buena instrucción en el quinto y sexto grados.

Al cabo retornamos a México porque un amigo de mi padre —Pascual Ortiz Rubio—¹² asumió la Presidencia. Al acceder a este puesto cablegrafió a mi padre diciéndole: “Juanito, te necesito. Regresa y trabaja para mí”. La cercanía entre ambos se debía a que cuando ambos habían estado en Nueva York en el exilio después del levantamiento de Huerta contra Madero, muchos mexicanos debieron abandonar precipitadamente el país. Después de breve tiempo, mi padre fue nombrado secretario de una representación mexicana que el presidente Venustiano Carranza inauguró en Washington, pero debió esperar el reconocimiento oficial. Él solía participar en todas las entrevistas con (el presidente) Woodrow Wilson porque el jefe de la flamante entidad no sabía una palabra de inglés y mi padre debió actuar como intérprete.

Por fin abandonó estas funciones debido a que las circunstancias cambiaron. Se trasladó a Nueva York para ejercer una de sus actividades colaterales: el periodismo. Fundó una revista mensual en español —la *Revista Universal*— en esta ciudad al saber que ha-

¹² Pascual Ortiz Rubio (1877-1963). Gobernador de Michoacán (1917-1920) y Presidente de la República (1930-1932).

bía allí una amplia comunidad latinoamericana y española —colombianos, españoles y mexicanos. Publicó artículos sobre la primera Guerra y los hechos que la precedieron; también sobre la Revolución mexicana, textos que algunas veces firmaba con seudónimo. Su revista contenía temas artísticos y literarios. Llegó a conocer al tenor italiano Enrico Caruso y a otros personajes similares del mundo del arte.

Mi madre llegó desde Nicaragua a la edad de dieciocho años para estudiar enfermería en el Hospital Monte Sinaí;¹³ a menudo fue asignada para tratar a pacientes latinoamericanos que necesitaban una enfermera que hablara español. Era una persona de bella apariencia, de suerte que era invitada a menudo los fines de semana a cenar con latinos en el *West Side* neoyorquino. Así se encontró con mi padre, que no era un paciente, sino que la conoció en una cena.

Entonces ella empezó a ayudarle en sus labores haciendo traducciones al inglés. Había nacido en Melbourne, Australia, y creció con sus padres británicos en Managua. Cuando Estados Unidos ingresó a la primera Guerra, todas las publicaciones en idiomas extranjeros debían entregar una copia a las autoridades encargados de la censura, de modo que debían ser traducidos al inglés. Costosa exigencia que condujo al cabo al cierre de la *Revista Universal*.

Mi padre sopesaba qué hacer en momentos en que recibió un telegrama de su amigo el señor Pani, quien había sido designado embajador de México en Francia y lo invitaba a unirse a su equipo. Mis padres se habían casado en 1917 en Filadelfia, de modo que con entusiasmo viajaron en diciembre de 1918 a París para asumir nuevas labores. Por esta circunstancia nací en París y no en Nueva York.

Retornando a mi relato que se refería a Montevideo en 1931, recuerdo que mi padre aceptó el ofrecimiento del presidente Ortiz Rubio. En aquel tiempo se necesitaban treinta días para regresar a México por cualquier ruta. No habían vuelos nocturnos. Viajamos de Montevideo a España en barco, y allí pasamos algunos días. Mis padres fueron invitados a la ceremonia del presidente de

¹³ El Hospital Monte Sinaí, localizado en Nueva York, fue fundado por la comunidad judía de Manhattan para atender emigrantes de diferentes nacionalidades que llegaban a Estados Unidos. Era celebrado por su alto nivel.

la República Española Niceto Alcalá Zamora en diciembre 1931.¹⁴ Como éramos niños no participamos en ella. Después viajamos a La Coruña y nos embarcamos a México. Desafortunadamente, el presidente Ortiz Rubio había dimitido cuando nosotros llegamos. En estas circunstancias, mi padre debió empezar a buscar algún trabajo en el gobierno conforme a las posibilidades que se ofrecían.

Fue designado entonces a un puesto diplomático en Polonia, pero no llegó allí porque cuando Lázaro Cárdenas asumió la Presidencia en diciembre 1934, lo primero que hizo fue enviar a su principal contrincante en el partido gubernamental —un alto general de la Revolución, hombre del norte— como embajador en España. El ministro de Relaciones Exteriores, amigo de mi padre, le llamó y le dijo: “Juanito, debo pedirte un favor: no vayas a Polonia”. (Mi padre ya había participado en una cena de despedida organizada por el embajador polaco). Y le preguntó: “¿podrías aceptar viajar a España como ministro consejero en lugar de embajador en Varsovia?” Mi padre dudó un minuto, y al cabo aceptó. Había estado en España y le gustaba. Además, temía mucho el clima invernal de Polonia, y así se planteó nuevamente la interrogante sobre qué escuela escoger para los jóvenes hijos.

Nos fuimos a España. Él y yo viajamos primero, en barco. Mi madre llegaría más tarde con mis hermanas. Pasé sólo dos años en Madrid. Tenía 16 cuando llegué a este país, sin concluir mis estudios de secundaria en México. Mi padre intentó incorporarme en el sistema español de bachillerato. Fuimos a entrevistar al subsecretario de Educación. Él desplegó un archivo atado con un cordón de color rosado oscuro. Así aprendí lo que el papeleo burocrático significa. Lo abrió y nos dijo. “Tengo aquí los certificados de su hijo. Por infortunio, nosotros no reconocemos estudios hechos en México. No podemos por lo tanto validar su educación secundaria mexicana...” En suma, la respuesta fue negativa. ¿Imagina usted cuál fue su apodo? “El Señor del No”...

Me incorporé a un programa especial en la Escuela Británica de Madrid que concedía un certificado de la Escuela de Oxford. Éra-

¹⁴ Niceto Alcalá Zamora (1877-1949). Primer Presidente de la Segunda República española. Al estallar la guerra civil en España, se refugió y falleció en Buenos Aires.

mos tres estudiantes: los hijos gemelos del embajador de China (un varón y una niña, que fueron amigos muy afectuosos; el primero se llamaba Víctor Sien) y yo. Tuvimos el privilegio de estudiar en un curso especial para acceder al Certificado de Oxford. Uno de los maestros nos aconsejó mal, al insistir que tomáramos muchas materias. Cursé todos los cursos, pero me faltó un crédito. Me marché a Londres el 19 de mayo de 1936 (recuerdo con exactitud esta fecha) porque la guerra civil española se aproximaba y la inestabilidad cundía. Cuando pasé los exámenes mi padre me dijo: “si ya los aprobaste, ¿por qué no te vas a Londres ? “Entonces partí pues me gustaba la geografía y las estadísticas, pero no tenía conciencia del problema inherente a la ausencia de un crédito. Mi saber estadístico se originaba en la estimación de los puntos en los juegos de frontón que me obligaba a calcular porcentajes y operaciones similares.

Me presenté en la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres (LSE),¹⁵ y allí me dijeron: “Qué bueno que ha satisfecho los requisitos de la Escuela de Oxford, pero no podemos aceptar este certificado ni la Universidad de Oxford lo reconocerá. Deberá aprobar los exámenes de matriculación que rigen en Londres. Los requisitos de la Escuela de Oxford (en España) habían sido reemplazados en la Comunidad Británica por exigentes exámenes. Debí entonces tomar cursos en un multitudinario colegio donde encontré a estudiantes de muy diversas nacionalidades; escogí cursos pre-visibles: Shakespeare, redacción de ensayos, física, matemáticas, etc. Estudié francés como idioma extranjero. Encontré en este marco amigos gratos oriundos de Turquía. Nos presentamos a los exámenes, y obtuve un grado alto en la matrícula londinense. Retorné entonces a la LSE, y allí me dijeron: “Estupendo que haya obtenido un primer lugar. Esto no es habitual en un extranjero. Sin embargo, ya han comenzado los cursos y deberá esperar hasta octubre próximo”.

Opté por registrarme como estudiante no regular hasta el verano. Fue una muy acertada elección. Tenía apenas diecisiete y me-

¹⁵ La Escuela fue fundada en 1895 por la Sociedad Fabiana dirigida por Sidney y Beatrice Webb, Graham Wallas y George Bernard Shaw. Forma parte de la Universidad de Londres.

dio años, y no había anticipado que esta decisión implicaba invertir tiempo en la biblioteca sin poder escuchar regularmente las conferencias. Sin embargo, atendí las clases que me interesaban, como las de Harold Laski,¹⁶ Lionel Robbins¹⁷ y otros. Empecé a leer libros de economía y de historia económica. Me llevó pocos meses aprender que si no se invierten horas en la biblioteca no se llega a lugar alguno.

Se asomó el verano. Abundaba mi tiempo libre. Vivía en los suburbios económicamente asequibles en torno a la universidad. Y leía, leía, leía. Estaba en el centro de una institución consagrada a los estudios de política y economía internacionales. De modo que cuando me convertí en un estudiante regular en el verano de 1937, estaba mejor preparado que muchos jóvenes que ingresaron a la universidad. Y tenía la ventaja de saber español y francés.

Puede imaginar usted la atmósfera en Londres en aquel periodo. El poder nazi crecía en Europa. La guerra civil española continuaba. Mis padres estaban atrapados en ella. El 18 de julio de 1936 mi madre perdió un tren que se disponía a tomar en Madrid para reunirse con mi padre y hermanas en San Sebastián, porque en aquellos días todo el cuerpo diplomático pasaba el verano en esta ciudad del País Vasco. Ellos habían abandonado Madrid el día anterior, y mi padre deseaba rentar una vivienda [*en San Sebastián*]. Ella se rezagó en un día que resultó decisivo. A la mañana siguiente ya no había trenes. El levantamiento de Francisco Franco había comenzado. Mi madre renunció durante el verano al apartamento que rentábamos en Madrid, de suerte que debió instalarse transitoriamente en la residencia de la Embajada. En el ínterin escuchó por la radio el llamado de *La Pasionaria*¹⁸ que la conmovió. Como era una enfermera diplomada de Hospital Monte Sinaí se dijo: “Soy enfermera, y tengo el deber de movilizarme y ayudar”.

¹⁶ Harold Laski (1893-1950). Notable politólogo y economista inglés. Entre sus libros: *Teoría del Estado*.

¹⁷ Lionel Robbins (1898-1984). Importante economista inglés, afiliado a la Escuela Austriaca.

¹⁸ *La Pasionaria*, Dolores Ibárruri Gómez (1895-1989). Dirigente del Partido Comunista de España. Se exilió en la URSS después de la guerra civil. Tras la caída de Franco regresó a España en mayo de 1977.

Se presentó al Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC). No la aceptaron. Pensaron que era una esposa consentida de un diplomático que quería ayudar, pero que nada sabía. Entonces mi madre adoptó una iniciativa algo arriesgada. Fue a la Ayuda de la Cruz Roja Internacional, afiliada al Socorro Rojo Internacional. Allí la aceptaron. Les dijo que quería cooperar y que era mexicana. Lo primero que hicieron fue enviarla al frente de Navacerrada, cerca de Madrid, para recoger heridos y ayudar a las ambulancias. Después de esta tarea les dijo: “Lo puedo hacer, pero puedo hacer mucho más. Sé cómo manejar un cuarto de hospital”. Preguntaron: “¿Dice usted que sabe? Necesitamos este tipo de personas”. Habían tomado posesión de un hospital de monjas en algún lugar de Madrid y lo rebautizaron como Hospital Obrero. Allí la enviaron. Mi madre se encontró con un médico español famoso que estudió en Moscú, un comunista de apellido Planelles, y con muchos otros.

Los responsables de la Cruz Roja Internacional comentaron: “No creemos completamente en los que usted nos dice; sin embargo, eche una mirada al cuarto de operaciones...”. Ella les contestó: “Huele mal, es horrible, está sucio...”. Le dijeron: “Bueno, tome a alguien para que lo limpien...”. Mi madre ayudó a asear los pisos y a esterilizar los instrumentos. El recinto había sido abierto dos o tres días antes. Ella puso en actividad la sala de cirugía. Tomó a su cargo muchachas jóvenes que no eran enfermeras pero estaban dispuestas a ayudar. Les enseñó cómo esterilizar y otras cosas similares, y comenzó a dirigir el quirófano. Pasó varios meses entre esas paredes. Recuerda que trató a soldados heridos que pertenecían a la Brigada Lincoln, así como a jóvenes milicianos españoles. A uno de ellos donó sangre, quien más tarde le dijo: “Ahora sabré hablar inglés”. Participó en misiones especiales para recuperar personas heridas en los suburbios de la ciudad. También ayudó a suministrar alimentos a los hospitales. Además, orientó a otros que solicitaron contactos con la embajada de México.

Mi padre retornó de San Sebastián [*a Madrid*] vía Valencia. Acordaron entonces que mi madre ayudaría al buen funcionamiento de la Embajada porque sólo mi padre estaba a su cargo en calidad de representante del embajador desde que éste se trasladara a Chile. Allí escribió un libro sobre sus experiencias en la guerra civil española. Lo redactó en inglés y fue traducido al español. Se publicó

con sus muy emotivos relatos. Yo lo envié a Hugh Thomas, autor del libro *The Spanish Civil War*, con quien trabé amistad en México. Él ofreció la versión en inglés a diferentes casas editoriales. No tuvo éxito; no manifestaron interés, pero en la segunda edición de su libro mencionó el texto escrito por mi madre, agregando una nota de pie de página sobre algo que le conté cuando yo participé como voluntario en el Comité Vasco de los Niños Refugiados en Inglaterra hacia fines de 1937.

La guerra civil española fue parte de mi vida por dos razones. No estuve allí cuando comenzó, pero mi familia resultó afectada. Mi madre se involucró en las actividades hospitalarias y, también, en la administración de los servicios de la Embajada mexicana incluyendo la cocina. La residencia se fue llenando con refugiados políticos que apelaban a ella sabiendo que México siempre habría de proteger a personas políticamente perseguidas. Se presentaron muchos que dijeron poseer la nacionalidad mexicana o que habían vivido en el país durante largo tiempo. La Embajada se llenó de personas de diferentes convicciones, incluyendo algunos simpatizantes de Franco que solicitaron asilo.

La guerra civil española afectó a mi padre pues el gobierno mexicano tenía espías que trabajaban directamente para el presidente Lázaro Cárdenas. Ellos le informaron que la Embajada estaba acogiendo a muchos partidarios de Franco, brindándoles protección. Esto no era verdad; al menos no se trataba de una deliberada intención política. Era un acto humanitario. De un día al otro, el gobierno mexicano designó a un nuevo embajador. No notificaron a nadie del personal, hasta poco antes de su llegada. Fue claro el mensaje: “el embajador llega con su propio equipo de ayudantes. Todos los demás deben retornar a México”.

Episodio muy ingrato. Mi padre se deprimió gravemente. Después de haber sido un genuino demócrata en México al lado de Madero y haber ayudado a muchas personas a aprovechar el derecho de asilo, una gran pesadumbre lo abrumó, circunstancia que gravitó en su vida en México durante varios meses. Pienso que falleció en parte como resultado de esta decepción. Lo vi en 1938 en mis vacaciones de verano y murió en diciembre. En aquellos días no existían los antibióticos para controlar la neumonía, causa final de su muerte.

La guerra civil en España constituyó una experiencia traumática. Me preguntaba constantemente qué estaba ocurriendo. Fue propiciada por los gobiernos fascistas de Italia y Alemania, y tuvo ecos en mi vida como estudiante en Londres. Apoyé naturalmente a la España republicana, incluso en términos radicales. Solía tomar parte en demostraciones callejeras. Iba a las manifestaciones del Partido Laborista. Fui a escuchar a Stafford Cripps,¹⁹ a Laski, y a personas de convicciones similares. Se podría decir que estos hechos enriquecieron mi formación política. Leí y escribí con alta frecuencia. Leí mucho sobre la historia contemporánea de Europa. ¿Por qué las grandes potencias fraguaban estos hechos? ¿Cuáles eran las relaciones entre México y España?

Estaba en Londres cuando el presidente Cárdenas nacionalizó el petróleo en marzo de 1938. En esa fecha sólo seis o siete mexicanos vivíamos en Londres, aparte de los miembros de la Embajada. Conocía a algunos latinoamericanos que estudiaban en esta ciudad y compartía vivienda con ellos. El día de la expropiación yo desbordaba alegría. Pensé: “Éste es un acto de nacionalismo que en verdad cambiará el sendero que México ha estado siguiendo colmado por dificultades desde la Revolución”. Fue mi único pensamiento. Estudiaba economía y sabía que si un país posee la industria del petróleo cuenta con más recursos que habrán de fortalecer las políticas gubernamentales. En rigor, no era muy crítico de Cárdenas a pesar de lo que había ocurrido [*en la Embajada mexicana*] en Madrid. En aquellos días lo consideraba un gran líder.

Ciertamente, su decisión implicaba un enfrentamiento con los británicos. Éstos siempre formaron parte de “los enemigos” de México. Recuerdo que mi padre, cuando estuvo dos años y medio en Londres, no pudo obtener el reconocimiento del gobierno británico. Debió maniobrar con la ayuda de intermediarios para poder entrevistarse con altos funcionarios del ministerio de asuntos exteriores. Tenía un buen amigo, el señor Edward Bray, quien era el director de la Oficina de Ferrocarriles Mexicanos en Londres, una inversión británica. En definitiva, estábamos enfrentando a los británicos, y Cárdenas se había atrevido a oponerse a ellos y a los

¹⁹ S. Cripps (1889-1952). Militante político laborista inglés. Fue embajador en Moscú en 1940-1942.

norteamericanos. Nacionalizó el petróleo y despertó así altas expectativas.

Mi padre falleció al final de ese año (1938). Yo estaba en Londres y no pude retornar a México. En aquellos días no era factible subirse a un avión para llegar al funeral. De modo que me quedé en Londres. Mi madre y un pariente me ayudaron a obtener una modesta beca de la Secretaría de Educación mediante un primo que era el director de presupuesto de la Secretaría de Hacienda. Encontró una fuente de recursos y se dijo: “Me encargaré de que Víctor reciba veinte libras esterlinas (alrededor de noventa dólares) al mes para que pueda cubrir sus gastos en los últimos meses de sus estudios”. Afortunadamente, visité México y me encontré con mi padre por última vez en las vacaciones de verano de 1938. Llevó 21 días el viaje de Southampton a Veracruz. Y con las veinte libras pude vivir mejor.

También obtuve un modesto trabajo en el verano de 1939 en la estación de radio de la British Broadcasting Corporation (BBC) que consistía en ayudar a escribir programas latinoamericanos de noticias que redactábamos generalmente a las dos de la mañana, junto con algunos españoles que trabajaban allí con británicos, argentinos, brasileños y otros; recibía un modesto pago por esta labor. Allí estaba cuando estalló la guerra. Ocurrió cuando concluíamos un programa alrededor de las dos, después de medianoche, y bajábamos a las instalaciones de la BBC para comer algo y jugar al *ping-pong* por un rato. En ese momento, el personal del departamento europeo nos gritó: “¡Vengan aquí! Ocurrió algo muy importante: los alemanes invaden Polonia en este momento. Esto significa guerra...” Puede imaginar nuestra reacción.

La noche siguiente experimentamos el primer corte de luz en Londres. Había ido a la BBC y retorné a mi casa en la oscuridad. Estuve en Londres la mañana en que Chamberlain pronunció el discurso con el cual declaró la guerra a los nazis y el apoyo al gobierno polaco. Estos acontecimientos en la vida, cuando se tienen apenas 18 años de edad, te impresionan mucho.

Me quedé allí en 1939 y 1940. La Escuela de Economía de Londres nos envió a Cambridge, porque su edificio había sido tomado por el Ministerio de Transportes. Me marché a Cambridge y encontré un lugar para convivir con algunos amigos cercanos, especial-

mente con un griego que pertenecía a una familia chipriota; había nacido en Alejandría y carecía de nacionalidad; un caso muy interesante. Conocí también a un alemán y a un judío austriaco descendiente de una familia vinculada con el teatro. Fue trasladado más tarde a un campo de concentración en Inglaterra por ser considerado alemán, aunque era austriaco... ¡cuando Austria había sido invadida por los alemanes!

Imagínese el impacto de estas experiencias. Leí también libros sobre la Unión Soviética. Pertenecía al izquierdista Club del Libro, y allí recibí maravillosos volúmenes muy bien escritos. Repasé las páginas publicadas por Sidney y Beatrice Webb.²⁰ Tuve conocimiento de la militarización de este país y de los preparativos que realizaba para enfrentar la guerra; tenían tanques y fuerza aérea. [*En contraste*] ...hoy leo sobre la falta de preparación de los británicos y también de los franceses. Jean-François Deniau, en su libro *Le bureau des secrets perdus*, pudo consultar fuentes y documentos recientemente publicados que revelan que el ejército francés sobrestimó deliberadamente el poder de las fuerzas nazis y el número de sus divisiones, con el fin de convencer al gobierno del primer ministro Édouard Daladier de que Francia no resistiría más de diez semanas a pesar de la Línea Maginot.

Viví las experiencias británicas en escala menor. Estando una mañana en Cambridge, sentado en un jardín privado, escuché lo que me pareció un trueno. Interrogué al jardinero al respecto —me fue difícil entenderle porque hablaba con un acento cambridgeano— y me dijo: “No, no es un trueno. Está escuchando disparos de fusil...” No sabíamos de qué se trataba. La BBC no hizo anuncio alguno hasta la noche. Era Dunkerque.²¹ Esa noche nos encontramos con los evacuados de Dunkerque en la taberna. Los oficiales, algunos de ellos con vendas en los brazos y rostros, se quedaron allí en la medida en que pudieron. Escuchamos gran parte de lo que había acontecido.

[*En Cambridge*] no estuvimos cerca de los ataques. Una noche ocurrió sólo un ligero bombardeo a una base de la Real Fuerza Aérea

²⁰ Sidney Webb (1859-1947) y Beatrice Webb (1858-1943), socialistas británicos, fundadores de la Sociedad Fabiana. Visitaron la URSS en 1932 y difundieron sus logros. Fueron enterrados en la Abadía de Westminster.

²¹ Dunkerque: la evacuación de ingleses y aliados de Francia en mayo-junio 1940.

(RAF) allí localizada. Escuché los estampidos de las bombas de la aviación alemana. Fueron muy intensas, con el rugir reiterado de los motores; bombardearon el sur de Londres.

Concluí mis estudios, aprobé los exámenes, recibí mi título y solicité entonces un lugar en un barco con destino a Nueva York y México. Debí esperar en Londres tres meses y medio para conseguirlo. Finalmente recibí un telegrama: “Por favor, diríjase a la estación Euston mañana a la hora indicada...” Fui. No sabía de dónde nos iban a recoger. El tren se dirigió a Liverpool. Después de recoger pasajeros, nos subieron a bordo de una gran nave y nos retuvieron 24 horas en el puerto hasta que se organizó un convoy de 37 barcos.

Más tarde escuchamos que los nazis habían bombardeado Liverpool aquella noche. Zarpamos al día siguiente. Por fin, diez días más tarde nos acercamos a Halifax y llegamos a Nueva York. Después de algunos días tomé otro barco a México. Arribé a Veracruz con dos dólares en mi bolsillo porque había gastado el resto de mi beca durante los tres meses que había estado en Londres, frecuentando en las noches salas de baile y otros lugares. La oficina fiscal mexicana que me remitía las sumas de la beca debió trasladarse de Bélgica a Francia. Finalmente, me enviaron el balance de todo el año que era de 140 libras esterlinas, suma que jamás mi bolsillo había contenido. Apenas alcanzó el equivalente de cincuenta dólares. Con las libras adquirí los boletos del viaje.

Llegué a México esperando comenzar mi carrera como economista en el Banco de México, banco central encabezado entonces por una persona que había compartido el exilio con mi padre. Era un antiguo amigo suyo. Me dijo: “Le puedo dar un empleo ahora, pero estoy por abandonar mi puesto en un mes; he tomado partido con el candidato de la oposición”. En aquel año de 1940 se verificaban las elecciones. “Conocerá —añadió— a la persona que me reemplazará, que es subsecretario de Hacienda. Su nombre es Eduardo Villaseñor”. El nieto de Villaseñor es hoy un alto funcionario en las Naciones Unidas, que participa en misiones para organizar la administración de Namibia y de otros lugares, como Kosovo. Y Villaseñor había sido la persona que aprobó mi beca de 20 libras esterlinas, sin que yo lo conociera. En su juventud se había desempeñado como agregado de la Embajada de México en Lon-

dres y participado en algunas clases en la LSE. Se alegró al conocer a una persona que había tomado todos los cursos. Creo que fui el primer mexicano en obtener un título en esa Escuela como estudiante regular.

Cuando me presenté en su oficina me dijo: “Efectivamente, seré el director del Banco de México; venga a verme el primero de octubre y conversaremos sobre su trabajo”. Así lo hice y me asignó al Departamento de Investigaciones. Me encargaron de inmediato varias labores. Me convertí rápidamente en su ayudante, pues necesitaba una persona que supiera un impecable inglés. Él solía dar conferencias en Estados Unidos. Mantenía correspondencia con funcionarios del Tesoro y otras instancias del gobierno norteamericano. Era amigo de Nelson Rockefeller²² y otras personas. Yo le ayudaba asiduamente a redactar la correspondencia en inglés, así como textos y discursos que él debía preparar. También colaboré en otras tareas y en la traducción al español de un libro sobre la banca central.

Empecé a vincularme con una institución denominada Fondo de Cultura Económica, una entidad gubernamental fundada en México en 1934 con un fondo especial orientado a traducir libros de economía y de ciencias políticas de otros idiomas al castellano. Existían entonces pocos textos modernos sobre economía. Me encomendaron en el Fondo la traducción de un libro escrito por uno de mis primeros maestros. El tema me era familiar, y empecé la versión al español para hacerme de algún ingreso adicional. El Fondo se localiza hoy muy cerca de donde estoy —El Colegio de México. Esta institución —conocida en su origen como La Casa de España en México— se fundó en 1938 para acoger a intelectuales provenientes de la España republicana: maestros de Madrid y Barcelona, escritores, artistas, hombres de ciencia. El gobierno de México creó un fondo para ayudarles a obtener un ingreso por enseñar y escribir. Se suponía que al concluir la guerra en España retornarían a sus lugares de trabajo. Ciertamente, jamás regresaron, aunque uno o dos sí lo hicieron en años posteriores.

²² Nelson Rockefeller (1908-1979). Experto en problemas latinoamericanos. Fue gobernador de Nueva York y vicepresidente de Estados Unidos de 1974 a 1977.

Los directivos de La Casa de España resolvieron sabiamente hacia el final del gobierno de Cárdenas, en 1940, transformarla en una institución más amplia que dio lugar a El Colegio de México, inspirada en alguna medida en el Collège de France²³ como una institución independiente financiada por el gobierno que ofrecería cursos de nivel universitario. Así despegó. Conocía a su director Alfonso Reyes²⁴ porque había sido embajador en Brasil y fue también amigo de mi padre. El otro líder era Daniel Cosío Villegas,²⁵ quien más tarde llegó a ser un celebrado historiador del periodo de Porfirio Díaz, además de escritor y periodista. En los setenta, durante la presidencia de Luis Echeverría, Cosío fue muy crítico de la manera en que el gobierno administraba los asuntos públicos. También coordinó una historia de México en dos tomos, además de diez volúmenes sobre el periodo de Porfirio Díaz y una serie de 26 textos sobre la Revolución mexicana que yo ayudé a organizar cuando asumí, en los sesenta, la presidencia de El Colegio de México.

En esos años, y desde El Colegio, hice contacto con intelectuales y académicos de México y de otras partes de América Latina. Participé en un seminario sobre las perspectivas de la posguerra y otro sobre Latinoamérica. Estudiamos la propuesta de Dumbarton Oaks que presidiría la Conferencia de San Francisco. Y en mi calidad de funcionario del Banco de México fui rápidamente absorbido por el estudio de las propuestas sobre asuntos monetarios y financieros [*que regirían el final*] de la guerra, ideas que al cabo condujeron, en 1944, a la Conferencia de Bretton Woods.

Me especialicé en razonable medida en asuntos monetarios financieros y en comercio internacional. Otros temas me atraían, como los transportes. Había leído *The Conditions of Economic Prog-*

²³ Collège de France. Su fundación se remonta al siglo xvi. Era su lema *Docet Omnia* (enseñar todo). Entre sus maestros cabe mencionar a R. Aron, R. Barthes, G. Dumézil, M. Foucault, J. Michelet, P. Valéry, F. Braudel.

²⁴ Alfonso Reyes (1889-1959). Poeta, ensayista, y diplomático. Se le conoce como *el regiomontano universal*. Presidente de El Colegio de México hasta poco tiempo antes de su fallecimiento.

²⁵ Daniel Cosío Villegas (1898-1976). Fundador de la editorial Fondo de Cultura Económica. Secretario primero y presidente después de El Colegio de México. Eru-dito historiador y agudo periodista.

ness, de Colin Clark,²⁶ un libro muy importante en su momento, que me inició en los estudios prospectivos. En la LSE había leído sobre el desenvolvimiento de la economía de la India porque uno de mis tutores, Vera Anstey,²⁷ era historiadora económica. Tenía en mente a la India gracias a estos seminarios y —también— a México, aunque no sabía demasiado sobre mi país, más allá de lecturas sobre la reforma agraria y la industria petrolera. Así las cosas, cuando empecé a trabajar en el Banco de México experimenté una suerte de conflicto personal. ¿Quería en verdad enseñar en la Universidad —algo que hice durante algún tiempo— o involucrarme en los temas del desarrollo económico de México? ¿O debía optar por especializarme en problemas monetarios en el Banco de México, institución donde recibía un buen salario?

Y en ese momento llegó la propuesta de Bretton Woods. Relato ahora de qué manera me aproximé a este asunto. En 1942, cuando frisaba los 23 años, fui incluido como un joven ayudante en la Delegación mexicana que debía participar en la conferencia convocada por el Tesoro norteamericano, con el nombre Conferencia Interamericana sobre el Control de los Activos del Enemigo. ¿Qué pretendía este encuentro? En aquella coyuntura, Estados Unidos ya había ingresado a la guerra como resultado del ataque a Pearl Harbor; la conferencia tuvo lugar en junio de 1942. Existía una fuerte inversión alemana en México, pero casi nada de Italia o Japón. Muchas plantaciones de café en Chiapas eran administradas por alemanes y —también— por noruegos. Tenían intereses en artículos de ferretería y en un banco que al cabo cerró. El Tesoro estadounidense aspiraba a que todos los países latinoamericanos adoptaran normas para adquirir las propiedades enemigas, sus recursos financieros y otros bienes. El jefe de nuestra delegación fue el director del Banco de México. Hubo otras personas en el grupo de la Secretaría de Hacienda que ulteriormente ocuparon puestos sobresalientes en los asuntos económicos de México.

Establecí contactos con otras delegaciones, especialmente con las vinculadas a los bancos centrales. Argentina no fue representa-

²⁶ Colin Clark (1905-1989). Economista británico; uno de los primeros en usar estimaciones vinculadas con el producto nacional bruto (PNB). En 1984 fue celebrado como "pionero del desarrollo" por el Banco Mundial.

²⁷ Vera Anstey (1889-1976). Británica. Historiadora y especialista en la economía de la India.

da por Raúl Prebisch sino por el subdirector del Banco central de este país. La reunión tuvo lugar en la Organización de Estados Americanos (OEA), aunque en rigor fue manejada por el Tesoro norteamericano. No había percibido en aquel tiempo el poder de esta instancia, pero recordaba un hecho importante: Villaseñor, el director del Banco de México, había dirigido una delegación mexicana en Guatemala en 1939, bajo los auspicios de la OEA, en la que propuso la creación de un banco latinoamericano.

Supe más tarde —los resultados de esta investigación se encuentran en un capítulo de un libro que celebra el quincuagésimo aniversario de la Conferencia de Bretton Woods (1994) editado por Orin Kirschner— que la OEA presentó esta propuesta para su estudio a una reunión que tuvo lugar en Washington en 1944, y la persona que la examinó fue nada menos que Harry D. White.²⁸

En un banquete que se celebró en el Hotel Mayflower la noche en que concluyó la Conferencia, me sentaron al lado de Harry D. White. Nunca había conversado con esta figura; destacó en esta reunión, en el cual tuve un papel secundario en la escala jerárquica de los participantes. Sabía quién era porque conocía su disertación de doctorado que presentó en Harvard, que aludía a la balanza de pagos de Canadá y al flujo de capitales a este país. Tuvimos una interesante conversación, al menos para mí lo fue, académica en gran medida. Me preguntó cuál era mi formación y dónde había estudiado economía. Respondí a sus preguntas. Le dije que un segmento de mis intereses era la economía internacional, lo que explicaba mi participación en la conferencia.

Entre paréntesis, había una mujer bastante atractiva frente a mí, pero apenas le puse atención... Encontré que Harry White era un hombre inteligente, de conversación fluida. Al cabo me dijo: “¿Por qué no viene a mi oficina mañana? Creo que le puedo facilitar un documento interesante para usted y para su jefe”. Llegué a las oficinas del Tesoro norteamericano. Él era el director de Asuntos Monetarios Internacionales; trabajaba en una amplia sala. Extrajo de

²⁸ Harry Dexter White (1892-1948). Economista norteamericano, director del Departamento del Tesoro durante la segunda Guerra. Formuló los primeros documentos dirigidos a fundar el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En 1948 fue investigado por el Comité de Actividades Antiestadounidenses. Le dio un infarto en uno de los interrogatorios.

un cajón un volumen mimeografiado (unas 180 páginas). Me dijo: “Quisiera que lo leyera e informe al director del banco central sobre su contenido. Si tiene comentarios, puede escribirme”. Miré el documento, que llevaba el sello *estrictamente confidencial*. Cuando comencé a revisarlo de regreso al hotel descubrí que se trataba de la primera propuesta dirigida a crear el Fondo Monetario Internacional (FMI). Presentaba algunas similitudes con el texto de Keynes²⁹ escrito en 1943 y desplegaba una abundante variedad de temas. Proponía la creación de un Fondo Internacional de Estabilización —así lo llamó—, y también un mecanismo para ajustar los precios de las materias primas. Estas ideas eran afines en gran medida a los planteamientos económicos que yo había aprendido leyendo sobre las inversiones británicas en el Lejano Oriente y en Indonesia, y también a las actividades de los holandeses en este último país. En la LSE estudiamos las características de la Gran Depresión y el hondo declive de las mercados de materias primas —que en otros tiempos se denominaron “productos básicos”. Me interesó el texto. White proponía crear algo semejante a un Banco Mundial.

Sugería además reconstruir la economía mundial, abrir mercados, estabilizar las monedas y asuntos similares. El conjunto de las propuestas no estaba coherentemente articulado, pero contenía lo necesario con un estilo algo ingenuo en varios temas. Retorné a México, leí cuidadosamente el documento, y lo entregué a las autoridades del Banco. Poco después comenzamos a recibir propuestas que aludían a proyectos (que se materializarían) en la posguerra. Pienso que se derivaron de la Carta del Atlántico. Empecé a suponer que los lineamientos principales de la economía de posguerra se traducirían en términos de inversión real y comercio. La escribí a White: “Éste es un documento muy interesante y lo estamos estudiando. ¿Podemos publicarlo en español?” Tengo en mis manos su carta de respuesta en la que me pedía no publicarlo. Escribió: “Es un documento confidencial, y una nueva propuesta se conocerá en breve”. Se refería a una versión que nos fue remitida

²⁹ John M. Keynes (1883-1946). Fundador de la macroeconomía moderna. Favoreció la intervención pública en casos de déficit de la demanda agregada. Sus recomendaciones y directrices facilitaron la recuperación de varios países después de la Gran Depresión de 1929. Su amplitud de intereses intelectuales —desde las matemáticas a las artes— lo distingue como una de las figuras notables del siglo xx.

más tarde oficialmente y constituyó una versión mejor articulada que sugería la gestación del Fondo Monetario Internacional.

Seguí la secuencia de estos textos. Revisé ensayos académicos sobre el tema, como los del profesor Williams de Harvard y otros. Informaba constantemente a mis superiores en el banco central. En algún momento, el segundo funcionario en la jerarquía del banco —Rodrigo Gómez—³⁰ fue invitado a Washington con el fin de iniciar conversaciones con otros bancos centrales latinoamericanos en torno a los planes de estabilización monetaria en la posguerra.

El secretario mexicano de finanzas, Eduardo Suárez,³¹ de formación abogado pero con amplia experiencia en asuntos financieros, acostumbraba invitarme a largas sesiones en su oficina de la Secretaría de Hacienda para discutir asuntos económicos. Me solicitó estudiar las propuestas dirigidas a crear el Fondo y el Banco Mundial. En paralelo, el director del Banco de México nos pidió a Cosío Villegas, a la sazón director del Departamento de Investigaciones, y a mí redactar un informe en torno a estas sugerencias, lo cual hicimos; dedicamos un mes a este trabajo. Empezábamos a prepararnos para la invitación definitiva a la reunión en Bretton Woods que tuvo lugar finalmente en abril de 1944. Me integraron a la Delegación mexicana que tomó parte en este encuentro. Fuimos primero a Washington a las reuniones preparatorias y, después, a Bretton Woods.

En un artículo que escribí con motivo del quincuagésimo aniversario de este encuentro subrayé que México protagonizó un importante papel en la Conferencia. Primero, porque el secretario mexicano de finanzas fue designado director de la Tercera Comisión, que discutió temas como el uso de la plata en tanto recurso monetario y asuntos conexos. México sugería que la plata fuera incorporada como parte de las reservas monetarias porque teníamos un gran volumen del metal blanco. Además, fue un honor para el país encabezar esta comisión. El director de la Comisión del Fondo fue

³⁰ Rodrigo Gómez (1897-1970). Director del Banco de México entre 1952 y 1970. Protagonista en el “desarrollo estabilizador” (1954-1970) que favoreció el crecimiento económico mexicano.

³¹ Eduardo Suárez (1894-1976). Secretario de Hacienda en los gobiernos de Cárdenas y de Ávila Camacho (1934-1945). Representó a México en la Sociedad de Naciones en 1932.

Harry D. White y la del Banco John Maynard Keynes. Mis tareas se centraron en la evaluación de las propuestas en torno a un Banco Mundial. Las habíamos estudiado algunos meses antes de concurrir a Bretton Woods. Sosteníamos que el Banco Mundial se inclinaría excesivamente a ayudar a la reconstrucción de Europa, pero al concluir esa etapa este organismo debería incorporar ideas en torno al desarrollo y cómo incentivarlo. En realidad, el Banco fue estructurado como una organización orientada a garantizar las inversiones privadas en el momento en que los bancos privados tuvieran la capacidad de otorgar préstamos con fines de reconstrucción. Ciertamente, en Bretton Woods no anticipamos la posibilidad de lo que será ulteriormente el Plan Marshall.

Teníamos mucho interés en la formación del Banco Mundial porque México necesitaba capitales de largo plazo para su desarrollo. El país no había tenido acceso durante muchos años a recursos de otros gobiernos, excepto pequeños préstamos durante la guerra. México aún debía dinero por la deuda externa contraída en el siglo xix. Se había tomado la decisión política de resolver esta cuestión, lo que implicaba que el atraso de toda la deuda externa nacional debía ser renegociado. Esta tarea se llevó a cabo en los años 1942 y 1943. En 1946, la deuda ferrocarrilera fue por fin resuelta, hecho que constituyó la condición ineludible para convertir al país en miembro del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Nuestro interés en el Fondo se derivaba de la historia de nuestra moneda francamente inestable desde la Revolución. Se pensaba en el Banco de México y en la Secretaría de Hacienda que México debía lograr una circulación monetaria estable en el periodo posterior a la guerra, además del acceso a créditos de largo plazo. Bretton Woods se ajustaba favorablemente a las necesidades nacionales. Agregó que México fue favorecido por el Tesoro norteamericano porque éste reveló buena disposición hacia el país en torno al precio de la plata. Cuando los grupos de interés en este metal en Estados Unidos presionaron al Congreso para elevar su precio, las consecuencias fueron graves para México. Nuestra moneda —por su alto contenido de plata— salió de circulación. Pocos títulos bancarios circularon, pues la Revolución fue un periodo en que estos títulos se imprimían casi como timbres postales. Por otro lado, cuando el país se benefició del bajo precio de la plata en la circulación

monetaria, el resultado fueron menos exportaciones del metal a Estados Unidos. No había entonces convergencia alguna en los objetivos, pero existía suficiente interés en que el Tesoro norteamericano mantuviera la estabilidad en los mercados de la plata.

En los inicios de 1945, la organización minera Rocky Mountains organizó una conferencia con el propósito de solicitar un incremento en el precio tope de la plata y del oro. Sus dirigentes enviaron un telegrama al secretario de Hacienda de México invitándole a esta reunión, que se llevaría a cabo en Denver, Estados Unidos. El secretario me llamó y me dijo: “Mire, Víctor, yo no puedo participar en este evento. Pero usted es un académico. Conoce estos asuntos”. Bueno, en verdad sabía algo sobre la historia de la plata en México y temas conexos. Pero debía hacer algunos estudios complementarios. Agregó: “Tiene tiempo. Les diré que usted participará como mi representante personal”. El Secretario envió un cable a esta organización mientras yo me dedicaba a estudiar el uso de la moneda de plata en China y otros temas. Leí sobre el mercado de la plata en revistas especializadas, en la prensa y en otras fuentes, particularmente los informes de Handy y Harman, que eran los principales negociantes de plata en Nueva York.

Concurrí a esta conferencia en Denver. Cuando me vieron llegar no podían creer que era un representante del ministerio mexicano de finanzas. Tenía apenas 25 años; me veía muy delgado y joven. Llegué a las cuatro de la mañana en medio de una tormenta de nieve en un pequeño avión que hizo paradas en múltiples lugares. Cuando me recibieron les dije. “Soy Urquidi”. Me preguntaron: “¿Es usted el *profesor* Urquidi?” Contesté: “Sí”. “¿Podemos ver sus credenciales? ¿Tiene el pasaporte?” —insistieron. No podían creer que yo fuera la persona designada.

Al final se convencieron de mi identidad. Me llevaron a Denver. La conferencia ya había comenzado y no pudieron ubicar una habitación para mí. Después de algunas gestiones consiguieron la suite presidencial en el Hotel Brown; allí me destinaron. Habían dos grandes pianos en el dormitorio; se trataba del lugar donde Franklin Roosevelt se había alojado; me acomodé en esa habitación.

Me interrogaron hasta las cinco o seis de la mañana sobre los mercados de la plata hasta persuadirse que yo sabía todo sobre el tema. Estaba muy actualizado en la historia de los mercados de la

plata y sus usos. Desde ese momento pude participar y discutir en las sesiones y banquetes de la conferencia.

En una de ellas tomó parte un militar que se sentó junto a mí. En la conversación me preguntó: “¿Es usted de México?” le dije: “Sí”. “Usted no es *realmente* mexicano...” Yo no tenía piel oscura... Le dije: “Sí, tengo una familia mexicana”. Y le pregunté entonces: “¿Estuvo alguna vez en México?” Me respondió: “Oh, sí. Estuve en Veracruz en el desembarco de 1914”. Mi padre estaba entonces en Washington, y el ministro interino de Relaciones Exteriores era su amigo. Él era el único vínculo que el país tenía con el Departamento de Estado y con la Casa Blanca. Cuando Woodrow Wilson ordenó el repliegue de las fuerzas militares y de los *marines* que habían desembarcado en Veracruz, mi padre fue la primera persona en saberlo, y envió un cable al ministro de Relaciones Exteriores de México, Isidro Fabela.³² Tengo copia de su contenido; fue en abril de 1914.

Puede imaginar que en aquellos días, cuando alguien conocía los asuntos económicos y políticos de México, no podía abstenerse de escuchar todo lo relacionado con Estados Unidos: el desembarco en Veracruz, la expedición de Pershing, Pancho Villa en el norte de México. Mi familia se había instalado en Chihuahua, de modo que sabíamos los antecedentes familiares y todo lo que allí había acontecido. Por cierto, es el lugar donde Juárez llegó a la frontera en su celebrado carruaje negro durante la ocupación francesa en los años sesenta del siglo XIX. Se alojó en la hacienda de mi abuelo. Existe una hermosa carta que escribió (fue publicada) dándole gracias por la hospitalidad.

Como ve, mi interés en los asuntos internacionales comenzó muy temprano. Albergaba el recuerdo emotivo de lo que ocurría en Europa invadida por los nazis. Agrego que cuando México fue finalmente admitido en la Liga de las Naciones en los años treinta, la persona designada por Cárdenas como embajador en este organismo fue el mismo Isidro Fabela, íntimo amigo de mi padre. Fabela desplegó allí una vigorosa acción dirigida a apoyar a Etiopía cuando fue invadida por Italia. Ciertamente, se convirtió en *persona non gra-*

³² Isidro Fabela (1882-1964). Gobernador del Estado de México en 1942-1945. Embajador en Francia, Inglaterra, Argentina, España y Chile. Juez en la Corte Internacional de Justicia de La Haya de 1946 a 1952.

ta para los británicos, alemanes, franceses... para todos. Pero defendió a Etiopía de brillante manera, de modo que cuando la paz retornó a este país, el emperador Haile Selassie visitó México. Hay una plaza que lleva su nombre. Después sobrevino la guerra civil española, y Fabela desplegó una vigorosa defensa de la República protegiendo a muchos políticos como México después lo haría.

Cuando mi padre falleció en 1938 le informé a Fabela por cable. Me invitó a pasar las navidades con su esposa, en Ginebra. Acepté. Una estancia que fue un gran consuelo para mí. Me mostró el edificio de la Liga de las Naciones. Conversamos sobre sus actividades en este organismo. Era un hombre distinguido. Los norteamericanos no lo querían porque, como ayudante de Carranza, reveló ásperas actitudes respecto a ellos. Escribió libros sobre el imperialismo yanqui que había desolado a los países latinoamericanos; previsiblemente no gozaron de buena acogida en Washington.

Un libro publicado recientemente por El Colegio transcribe los archivos privados de una persona que a la edad de 36 años fue designada embajador de México en Francia en 1940, poco antes de la caída de París en manos alemanas. Era una persona joven, inteligente, muy cercana al presidente Cárdenas, quien le encargó una misión especial: “Usted será embajador en Francia y quiero que ayude a proteger a todos los refugiados españoles en este país”. La guerra en España concluyó en 1939. El fascista Franco había llegado al poder. Trescientos mil republicanos, incluyendo burócratas, soldados, políticos, habían emigrado a Francia. Cárdenas declaró: “Todos ellos están bajo la protección de México”. Las autoridades de la República Española en el exilio tenían una oficina en México, y poseían recursos para financiar múltiples actividades. Ofreció cubrir los costos de todos los refugiados que estaban en diferentes lugares, no sólo en los campos localizados en el sur de Francia sino en muchos otros lugares en los que vivían desamparados, en pequeñas ciudades, procurando conseguir algún trabajo. En estas fechas llegó el embajador Luis I. Rodríguez con esta misión.³³ Cárde-

³³ Luis I. Rodríguez Taboada (1905-1973). Denominado “El embajador olvidado”. Fue gobernador de Guanajuato (1937) y de Baja California (1932). En 1935, secretario privado de Lázaro Cárdenas. Embajador en Francia —1939-1942, y más tarde, en Chile y Canadá. Véase *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia*, México, El Colegio de México-Conacyt-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2000.

nas le había instruido: “Quien quiera venir a México está invitado. Cubriremos todos los gastos”.

Después de algunas semanas de la llegada a París del nuevo embajador, el avance alemán era tan notable que la ciudad fue evacuada por el gobierno francés que encabezaba el primer ministro Paul Reynaud, quien se trasladó a Burdeos. El embajador Rodríguez recibió instrucciones, con la indicación de trasladarse a esta ciudad y dejar a un miembro de su equipo a cargo de los edificios de la Embajada en París. Al mismo tiempo estableció contacto con líderes de la España republicana que vivían exiliados en la capital. Hizo amistad con uno de ellos, un líder político español, que si hubiera caído en manos de los alemanes habría sido entregado a Franco sin dilación. Lo habrían fusilado. Un día Rodríguez le dijo: “Debo salir en breve de la ciudad pues nos vamos a Burdeos. Te aconsejo venir con nosotros, conmigo. Viajaremos en automóvil y te protegeremos. Debes abandonar este lugar pues si los nazis te atrapan será tu fin...”.

El libro contiene informes que él remitió a Cárdenas y a la Secretaría de Relaciones Exteriores. Se trasladó a Burdeos en seis automóviles diferentes; las placas diplomáticas prestaron la necesaria protección. No faltaron dificultades. Uno de los vehículos tuvo un accidente en el camino. Conocí más tarde a todos los miembros de la Embajada mexicana de aquel tiempo, que se tornaron figuras conocidas. Uno de ellos —Jaime Torres Bodet— fue dos veces secretario de Educación. También sería nombrado segundo director general de la UNESCO. El embajador Rodríguez recogió al político español y a su familia de París y los alojó en un hotel en Burdeos. Sólo pudo encontrar una habitación en un hotel donde se alojaba, en un cuarto contiguo, el comandante de las fuerzas de la SS.

Situación delicada. El gobierno de Reynaud se había desplomado; fue en julio de 1940. Charles de Gaulle anunció en Londres el lanzamiento de “Francia Libre”. Escuché su discurso el 18 de junio en Londres. Estuve también allí cuando Eduardo VIII abdicó. El embajador Rodríguez se empeñó en sacar al presidente republicano de territorio francés. No quería salir. Le rogó que lo hiciera, le escribió repetidamente. Al fin lo convenció. Rentó en secreto un buque-cisterna griego que estaba en Burdeos y pagó suficiente dinero al capitán para llevar pasajeros en una misión especial del

gobierno mexicano con rumbo a Londres. El capitán de la nave le explicó: “No puedo abandonar por la noche sin tripulación, pero considerando el pedido lo haremos de inmediato”... Los acogió a bordo, y el barco zarpó en la oscuridad llegando a Londres con el importante político español y su esposa y otras personas de su entorno, con nombres y pasaportes mexicanos.

A partir de ese momento, el embajador Rodríguez estableció contactos con el gobierno de Vichy. Debía presentar sus credenciales al mariscal Pétain³⁴ y buscar una vivienda donde residir. Encontró un cuarto en un hotel. Un miembro de su equipo se quedó en Burdeos. Otro se encaminó a Marsella como cónsul general. Ayudó con vigoroso empeño a rescatar españoles de las garras de los agentes de Franco que allí estaban y también de los simpatizantes de Pétain y de los nazis. En síntesis: protegieron a 30 000 españoles por diferentes medios. Fueron llevados en barco a Marruecos y Túnez con trasbordo desde estos países. Rentaron naves y se sirvieron de empresas aseguradoras; poseían abundancia de recursos para ello. Pero debieron negociar con Pétain, quien apenas entendía el asunto, y con Pierre Laval.³⁵ El embajador mexicano persuadió a Laval, quien le había dicho: “No me preocupa en absoluto esta gentuza corrupta de españoles republicanos”... El embajador replicó: “Pagaremos por ellos. Les ahorraremos dinero a ustedes”. Esto convenció a Laval, pues ya no debía cubrir los gastos de su mantenimiento...

En estas circunstancias, México asumió la plena protección de estas personas. No todos se dirigieron a México, pero 30 000 lo hicieron. Algunos rehusaron pues pensaban que podrían retornar a España, o temían las represalias que pudieran sufrir sus familias. Otros terminaron en campos de concentración y en lo que se llamaron las fábricas de esclavos que se han conocido recientemente por medio de la prensa. También hubo recintos para detenidos en los que muchos españoles, junto con judíos de diversos países europeos, fueron reclusos.

³⁴ Philippe Pétain (1856-1951). General y jefe de Estado de la Francia en Vichy (1940-1944).

³⁵ Pierre Laval (1883-1945). Presidente del Consejo de Ministros en Vichy. Fue el colaborador más eficiente de Hitler en Francia. Al terminar la guerra fue condenado a muerte y fusilado.

Este libro es fascinante; contiene muchos temas, y uno de ellos me impresionó hondamente: es la larga lista de refugiados no españoles del nazismo en Europa que fueron también invitados a solicitar visas para trasladarse a México. Repasé la lista y encontré el nombre del vecino de mi casa de fines de semana, una persona llamada Bruno Schwebel, originario de Austria. Tenía entonces once o doce años de edad. Sus padres y su hermano figuraban también en la lista elaborada por el embajador mexicano. Al mostrársela le pregunté: “Bruno, ¿son éstos tus padres?” “Sí, lo son” ...me contestó. Me relató que se había fugado a través de España —por una ruta secreta— con rumbo a Lisboa.

Existe un libro de Albert Hirschman que reúne un conjunto de ensayos que escribió hace algunos años.³⁶ Uno de ellos alude a sus tempranas experiencias como refugiado en la Alemania nazi. Nació en Berlín, estudió economía en Francia y obtuvo su primer título en La Sorbona. Llegó finalmente a Marsella para trabajar con un norteamericano que estaba organizando la fuga de refugiados judíos de Austria, Alemania y Hungría. Albert escribió: “Ayudé sabiendo exactamente cómo sacar a la gente de ese lugar...” Él tenía un documento de identidad falso con su nombre algo alterado previendo que podía tropezar con la policía alemana. “Cuando percibí que mi propia vida estaba en peligro supe cómo fugarme... A través de España llegué a Lisboa”.

Naturalmente, yo nada sabía de lo que estaba ocurriendo en 1940. Estudiaba en Cambridge en las residencias transitorias de la LSE. Tampoco estaba enterado de lo que sucedía en México, ni, en particular, de los extraordinarios episodios de este embajador que permaneció en Francia durante diez meses. Su misión era salvar españoles, y con miles de ellos lo logró. Hubo otros asuntos que El Colegio investigó, pues se había fundado como un centro de investigación y docencia para los españoles republicanos que vieron interrumpidas sus labores en España.

Se trata de una cautivante historia que muestra cómo estuve involucrado en los asuntos internacionales en medidas desiguales

³⁶ Albert O. Hirschman (1915-2012). Economista de origen alemán; catedrático en la universidad de Princeton. Escribió varios libros sobre temas latinoamericanos. Mereció una reciente biografía titulada *Worldly Philosopher: The Odyssey of Albert O. Hirschman*, por J. Adelman, Princeton University Press, 2013.

—paralelamente a mi vida como joven estudiante— incluyendo los traumas emocionales [*que experimenté*] al saber lo que sucedía en España. Cuando estaba en Londres, tuve amigos ingleses que trabajaban en ambos lados, especialmente aquellos afiliados al Partido Comunista. En una ocasión —diciembre de 1937— ofrecí apoyo al Comité Vasco de Niños Refugiados. Necesitaban personas que pudieran ayudar en los lugares que ofrecían hospitalidad a estos niños. Habían salido del País Vasco varias embarcaciones con ellos. Esto aconteció después de Guernica³⁷ cuando el País Vasco caería ante las fuerzas franquistas.

Fui al Támesis, cerca de Oxford, donde había cien niños de diversas edades, de cuatro a dieciocho. Les di lecciones elementales de la escuela primaria acompañado por un abigarrado grupo de maestros ingleses voluntarios, entre ellos un estudiante de Oxford emparentado con una rica familia, que era comunista. Había un maestro —también comunista— que me llamaba “amigo mío”. Le dije: “No me llame amigo... No soy su amigo...” Y había otros. Dirigía esta actividad una entusiasta mujer irlandesa que había sido secretaria de un parlamentario inglés. El cocinero era un español anarquista que había trabajado en un restaurante ibérico en Londres, que yo conocía. No había comido en este restaurante porque no podía permitírmelo, pero sabía de su existencia. Ella y él programaban el menú de toda la semana, pero [*el español*] no le prestaba atención alguna. Les daba a los niños lo que pensaba que era necesario. En las tardes los invitaba por grupos para endoctrinarlos en el anarquismo. Imagine qué lugar era ése... Para los niños constituía un choque cultural, y para los ingleses un acto de generosidad, pues los invitaban a tomar el té los domingos después del mediodía. Los niños reiteradamente me decían: “No entendemos esta costumbre de beber té en las tardes. Lo tomamos sólo cuando estamos enfermos...” Y no cesaban de asombrarse: “¿Por qué estas personas dedican tanto tiempo a cuidar a sus perros y gatos cuando hay niños hambrientos en el mundo?...”

Hay uno o dos libros sobre estos niños vascos en los campos para refugiados. Llamé la atención de Hugh Thomas acerca del

³⁷ El bombardeo de Guernica —la capital cultural e histórica vasca— por la Legión Cóndor alemana, ocurrió el 26 de abril de 1937.

tema, pues no estaba enterado en absoluto de esta historia. Éramos buenos amigos. Iba con frecuencia a México, y escribió otros libros.

En Bretton Woods tuve una envidiable posición pues competía con jóvenes economistas de Canadá, del Reino Unido, de América Latina y del Tesoro norteamericano. Me topé con Dean Acheson y con otras distinguidas figuras de aquel tiempo. [*Posteriormente*] tomé parte en el veinticinco aniversario de Bretton Woods, que tuvo lugar en Washington en 1969; cubrí mis propios gastos. Tengo fotografías que me muestran al lado de los sobrevivientes de esta conferencia. Fui invitado por Paul Volcker al quinquagésimo aniversario; en 1994 era el director del comité que trabajó durante tres años para reformar el sistema de Bretton Woods. Este grupo editó un grueso volumen, y debí escuchar a ese idiota Michel Camdessus³⁸ cuando declaró: “No precisamos reformas. El Fondo Monetario Internacional funciona muy bien. Es apoyado por todos los países con los cuales tenemos vínculos. No considero necesario propiciar cambios más allá de lo que estamos haciendo”...

El director del Banco Mundial, de apellido Preston, tenía una pobre visión sobre el desarrollo. Yo expuse el problema del medio ambiente públicamente. Lo hicimos Maurice Strong³⁹ y yo. Maurice pronunció uno de sus extraordinarios discursos sobre el tema. Fue dos años más tarde de la Conferencia de Río (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo), y yo lo apoyé. Preston era una figura mediocre; ignoraba mis antecedentes. Desafortunadamente, falleció unos meses más tarde. Estaba muy enfermo en aquel momento, pero no lo sabíamos. En una recepción me presenté ante Volcker y le dije: “Señor Volcker, le agradezco la invitación, especialmente porque estuve en Bretton Woods”. Me miró y me dijo: “Seguramente vestía allí pantalones cortos...” Le contesté: “Bueno, no precisamente, pero era entonces muy jo-

³⁸ Michel Camdessus (1933-2002). Economista francés. Director y gerente del Fondo Monetario Internacional a partir de 1987. Presidió el Club de París de 1978 a 1984, así como el Comité Monetario de la Comunidad Económica Europea.

³⁹ Maurice Strong (1929-) Economista canadiense. Catedrático honorario en la Universidad de Beijing. Fundador del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

ven”. Fui el segundo delegado más joven en Bretton Woods. El primero fue Papandreou.⁴⁰ Aparecía en la lista de participantes como “Andrew Papandrew”, estudiante de la Universidad de California en Berkeley. Nunca me encontré con él.

Bretton Woods fue un hito importante en mi trayectoria personal. Si alguien alude a Bretton Woods, le puedo decir que conozco en profundidad todo sobre esta conferencia. Estuve en sus entrañas. Sabía lo que estaba ocurriendo en las deliberaciones en torno a las ponencias y todo lo que allí sucedía. Participé en el comité final de redacción con el profesor Lionel Robbins, Dean Acheson, y dos o tres más. Fue muy interesante e instructivo. Los soviéticos también tomaron parte, además del representante de Francia Libre, Mendès France⁴¹ quien pronunció un discurso en francés. No hubo servicios de interpretación en esta conferencia. Carlos Restrepo era el representante de Colombia; sus intervenciones fueron en español. [*En contraste*] todos los miembros de nuestra delegación sabían suficiente inglés como para presentar ponencias en ese idioma.

Fui uno de los redactores de un texto dirigido a poner más énfasis en el desarrollo que en la reconstrucción, o en igual medida por lo menos. Noruega y Perú me apoyaron. Keynes opinó: “Me gusta este borrador de resolución”, pero observó: “Sugeriría recomendar ‘el equitativo uso de los recursos’ en lugar de ‘igual’”. En castellano, nosotros usamos *igual* de manera indiscriminada. Se usa “igualmente” con los dos fines. Pero en inglés “igual” implica dos mitades. De modo que [*Keynes*] acertó al observar: “Aceptaría esta rectificación si sustituimos igual por equitativo”... Miré a mis colegas y le contesté: “Está bien. Y es mucho más elegante...”

De aquí pasé a otras labores. Al final de los cuarenta me empezaron a interesar las cuestiones del desarrollo. Terminé trabajando en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 1951. Empezamos un buen programa en torno a la integración de Centroamérica. Tuve oportunidad de dialogar brevemente con el secre-

⁴⁰ Andreas Papandreou (1919-1996). Primer Ministro de Grecia en 1981-1989 y en 1993-1996.

⁴¹ Pierre Mendès France (1907-1982). Primer Ministro de Francia en 1954-1955. Su apoyo a la creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) fue decisivo.

tario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld,⁴² sobre este tema. Se mostró muy interesado. Alguien me mencionó ayer que él fue economista. Sí, en verdad lo era, y expresaba sus puntos de vista con escrupuloso esmero. Mi conversación con él fue grata. Conocía por cierto a muchos funcionarios de la sede de las Naciones Unidas, incluyendo a Vladek Malnowski, a Ben Rivlin, y a Philippe de Seynes que posteriormente fue designado subsecretario [*de la ONU*] y a David Owen cuando fue jefe de la Oficina de Ayuda Técnica que estaba involucrada en el apoyo al programa centroamericano. Pudimos así recibir expertos de la FAO, la OIT, la UNESCO y muchos otros organismos. Incluso realizamos un estudio sobre la aviación civil.

TGW: Usted ha dibujado un amplio camino... Le pediría retroceder por un momento. En su historial de vida menciona que entre los años 1940 y 1947 estuvo involucrado en su “autoeducación”. Me sorprende que usted consagrara tanto tiempo a esta actividad. ¿Pensó alguna vez en retornar a los estudios formales y presentar una disertación [*de doctorado*]?

VLU: Cuando me gradué en la LSE, me dirigí a tres universidades en Estados Unidos con el propósito de realizar estudios avanzados. Recibí muy buenas respuestas de todas ellas. Me escribieron: “Si usted es un graduado de la Escuela de Economía de Londres podrá incorporarse a un programa avanzado de maestría”. Creo que una de las instituciones fue la universidad de Michigan; otra, la universidad de Wisconsin-Madison, y la última Johns Hopkins, pero debo refrescar este recuerdo. Todas me aceptaron. Pero cuando regresé a México debí buscar un trabajo pues mi familia vivía en muy modestas condiciones. Me incorporé a labores muy interesantes, como relaté. En algún momento —no recuerdo la fecha exacta— pensé que debía realizar un esfuerzo dirigido a obtener un grado académico superior. Había un funcionario en la Embajada norteamericana —se me escapa su nombre— que estaba involucrado en estos trámites. Me dijo: “Mire, usted es el tipo de persona que puede re-

⁴² Dag Hammarskjöld (1905-1961), Político sueco. Secretario general de la ONU entre 1953 y 1961.

cibir una beca e incorporarse a una buena universidad en Estados Unidos”. Consulté a uno de mis mentores de aquel tiempo, no al director del banco central sino a la persona que dirigía El Colegio y una casa editorial el Fondo de Cultura Económica. Me hizo varios comentarios. “Primero, usted puede hacer todas las lecturas que quiera. Segundo, puede hacer en México muchas cosas porque tenemos escasez de economistas y de maestros. Le aconsejo que no vaya a Estados Unidos”. Creo que sus palabras fueron convincentes porque no tomé una decisión. Eran tiempos de guerra; no creo que fuera el mejor momento para ir a estudiar a Estados Unidos. Estaba involucrado en importantes y atractivos asuntos.

Supe entonces que él, en su juventud, había logrado un título de abogado en México y estudiado sociología. Se convenció de que debía aprender economía o, de lo contrario, nunca habría de entender lo que estaba sucediendo en México. Obtuvo así una beca —creo— del gobierno mexicano, y pasó algún tiempo en Harvard estudiando economía agraria. Era un tema inesquivable en aquellas circunstancias. Ochenta y cinco por ciento de la población era rural. Estudió con el doctor Black en Harvard y también tomó cursos con Frank Taussig⁴³ en comercio internacional. De Harvard se trasladó a Cornell después de enterarse de que los estudios de agricultura y de ganadería eran allí avanzados. Más tarde se trasladó a Michigan. Jamás obtuvo título alguno. Sólo pasó breves periodos en diferentes universidades. Pienso que por esta circunstancia me aconsejó que no me empecinara en alcanzar un título [*académico*] avanzado. Creía que lo mejor era apegarse a su ejemplo.

Nunca tomé una decisión en esta materia, y el tiempo transcurrió. Enseñé en la Universidad [*Nacional Autónoma de México*] y en El Colegio [*de México*]. Dirigí seminarios y me sometí a amplias lecturas. En asuntos monetarios internacionales y en finanzas estaba muy actualizado, con publicaciones no sólo de Estados Unidos e Inglaterra; también de Francia, Bélgica y otros países. En 1947 se me presentó una excelente oportunidad. México había concluido la guerra con un amplio volumen de reservas de plata, que es un metal que en las minas suele acompañar al plomo y al zinc. La plata que no se

⁴³ Frank Taussig (1859-1940). Economista norteamericano; uno de los creadores de la teoría del comercio internacional.

vendía en el mercado era estrictamente regulada por Estados Unidos; el Banco de México estaba dispuesto a adquirirla con el fin de acumular recursos como parte de sus reservas monetarias. Teníamos alrededor de 80 000 onzas, que eran en aquellos días mucho dinero.

En una oportunidad el director del Banco —persona con la que no simpatizaba un banquero privado designado por el gobierno de [*el presidente*] Alemán— decidió que el banco central había sido demasiado estricto con los banqueros y debía por lo tanto proceder de diferente manera. No estaba enteramente de acuerdo con él. Por fortuna [*en una oportunidad*], me dijo: “Mire, tengo una importante misión para usted. Se la he ofrecido a su jefe inmediato, pero no la quiere asumir pues —así me respondió— su inglés no es suficientemente bueno. ¿Podría usted hacer una gira alrededor del mundo para estudiar el mercado de la plata y estimar qué podemos hacer desde el punto de vista político y qué negocios emprender para colocar parte de nuestras reservas en plata? “Agregó que no se trataba de un secreto pero que [*esta misión*] debería desplegarse discretamente porque el mercado de la plata era muy sensible. Agregó: “usted puede hacer todos los contactos que desee con el Fondo Monetario Internacional, con el fin de recoger la información que necesite. Puede ir a Nueva York y negociar con los banqueros y, también, con los comerciantes de la plata donde usted quiera...” Me dije: “Ésta es una gira maravillosa”. Y acepté. Inicié los preparativos. Poco después el director [*del Banco*] insistió en que fuera acompañado por un miembro de una familia libanesa que dirigía un banco en México, considerando que en el Medio Oriente podría tropezar con algunos problemas. Conocía a la persona: era Joseph Aboumrad. El director añadió: “Él habla árabe e inglés. Se formó como abogado en Nueva York y su hermano administra aquí un banco. Y es una persona considerada por el Banco de México como confiable en asuntos bancarios”. Contesté: “Por supuesto”. Y juntos iniciamos la gira.

Fue un largo viaje: cuatro meses y medio. Volamos primero a Washington, donde hice contactos con el Fondo Monetario Internacional, y después fuimos a Nueva York. Llevaba cartas introductorias para diversas personas en la India, en Pakistán y en el Lejano Oriente. Nos separamos en estos viajes. Fuimos juntos a Londres, dialogamos con los funcionarios del Banco de Inglaterra, con ne-

gociantes de la plata y con ejecutivos de bancos privados. No guardamos secreto alguno en estas gestiones, pero debíamos manejarlas con discreción. Viajamos también a Francia. Fui solo a Italia, y él a Bélgica. Visité Holanda, y nos encontramos en Ginebra. De aquí volamos juntos a El Cairo. Comenzaron entonces para Aboumrada las dificultades, pues no había sido educado en el Medio Oriente. Procedía de una familia libanesa, su madre le hablaba en árabe, pero un árabe del Bronx neoyorkino. Pronunciaba el inglés con un muy marcado acento yanqui. Llegamos a El Cairo con numerosas cartas de recomendación. El Banco de México me recomendó llevar muestras de monedas de plata mexicanas que el país podía ofrecer a los interesados en acumular reservas de este metal y solicitar los servicios de la Casa de Moneda en México. Tenía muchos cheques de viajero y otros recursos. Llevaba documentos para mostrar mi identidad. Yo pasé sin dificultades la aduana, pero no Aboumrada. Le abrieron todo su equipaje ante los pasajeros que estaban en la sala aduanal del aeropuerto. Me acerqué y pregunté: “¿Qué sucede?” Los funcionarios egipcios me dijeron: “Esta persona es judía. Fíjese en su nombre: Joseph. No puede ser árabe. Incluso no habla el árabe correctamente”... Irónica situación, pues Aboumrada era libanés católico...

Nos detuvieron dos horas en el aeropuerto junto con otros pasajeros; estábamos muy molestos porque debíamos trasladarnos en el mismo ómnibus con rumbo a El Cairo. Aboumrada se sentía ofendido y me dijo: “No puedo quedarme en Egipto. Viajo a Beirut. Allí podrá alcanzarme”. Solo, continué mis labores. Dialogué con los empleados egipcios. Resultaron personas admirables. Fui después a Beirut, y allí mi colega me invitó a las reuniones de su familia. Gente muy amable; me abrumaron con su hospitalidad. Le dije [*a Aboumrada*]: “Joe, debo viajar a Turquía desde aquí, podríamos encontrarnos en Bombay. Retornaré a Beirut sólo para volar a Irak. ¿Por qué no viajas, mientras tanto, a Arabia Saudita para llegar a un acuerdo con ellos?” Hicimos lo que sugerí. Fui a Bagdad y, después, a Teherán. En un vuelo de los DC-3... Puede imaginar la calidad del viaje en esas áreas. De Ginebra a El Cairo habíamos volado en un DC-4. Fue algo mejor.

Pasé varios días en Teherán y concerté excelentes contactos con las autoridades. Después volé a Basra, y de allí tomé un British Airways

a Karachi. Hice todos los contactos posibles con los negociantes de la plata. Me di cuenta de hasta dónde había llegado la plata mexicana; la vi en bares de Karachi en las manos de comerciantes, personas muy amables. Me invitaban a comer y a conversar. Me encontré también con banqueros extranjeros. Finalmente me reuní con Joseph Aboumrad en Bombay. Visitamos el Banco de Reserva de la India y al director del National City Bank, una persona muy influyente, y a muchos más. Tomé contacto con políticos y con el primer embajador de la India en Washington y figuras similares. Tengo cartas de todos ellos.

Llegué a Delhi y Joe regresó a México. La razón por la cual fueron tan rudos con él en la aduana de El Cairo se explica porque tenía una pequeña caja vacía, que obviamente había contenido alhajas. Un amigo suyo le había pedido comprar en París un anillo para alguien de su familia, y le dijo: "No lo lleve con usted. Envíelo con otro pasajero". Pero en lugar de entregar el anillo con su caja, él la retuvo mientras que su amigo tomó la alhaja en su mano, la insertó en su bolsillo, y llegó a México con el anillo de diamante. Cuando los egipcios encontraron esta cajita vacía sospecharon que Joe era un contrabandista. Revisaron entonces todo su bagaje y él debió quitarse la ropa en un pequeño cuarto.

Finalmente, [*Aboumrad*] retornó a Bombay mientras yo viajaba a Delhi. Me entrevisté con el secretario de Nehru, quien había estudiado en la Escuela de Economía de Londres. Me encontré con otras personas. El ministro de finanzas también se había graduado en la LSE. Además contacté a algunos amigos de estudios en Bagdad y en Turquía. La Escuela tenía alumnos graduados en muchos países. De aquí viajé a China. Volé de Calcuta a Hong Kong en un DC-4 con escala en Kung Ming. Un hermoso paisaje.

En Hong Kong descubrí algunas aristas adicionales de China, país que en ese momento estaba al borde del colapso. Era junio de 1947. El gobierno de Chiang Kai-shek⁴⁴ perdía constantemente terreno. Pasé unos días en Hong Kong en conversaciones con negociantes de la plata y con periodistas. Primero fui a Shanghai. Tenía-

⁴⁴ Chiang Kai-shek (1887-1975). Sucesor de Sun Yat-sen, fundador de la República china. Después de ser derrotado por Mao Zedong en la guerra civil, se trasladó a Taiwán, que gobernó hasta su fallecimiento.

mos representación diplomática en China, en Nanking, donde estaba la sede de gobierno en aquel momento. El tren a Beijing estaba paralizado. No tenía objeto llegar a Beijing porque las autoridades ya no estaban allí. Llegué a Nanking para encontrarme con el único diplomático que estaba allí como encargado de negocios, porque el embajador de México no pudo permanecer [*en China*] y retornó al país. La persona que lo sustituía en Nanking debía residir en una habitación de hotel de tercera clase. Me fue muy útil porque con su mediación pude encontrarme con altos funcionarios. Había establecido contacto con el Banco Central de China en Shanghai, pues tenía cartas de diferentes funcionarios que trabajaban en el Fondo Monetario Internacional. Llegué a conocer Shanghai relativamente bien durante los diez o doce días de mi estancia, cuando la moneda trepó de 22 000 a 36 000 yuanes por dólar. Si se quería enviar un telegrama, había que escribirlo, retornar al hotel, y pedirle a un portero que llevara a las oficinas del correo un amplio lote de papel moneda envuelto en periódicos a fin de pagar por el telegrama...

Di una conferencia en el Banco Central de China sobre la historia de la plata en México. Inicié negociaciones con el gobierno de Nanking que condujeron a una misión que partió a México con la anuencia del Tesoro norteamericano, pues el gobierno de Nanking estaba a la sazón en las manos de esta entidad para negociar la acuñación de monedas de plata en China. Suponían —no me empené en oponerme a esta conducta aunque sabía que era [*económica* y] moralmente errada— que la acuñación de la moneda de plata podría reducir la inflación: la gente las retendría sin gastarlas. Este asunto fue negociado en México con más detalles. Enviaba telegramas cifrados desde la embajada de México en Nanking a la Cancillería mexicana, y debía esperar las respuestas.

Las negociaciones cristalizaron, pero el Tesoro norteamericano nos advirtió que si nos disponíamos a pagar con la plata otorgada a Chiang Kai-shek, Estados Unidos también la acuñaría. Entregamos la plata y la gravación tuvo lugar en Filadelfia. En aquel momento fue una importante transacción. Consistió aproximadamente de diez millones de dólares equivalentes en monedas de plata. Las monedas mexicanas habían circulado en China desde los inicios del siglo como dinero válido. Los libros de historia lo confirman, y yo

había leído crónicas especializadas sobre las monedas en China. Eran prácticamente de plata pura.

En el ínterin, la visita de Joseph Aboumrad a Arabia Saudita culminó en un acuerdo. No tenían monedas de plata en este país. Resolvieron emitirlas y se las encargaron a México, pues su manera de acuñar gozaba de buena fama. La primera acuñación de rials de plata de Arabia Saudita fue hecha en México.

Las gestiones fueron fructíferas. El enorme exceso de plata de México no fue resuelto, pero la transacción resultó útil. Me puso en contacto con el universo de los bancos centrales de Europa (Italia, Holanda, Suiza), Medio Oriente e India. Y, además, con las autoridades de China, aunque no por largo tiempo. La primera conferencia de la Comisión Económica para Asia y el Lejano Oriente de las Naciones Unidas tuvo lugar en Shanghai mientras yo estaba allí. Mis amigos en el Banco Central me facilitaron una tarjeta de identidad que me permitió tomar parte como observador en esta reunión. Me enteré en esta oportunidad que se había creado una comisión para Europa —la Comisión Económica Europea (CEE). Más tarde hice amistad con Gunnar Myrdal, quien era su secretario ejecutivo. Estaba entonces en la CEPAL. En una oportunidad viajé a Ginebra en 1955 con Raúl Prebisch, el secretario ejecutivo de la CEPAL. En 1947-1948 no sabía que esta Comisión había sido creada. Fue propuesta por los chilenos y los cubanos en 1947; se gestó y organizó en 1948, en Santiago de Chile.

En Shanghai me encontré con la delegación filipina e hice amigos con algunos de sus miembros. Cuando llegué a Manila encontré puertas abiertas al banco central y al Ministerio de Finanzas. Tuve una larga conversación con el presidente Manuel Roxas,⁴⁵ que hablaba un “español de Castilla”. Él pronunciaba su nombre con una “x”, conforme a la prosodia española. Hice muchos amigos. Pero me aclararon: “Por infortunio, no podemos mover un dedo en torno a asuntos monetarios y la acuñación de monedas. Todo es manejado por el Tesoro de Estados Unidos”. Filipinas era un país independiente, pero aún no había transcurrido suficiente tiempo desde la guerra.

⁴⁵ Manuel Roxas (1892-1948). Quinto presidente de Filipinas en el periodo 1946-1948.

Intenté detenerme en Japón en mi viaje de retorno, pero no pude obtener la visa. Fue imposible. Atravesé el Pacífico rumbo a México. Escribí mi informe, del que tengo aún copia. Cuenta con múltiples páginas que relatan lo hecho país por país, las personas que entrevisté y las gestiones que llevé a cabo. Esbozaba otro mundo. No había estado antes en India o en otros lugares. Guardo un excelente recuerdo como economista desde entonces, cuando pude saber lo que sucedía en la India. Pasé allí tres semanas. Había estudiado la historia económica de este país en la LSE, pero no había captado la mayor pobreza que es dable imaginar.

Años más tarde leí *El drama de Asia* que Myrdal⁴⁶ escribió con un número de excelentes científicos sociales. Su definición del subdesarrollo fue muy interesante. Es una versión política del concepto y prescribe cómo se debe elevar la sociedad en su integridad y paulatinamente para movilizarla. No sentí trauma alguno en India. Los europeos que la visitaban por primera vez, me decían: “Usted jamás verá tanta miseria”. Pero la había conocido en México. Sentía [*en la India*] que estaba en México en otras dimensiones. El alimento allí no es muy diferente del habitual en México. No tuve problema alguno en este aspecto. Me sorprendió, sin embargo, el empleo de muchas mujeres en la construcción, llevando canastas sobre sus cabezas. No era imaginable en México que una mujer trabajara en la construcción. Hoy lo hacen al lado de los hombres. Pero en la India las mujeres recogían arena en los cestos que cargaban en sus cabezas y la llevaban a donde era necesaria para hacer la mezcla de cemento. Había una construcción precisamente al frente del hotel, y pude observar este hecho. Fue interesante comprobar que las mujeres formaban parte de la fuerza laboral, en contraste con México, donde no lo eran. Para un economista resultaba algo que no figuraba en los textos. Aprendí mucho mediante la observación.

La gira en 1947 cambió completamente mi percepción del mundo. Retorné a México y encontré circunstancias ingratas en el Banco de México bajo la nueva dirección. La persona que no había tomado parte en el viaje me reveló envidia y me hizo difícil la exis-

⁴⁶ Gunnar Myrdal (1898-1987). Sociólogo y economista sueco. Premio Nobel de Economía en 1974.

tencia. No podía encontrar en mi escritorio archivos y documentos. Usé entonces la sala del Consejo de Administración como mi oficina laboral. Me dieron la autorización correspondiente salvo cuando tenían sesiones de trabajo los miércoles. Joseph Aboumrad llegaba todos los días para informar sobre sus experiencias y las mías. Escribí el informe, y ambos lo firmamos. Tal vez con alguna ingenuidad decíamos a los países que habían eliminado el uso de las monedas de plata durante la guerra: “Ustedes han recibido plata mediante un régimen de préstamo y arriendo... Nosotros la podemos suministrar si concertamos acuerdos comerciales compensatorios, de suerte que podremos venderles el metal, una actividad que nos habrá de ayudar. Pero no podrán usarla si no quieren acuñar las monedas, y entonces deberán devolver la plata a Estados Unidos. Nosotros los compensaremos por medio de arreglos comerciales”.

Intentamos esta modalidad en varios países, pero éstos ya habían tomado sus decisiones. Recuerdo haber dialogado con el director del Banco Central de Holanda. Me dijo: “Mire, ya es demasiado tarde. No pensamos ni por un momento acuñar nuevamente monedas de plata”. Lo mismo sucedía en Francia y en el Reino Unido. No visité Bélgica, pero mostraba idéntica actitud. De modo que nada cabía hacer en este campo; no podíamos actuar. Incluso era imposible plantear este asunto en el seno del FMI. En la India se presentó una situación similar. Este país había comenzado a experimentar una amalgama de plata que no podía ser fundida y que contenía en verdad muy poca plata. Percibí sin embargo que India tenía un amplio mercado negro de plata. Las mujeres llevaban brazaletes de este metal. Había un tráfico del metal blanco al lado de un sistema restringido de intercambios. Tenía lugar un grueso volumen de contrabando, con el resultado de que el precio de la plata en India era dos veces superior al mundial. No podíamos ingresar directamente al mercado porque en 1947 la supervisión británica estaba presente. Estuve allí cuando la independencia fue declarada.

TGW: Aquí nos detendremos porque estamos al final de la primera grabación.

TGW: Iniciamos ahora la segunda sesión de esta entrevista. Tarde del sábado 18 de junio de 2000, en Oslo.

Quisiera retomar un asunto al que ya aludimos. Pero antes de llegar a la CEPAL, me pregunto si es pertinente solicitarle el relato de la evolución de sus reflexiones en torno a la cooperación económica internacional desde sus días en la Escuela de Economía de Londres hasta el Consejo Académico del Sistema de las Naciones Unidas, aquí reunido en el año 2000.⁴⁷

VLU: Verá usted. Fui educado creyendo en la Liga de las Naciones, porque uno de las cosas que convertí en materia de mis estudios fue leer los informes económicos de esta institución internacional. Estaba familiarizado con ellos y continué leyendo sobre este tema hasta el cese de las publicaciones. En Princeton se difundieron algunas de ellas. Había un catedrático, profesor de Nueva Zelanda que había trabajado en Ginebra, llamado John Condliffe,⁴⁸ quien más tarde escribió *El comercio de las naciones* publicado por la editorial Norton; texto excelente, que vio la luz en 1950. Estaba en Berkeley, parcialmente jubilado. Había escrito algunos de los informes de la Liga de las Naciones y realizado el estudio sobre *La red de comercio internacional*. En otras palabras, estuve muy interesado en las labores de este organismo; ya le mencioné mis relaciones personales con la Liga de las Naciones por medio de la Delegación mexicana. Creía en estos ideales y pienso que recibí algún estímulo en la misma LSE; no lo puedo decir con seguridad. Tomé cursos en historia contemporánea.

Conocí al profesor C.K. Webster,⁴⁹ que se especializaba en asuntos internacionales. Recuerdo que tomó parte en un extraordina-

⁴⁷ Fundado en 1987 en un encuentro llevado a cabo en el Dartmouth College (Hannover, New Hampshire) en Estados Unidos, con el propósito de incentivar estudios sobre las actividades del organismo mundial. Su Secretaría se encuentra actualmente en la universidad canadiense Wilfrid Laurier, Waterloo, Ontario, Canadá.

⁴⁸ John Condliffe (1891-1981). Economista australiano. Uno de los primeros en usar cálculos estadísticos para evaluar el comercio internacional. Catedrático de economía en Canterbury College, Nueva Zelanda. Escribió el primer estudio sobre la economía mundial para la Liga de las Naciones en 1931.

⁴⁹ C.K. Webster (1886-1961). Historiador económico. Escribió sobre la segunda Guerra Mundial y una historia de Inglaterra del siglo XIX.

rio debate con Harold Laski y asimiló lo mejor de este último. Un excelente logro. Laski tenía amplio criterio y fue una persona fuera de lo común. Webster había escrito textos de historia y de relaciones internacionales contemporáneas. Leía yo constantemente, actualizándome en todo lo que ocurría porque —como ya le dije— fui conmovido por los acontecimientos en Europa y en México. Se verificó un cambio notable cuando Cárdenas expropió las compañías petroleras. Representaban intereses británicos y holandeses; la fracción norteamericana era pequeña. Por esta razón fue fácil negociar con el gobierno estadounidense. Los británicos rompieron relaciones con México o, mejor dicho, México con Inglaterra porque los ingleses enviaron una nota ofensiva a México algunos días después de la expropiación petrolera, que afectó sin duda sus intereses. La nota aludía al hecho de que México no había pagado sus deudas agrarias a los propietarios británicos que poseían bienes en México.

Estos asuntos me eran conocidos. Mi padre como diplomático, y yo mismo sabiendo algo de lo que habitualmente hacía en sus funciones en las embajadas, tenía interés en las negociaciones, en la diplomacia internacional y en temas conexos. Cuando retorné a México con mi licenciatura en economía, no perdí este interés; estaba al corriente de las publicaciones de Princeton, de encuestas económicas y obras similares. Sabía lo que sucedía en España y las peripecias de la guerra, [*las acciones de*] las fuerzas aliadas, [*los acontecimientos en*] Francia y asuntos similares. Seguimos la invasión nazi a Rusia de manera muy cercana porque muchos de nuestros amigos eran simpatizantes de la Unión Soviética. Tenía un colega que trabajaba conmigo que era un marxista autodidacta y simpatizante de la URSS, quien finalmente obtuvo un cargo en la Embajada mexicana en Moscú durante la guerra. Cuando los alemanes avanzaban, nuestro primer tema de conversación en las mañanas era ver el mapa y verificar qué había sucedido el día anterior con el avance alemán hacia Estalingrado.

Mantuve un constante interés en temas internacionales. Ya le relaté la gira que hiciera alrededor del mundo, que engendró oportunidades a mi país para mejor entenderlos. Me llamó la atención el hecho de que México no tuviera representaciones oficiales en Asia, excepto en la Embajada de Nanking. No había un

consulado general en Hong Kong ni representación en Filipinas; México tampoco tenía vínculos con India. Y era el momento en que este país se declaraba independiente. Después de mi gira, uno o dos años más tarde, un diplomático de la Cancillería mexicana fue enviado en misión exploratoria a India para considerar la posibilidad de establecer vínculos entre ambos países. México designó entonces al primer embajador, que había sido presidente del país: Emilio Portes Gil, quien tuvo este cargo en 1929. Esta persona relató por escrito sus experiencias como embajador en India. Mis únicos contactos con este país en el pasado habían sido culturales. Un filósofo mexicano —José Vasconcelos—,⁵⁰ quien fue también un importante político en su momento y ministro de Educación en los años veinte —había estado en la India y estudiado su filosofía. Tenía libros publicados sobre el Ramaya y los Vedas. Como niño recuerdo que leí estos libros que mi padre tenía en su biblioteca en Colombia. Así aprendí algo sobre esta cultura.

En suma: México no tenía nexos diplomáticos con el Lejano Oriente durante mi gira de 1947. Debí acudir a la Embajada norteamericana cuando necesitaba ayuda.

TGW: Así se convirtió usted en un firme internacionalista.

VLU: Ciertamente, durante largo tiempo. Y mi actitud respecto a Estados Unidos es que debemos entendernos. Propugnamos [*México y Estados Unidos*] políticas muy diferentes. Durante la guerra, México fue llevado a suscribir en 1942 un tratado comercial recíproco en los términos que estableció el Departamento de Estado, [*entonces*] bajo la dirección de Cordell Hull.⁵¹ Opino que este acuerdo fue en particular un gesto de cooperación con Estados Unidos en el esfuerzo bélico. Nunca se llevó a la práctica. Los sentimientos de México no eran propensos a favorecer la causa de los aliados.

⁵⁰ José Vasconcelos (1882-1959). Abogado y filósofo mexicano. Primer secretario de Educación Pública, noveno rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (1920-1924). Se postuló a la presidencia del país en 1929. *La raza cósmica* es una de sus obras notables.

⁵¹ Cordell Hull (1871-1955). Durante 11 años —1933-1944— fue secretario de Estado de Estados Unidos. Recibió el Premio Nobel de la Paz (1945) por su empeño en la gestación de las Naciones Unidas.

Cuando retorné a México en 1940 encontré fuertes sentimientos pro alemanes entre la gente de mi edad, entre la juventud y los profesionales, además de actitudes más bien negativas respecto al Reino Unido y, ciertamente, una indeleble memoria de la guerra entre México y Estados Unidos, amén de las presiones padecidas por el país durante la Revolución.

Olvidé mencionar un hecho. Al terminar la Revolución, México no tenía una representación diplomática en Washington, excepto una oficina especial en la cual mi padre trabajó; fue establecida por el presidente Carranza con el objeto de preservar los nexos con el gobierno norteamericano. En el periodo posrevolucionario, Estados Unidos rehusó reconocer la legitimidad del gobierno mexicano presidido por Álvaro Obregón. Al fin, y mediante algunos mediadores y árbitros, aquel país resolvió celebrar algunas conversaciones. Mi padre fue el secretario de la comitiva mexicana. Así se llegó a lo que se denomina Acuerdos de Bucareli, por el nombre de la calle donde está la Secretaría de Gobernación. Los norteamericanos propusieron algo que no era un tratado ni un acuerdo ejecutivo en términos estadounidenses, como lo fue el arreglo comercial. Su propósito era concertar algunas directrices en los nexos entre México y Estados Unidos, que condujeron al reconocimiento del legítimo gobierno mexicano de aquel tiempo, y trajo aparejado el nombramiento de aquel célebre embajador en México llamado Dwight W. Morrow.⁵² Morrow era un hombre que comprendía ampliamente lo que había detrás de la Revolución mexicana, y la actuación de Calles, Carranza,⁵³ Obregón⁵⁴ y otros. Una calle en Cuernavaca lleva su nombre porque allí tuvo su residencia. Fue muy eficaz; era amigo cercano de Roosevelt. Llegó en las postrimerías de los años veinte a México.

⁵² Dwight W. Morrow (1873-1951). Embajador norteamericano en México en los años treinta. Lidió en las tensiones entre los presidentes Plutarco Elías Calles y Calvin Coolidge a raíz del artículo 27 constitucional que afectaba a las compañías petroleras norteamericanas.

⁵³ Venustiano Carranza (1859-1920). Presidente de México en el lapso 1917-1920. Fue asesinado en Tlaxcalantongo, Puebla.

⁵⁴ Álvaro Obregón (1880-1928). Presidente de México, 1920-1924. Murió asesinado por el líder cristero José de León Toral.

Morrow prestó gran ayuda en momentos en que el gobierno mexicano, presidido por Calles,⁵⁵ reveló una hostilidad radical a la Iglesia católica, pues ésta había instigado una guerra civil en los años veinte, un movimiento llamado Cristero. Los cristeros fueron un grupo de fanáticos de la Iglesia [*que actuaron*] en el interior del país, en las provincias y en ciudades conservadoras como Guanajuato, Guadalajara y alrededores. Tenían un ejército regular con generales, coroneles y soldados. Su lema era “Viva Cristo Rey”. Combatieron a las fuerzas mexicanas en aquellos lugares y controlaron algunas regiones del país. Morrow ayudó a suavizar este conflicto religioso que constituyó una aberración en México.

La Iglesia católica era ciertamente nociva. La Constitución mexicana había expropiado los bienes de la Iglesia en 1856, y el Vaticano fue desconocido. De modo que no había nada sorprendente; la Constitución de 1917 reiteró esta postura al punto de que en las cláusulas constitucionales los legisladores prohibieron al clero el derecho al voto y a vestir sotanas fuera de las iglesias. También vedaron la actividad de monasterios y jardines de infantes; las monjas no podían salir a la calle con sus vestimentas. Todas estas conductas estaban prohibidas hasta que el presidente Carlos Salinas recientemente introdujera cambios. Salinas concertó un acuerdo con la Iglesia instigado por una vigorosa influencia del representante del Vaticano. México no tenía un nuncio; sólo un “representante” del Vaticano, un hombre muy hábil e inteligente en las negociaciones. Creó un clima conveniente que hizo casi natural legitimar a la Iglesia católica nuevamente. La Constitución fue rectificada. Hoy usted puede ver monjes y curas con sus hábitos por la calle. Incluso [*se presentan*] multitudes en el Zócalo, la gran plaza central donde se levanta la catedral. Llevan a cabo ahí una impresionante ceremonia. Por cierto, el Papa ha visitado México en tres ocasiones. Salinas realizó este cambio, y debió además legitimar todas las iglesias; existen 300 asociaciones religiosas en México, de las cuales la Iglesia católica es la más importante. La religión judía es otra, los bautistas, los evangelistas y el inmenso conjunto de lo que Francia deno-

⁵⁵ Plutarco Elías Calles (1877-1945). Presidente de México entre 1924 y 1928. Durante su mandato se desató la guerra cristera. En marzo de 1929, Calles fundó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), antecedente del actual Partido Revolucionario Institucional (PRI).

mina hoy “sectas”, como el grupo de los adventistas del Séptimo Día, y quién sabe cuántas extrañas organizaciones más, que han hecho campañas de proselitismo en el pasado entre los indígenas de Oaxaca y Chiapas.

Sabrá usted que Cárdenas —algo en verdad singular porque aunque no se declaró marxista ni persona afiliada a la izquierda, estuvo muy cerca de causas izquierdistas y anticlericales— trajo a México un amplio movimiento bíblico norteamericano. Muchos se preguntaron: “¿cómo puede el pueblo de México permitir a una persona de nombre Townsend fundar una organización eclesiástica en el país y adoctrinar a pueblos indígenas con la biblia en sus propios lenguajes?” Pero fue siempre defendido con el argumento de que Townsend hizo mucho para incentivar el conocimiento de los idiomas indígenas en México. Le respaldaban abundantes recursos. Tenía por costumbre volar en pequeños aviones con los evangelistas o quienes fueran, para incentivar este movimiento. Creó el Instituto Lingüístico de Verano, que fue reconocido por el gobierno como una organización legítima orientada a personas que necesitaban estudiar las lenguas de Oaxaca, Puebla, Veracruz, Guerrero, etc. Alguna vez esta actividad se desplegó públicamente. Cárdenas los invitó y llegaron, evangelizaron y enseñaron la Biblia en inglés y en las lenguas nativas a los indígenas. Fue iniciativa de Cárdenas, que se suponía que era un *comecuras*, una persona inclinada a poner a todos los sacerdotes en una jungla y dejarlos morir por alguna enfermedad.

El conflicto real y mayor con la Iglesia tuvo lugar en los tiempos de Calles a mediados de los veinte. El embajador de Estados Unidos desempeñó un importante papel en ayudar a resolverlo. Los representantes norteamericanos [*en México*] eran generalmente aceptables, y no sólo los cónsules, incluso el que actuó en los tiempos de Madero para ayudarlo a expulsar a Victoriano Huerta⁵⁶ y conducirlo a la muerte. El embajador norteamericano era llamado “procónsul”. No se establecieron relaciones [*diplomáticas*] hasta fines de los veinte cuando Dwight Morrow llegó. Entonces, cambió la generalizada actitud respecto a los embajadores norteamericanos. ¿Eran procónsules o embajadores iguales a los demás? Cierta-

⁵⁶ Victoriano Huerta (1850-1916). Presidente de México en el lapso 1913-1914.

mente, el representante de Estados Unidos no es comparable a cualquier otro embajador en México. Es superior en poder y en representatividad. En cualquier caso fueron momentos difíciles y embarazosos. La constelación bélica cambió algo el entorno. En México, el presidente Ávila Camacho designó en los cuarenta secretario de Relaciones Exteriores a un político muy allegado a Estados Unidos: Ezequiel Padilla,⁵⁷ quien se llevaba muy bien con Cordell Hull y otros, y gestó la confianza en México como un país estable y aliado fiel en la guerra. Y lo fuimos. En 1942 México declara la guerra a los poderes del Eje debido al hundimiento en el Golfo de México de dos buques petroleros mexicanos. Se difundieron rumores de que los norteamericanos habían agredido a estas naves con el objeto de provocar el ingreso de México a la guerra. No fueron validados. El hundimiento fue ocasionado por un submarino alemán, y más tarde se encontraron los documentos que lo probaban.

México inició de inmediato una activa cooperación que incluyó acuerdos comerciales recíprocos. La concertación comercial redujo algunas cargas en las exportaciones mexicanas provenientes de la industria minera. Era del interés norteamericano, porque todas las actividades mineras eran controladas por la Compañía Norteamericana de Fundición y por otras. Había también interés británico en las minas de plata. México debió hacer concesiones como contrapartida; conozco a una persona que intervino en estas operaciones. Era un graduado de la LSE que jamás concluyó los estudios y hoy frisa los ochenta años.

Los negociadores mexicanos estaban en Washington para dar los últimos toques a este convenio cuando yo viajé a la Conferencia sobre los Bienes del Enemigo que ya recordé. Lo que hizo México fue plantear las cargas de importación en el acuerdo; es decir, se convino en elevarlas. Esto dio una gran ventaja a Estados Unidos en 1946, cuando el mercado se abrió y la economía norteamericana experimentó una transformación a ritmos acelerados.

⁵⁷ Ezequiel Padilla (1890-1971). Político mexicano. Tomó parte en la fundación de la Escuela de Derecho en 1912. Diputado (1922-1926) y procurador general de la República (1928); secretario de Educación Pública (1930) y de Relaciones Exteriores (1940). Representante mexicano en la Conferencia Internacional de San Francisco (1947). Se postuló a la presidencia en 1946.

Realicé un estudio de este viraje con una persona asociada al Banco de México. Muchos comerciantes norteamericanos comenzaron a llegar a México para fomentar actividades mercantiles. No podíamos elevar las tarifas. Perdimos una buena suma de capital en 1946 por el cambio de gobierno y debido a la sobrevaluación del peso. Muchas nuevas industrias fueron fundadas durante la guerra, aunque no sobrevivieron porque se sustentaban en bases artificiales, al amparo de la situación bélica. Durante algún tiempo vendimos muchas mecancías a Centroamérica. Y comenzó una mutación industrial en la esfera química y en muchos otros sectores que fueron dirigidos por nuevos empresarios.

Un profesor de California, Sandor Mosk, quien regularmente me consultaba, escribió *La revolución industrial de México*, un análisis sobre quiénes eran los nuevos industriales en México. Ellos crearon una nueva cámara industrial, y fueron quienes asentaron las bases de diversas industrias en el periodo bélico y, ulteriormente, continuaron en esta actividad con espíritu competitivo. Los norteamericanos comenzaron a inundar el mercado con múltiples artículos: automóviles, productos químicos, refrigeradores, aparatos eléctricos, útiles de cocina, granola, etc. La empresa Westinghouse llegó [*a México*] para montar una fábrica; también la General Electric. Las plantas de automóviles comenzaron a ensamblar vehículos de las marcas Ford y General Motors. Estas personas —los nuevos industriales— fueron tan importantes y poderosos que su propia cámara industrial aún existe y muestra una visión del futuro menos conservadora que otras.

Me vi involucrado en un incidente que el director del Banco, señor Villaseñor, difundió con amplitud. En 1943 él estaba lidiando con múltiples quejas provenientes de este nuevo grupo industrial porque no podían obtener permisos de exportación de Estados Unidos para equipos, como bombas y partes complementarias, maquinaria industrial y eléctrica, que necesitaban las nuevas industrias. Estados Unidos administraba el control de estas exportaciones. Habíamos suscrito en ese momento el acuerdo comercial y no obteníamos las ventajas esperadas. Sólo unas pocas tarifas fueron reducidas en el procesamiento de minerales, que en realidad beneficiaron a las empresas norteamericanas. Estos industriales causaron tanto alboroto que el gobierno mexicano resolvió abrir una

oficina especial en 1942 en Washington para lidiar con este problema. Un antiguo funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores —Ramón Beteta—⁵⁸ fue designado con el rango de embajador sólo para obtener permisos de exportación ante las autoridades norteamericanas en favor de mexicanos que precisaban importar equipos y piezas de repuesto. Esto creó una incómoda dualidad en la Embajada en Washington. Sus representantes no tenían entre ellos afinidad alguna. El propio embajador, amigo de Cárdenas, estaba molesto con esta convivencia. Sin embargo, el gobierno estableció también una oficina en la ciudad de México para negociar los permisos de importación y restringir algunas adquisiciones, encabezada por Primo Villa Michel,⁵⁹ que era el embajador en Londres en 1938 en momentos de la expropiación petrolera; al cesar las relaciones, debió retornar al país.

En aquellos momentos fui a Washington y me entrevisté con el señor Beteta, a quien conocía. Hacía gala de tener un amplio poder cuando mostraba a los comerciantes mexicanos su capacidad para conseguir permisos de exportación con Leon Henderson o con quien jefaturara la administración en los tiempos de guerra en Washington. Cuando Villaseñor tuvo conocimiento de esto, aprovechó la ocasión para preparar una conferencia sobre las relaciones entre México y Estados Unidos en el contexto de la situación bélica, y me pidió que le ayudara. Me dijo: “Mire, me gustaría que ubique a este grupo industrial. Vaya y entrevístelo. Vea qué problemas tienen y escríbame un informe. Yo me ocuparé del resto. Yo sé lo que quiero decir en mi discurso. Diré que no estamos siendo tratados con equidad por el gobierno norteamericano en nuestra calidad de asociados en estos tiempos bélicos”. Villaseñor tenía un gran talento para expresarse. También se permitía la ironía en todos sus planteamientos.

⁵⁸ Ramón Beteta Quintana (1901-1965). Uno de los fundadores de la Escuela de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Subsecretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Cárdenas (1934-1940) y secretario de Hacienda (1946-1952).

⁵⁹ Primo Villa Michel (1893-1970). Gobernador del Distrito Federal (1927-1928), Secretario de Economía y de Gobernación (1940-1946). Representante de México en la Sociedad de Naciones. Embajador de México en el Reino Unido (1937-1940).

Preparé las pocas páginas que incluiría en su discurso, ofreciendo ejemplos de cinco diferentes sectores industriales que padecían rezagos para ordenar u obtener permisos para las partes que precisaban los equipos y las maquinarias. Yo afirmaba en ellas que era una conspiración de Washington para impedirles convertirse en competidores de los industriales norteamericanos. Entrevisté a estos hombres de empresa que practicaban políticas que más tarde se denominaron “sustitución de importaciones”, y redacté un informe realista. Villaseñor lo usó para su conferencia. Y también se permitió externar con ironía la forma en que México era tratado. El embajador estadounidense George Messersmith⁶⁰ tenía intereses financieros en Wall Street y en otros lugares. Escribió un irritado informe al Departamento de Estado. Se tradujo más tarde en documentos que fueron consultados en el curso de los años, debidamente desclasificados bajo la Ley de Libertad de Información. Decía: “¿Qué derecho tenía el director del banco central de intervenir en una materia delicada como los controles económicos en tiempos de guerra en un lenguaje incompatible con la cooperación con Estados Unidos? Concluía que Villaseñor era *poco amigo* de Estados Unidos —ulteriormente supe que esta expresión era la peor que un norteamericano podía decir sobre los mexicanos. No te llaman antinorteamericano o nacionalista; uno es *poco amigo*... El peor pecado que un funcionario gubernamental [*mexicano*] podía cometer era actuar con menguada amistad respecto a Estados Unidos, lo que implicaba que los norteamericanos aspiraban a ser bien queridos por todos.

Este incidente estropeó el futuro de Villaseñor. Continuó en su cargo como director del banco central, pero cuando dejó el puesto en 1946 fue considerado por todos como inepto para negociar. Sin embargo, tenía un excelente amigo: Nelson Rockefeller. Cuando estuvimos en Washington en 1942, era el jefe del Instituto Latinoamericano en el Departamento de Estado. Después de encontrarnos, fuimos a su casa en Washington a una recepción y cena. [*Villaseñor y él*] cultivaron una excelente amistad en el devenir de los años.

⁶⁰ George Messersmith (1883-1960). Embajador norteamericano en Austria, Cuba y México. Conocido en particular por el escándalo que suscitó en los medios conservadores de su país cuando resolvió conceder una visa a Albert Einstein para abandonar Berlín en 1932.

Villaseñor tenía sus contactos entre los banqueros, incluyendo a los del Chase Bank y otros. Peron nunca volvió a asumir un cargo en el gobierno mexicano. Fue consejero de un banco franco-mexicano y, después, su director durante algún tiempo. Lo veía con frecuencia porque me era grato. Con frecuencia desayunábamos juntos; yo iba a su casa para almorzar. Estaba casado en segundas nupcias con una tejana que era la directora de la Biblioteca Franklin en México. Se había divorciado de una mujer de controvertido carácter, hija de un político mexicano, quien llevaba su propia vida como dramaturga. Se separaron al fin, y después contrajo matrimonio con su mujer norteamericana. Sin embargo, su amistad respecto a Estados Unidos fue muy limitada.

Relato este ilustrativo episodio porque fue muy difícil negociar más tarde con la Embajada norteamericana. Yo tenía vínculos con los agregados culturales de esta entidad, era amable y podía dialogar con ellos, incluso con el agregado en materia agrícola y funcionarios similares.

En el curso del tiempo, cuando el Banco Mundial comenzó a operar, México fue uno de los primeros países en presentar una solicitud de préstamo, en 1947.

TGW: Nos acercamos ahora a su trayectoria en el Banco Mundial de 1947 a 1949.

VLU: Así es. Al retornar de mi gira encontré un ambiente hostil en el Banco de México. Me inclinaba con frecuencia a dialogar con uno de los funcionarios que asesoraba al director ejecutivo de México en el Fondo Monetario Internacional. Trabajamos juntos en varios proyectos. Él sabía lo que estaba sucediendo. Tuve con él una larga conversación, y en una oportunidad me escribió una carta desde Washington. Me decía: “el Banco Mundial tiene una plaza para un economista mexicano. ¿Te interesa? Ya conversé con algunas personas que trabajan en el Departamento de Préstamos”. Resolví aceptar el ofrecimiento. Escribí y entregué el informe de mi gira y le anuncié al director que me estaba marchando al Banco Mundial. Me atrajo esta oportunidad por mi interés en el desarrollo y mi participación en Bretton Woods; conociendo el trasfondo de estos temas y después de leer mucho

sobre ellos y discutir una buena cantidad de libros escritos por norteamericanos podía hacer un buen papel. Los funcionarios de la Organización Internacional del Trabajo acostumbraban escribir textos sobre el desarrollo, y pensé que sería interesante observar qué se podía hacer en una institución gestada con este propósito.

Ciertamente, los temas del desarrollo no fueron fácilmente asimilados en el Banco Mundial, pues todos los funcionarios en el Departamento de Préstamos provenían —lo supe más tarde— del mundo financiero privado. La persona que me contrató era un canadiense, que abandonaba su puesto. Fue reemplazado por un inglés que había trabajado en el Banco de Inglaterra y que no tenía idea alguna de lo que era el desarrollo; era un funcionario de quien el Banco se quería liberar...

TGW: Como mencionó en su breve confrontación con Keynes, el balance entre “R” (reconstrucción) y “D” (desarrollo) figuraba en las intenciones originales del Banco. ¿Estaba presente en 1947 el desarrollo en la agenda [*del Banco*]?

VLU: No tuve un diálogo estricto con Keynes, pero negociamos este asunto al nivel de comité y su propuesta tuvo aceptación. Ésta fue una de las pocas enmiendas que se hicieron a los proyectos originales sobre el Banco [*Mundial*]. Cuando me incorporé a este organismo habían dividido [*en el Banco*] a América Latina entre “este” y “oeste”... ¿Puede creerlo? Yo fui incorporado a la División Oriental Latinoamericana, y había otra “occidental”, pero no podía trabajar en la última porque me estaba vedado intervenir en México. Era la regla en el Banco Mundial. No se podía realizar labores en el propio país. Estuve a cargo de Brasil, Venezuela, Colombia y Ecuador, que eran considerados “orientales” según el parecer del Banco, aparte de Uruguay y Paraguay, mas no Argentina, pues este último país no fue invitado a Bretton Woods por su amistad con los países del Eje. También se tenían evidencias de que una buena cantidad de alemanes nazis se había refugiado en Argentina.

Debe saber que Prebisch, quien fue muy discreto en sus memorias, estaba informado de que había fondos alemanes en Argenti-

na, y que Juan Domingo Perón,⁶¹ cuando estuvo por vez primera en el gobierno, se mostró afín a los gobiernos de Alemania e Italia, y especialmente a los simpatizantes de los movimientos nazis y fascistas. Esta fue una de las razones por las que fue despedido del Banco Central; [*Prebisch*] quería controlar estos recursos, pero Perón se negó y sentenció: “Quiten a ese hombre”.

Me designaron en el Banco jefe de la División Oriental Latinoamericana del Departamento de Préstamos, aunque nosotros no negociábamos las solicitudes. Había funcionarios encargados de esa tarea. Debí tratar con una persona muy agradable que había llegado del National City Bank de Nueva York, aunque de temperamento tradicional. La mayoría de los funcionarios que trabajaban en los préstamos habían llegado de Inglaterra, Francia y Holanda y pertenecían al mundo bancario, a los bancos comerciales y de inversión. En la jefatura del Departamento de Investigaciones del Banco Mundial estaba un francés que se creía economista; había llegado de un banco de inversiones de París. No era un distinguido economista, pero su padre había sido una célebre figura. Trabé amistad con muchas personas, y empecé a trabajar en una atmósfera hostil porque mi nombramiento fue una sorpresa para la gente que estaba allí, de modo que se resintieron. El encargado de los préstamos reveló una gran resistencia respecto a cualquier economista, y más aún hacia uno proveniente de un país en desarrollo. También hice amistad con un italiano, quien había llegado de una agencia de inversiones, lo cual trajo consecuencias en el futuro. Me incorporé a un grupo de amigos en México y en Washington, y sabía lo que estaba sucediendo en otras secciones. Él estaba involucrado en las negociaciones con México pues trabajaba en la División Occidental Latinoamericana. Había también un belga que se especializaba en Chile.

Me topé con situaciones difíciles para mí. Tenía veintisiete años y era absolutamente ingenuo respecto a la burocracia en Estados Unidos. El Banco Mundial fue concebido en su totalidad como un aparato burocrático norteamericano. Percibí muy pronto las ásperas envidias por el poder que tienen lugar en organizaciones de

⁶¹ Juan Domingo Perón (1895-1974). Militar y presidente de Argentina en 1946-1955 y en 1973-1977.

esta especie. Fui muy mal recibido por mis superiores en el equipo. Encontré un canadiense de origen irlandés, con quien hice más tarde buena amistad, de nombre Edward Lynch, casado con una italiana. La había conocido en Italia durante la guerra. Trabajaba para el Eximbank y obtuvo un puesto en el Banco Mundial probablemente mejor pagado; le encargaron trabajar en los asuntos de Brasil, país del cual nada sabía. Yo conocía poco de Brasil, pero al menos algo. Estudié muchos documentos e informes relacionados con este país. Había otro funcionario que tenía un grado de maestría en historia de Harvard llamado Parker. Sabía portugués, motivo por el cual lo pusieron a trabajar ahí. Hacía trabajos menudos escribiendo informes y leyendo periódicos y publicaciones sobre este país. Y yo debía organizar todos estos datos. Había una mujer —de nombre Hughes, creo— con la cual traté. El señor Lynch era al principio una persona difícil hasta que mostró algún gesto de amabilidad. Fuimos a cenar, él con su esposa y yo con la mía. Después de algunos tragos nos convertimos en grandes y buenos amigos. Y desde entonces estuvo de mi parte.

Formamos un buen equipo. Las dos solicitudes más importantes de préstamo se originaron en Chile y en Brasil. Un modesto pedido de El Salvador fue considerado en la División Occidental. La petición chilena se refería a una planta eléctrica y a ferrocarriles, que fue estudiada también por el Banco. La única solicitud considerada por la División Oriental se originó en Brasil y venía de la Compañía de Luz y Fuerza. Era propietaria de los sistemas tranviarios de São Paulo y Río, y como esta corporación era parte de la red eléctrica llamaban a los tranvías “o bonde”, nombre que se usa hasta el presente, aunque no creo estos vehículos existan [*en la actualidad*]. La empresa era dueña de las centrales eléctricas de São Paulo, propietarios del sistema hidráulico en esta ciudad y en Río; controlaban también el sistema telefónico y los tranvías. Llegaron al Banco para solicitar un préstamo, y como era una empresa privada registrada en Canadá con algún capital belga, el vicepresidente del Banco Mundial, que provenía del Chase, estaba entusiasmado. Exclamó: “Qué espléndido asunto. Estamos por hacer un préstamo a una compañía privada...” Sin embargo, la empresa cometió el terrible error de no negociar con el gobierno brasileño. [*Sus directores*] pensaban que podían negociar este prés-

tamo para el desarrollo eléctrico como si fuera una operación bancaria ordinaria que en algún momento exigiría la aprobación del gobierno brasileño. Todos los préstamos debían ser respaldados por los gobiernos, pero esta empresa no los negoció. Supusieron que podían solicitar el préstamo y después negociar con las autoridades brasileñas y recibir las garantías correspondientes. Fueron tan lejos que contrataron a conocido abogado de Río de Janeiro, llamado Nabuco, encargado de negociar el acuerdo de préstamo ante el gobierno de Brasil, con el respaldo del Banco Mundial y de los canadienses. Me reuní con ellos. El señor Nabuco no tuvo éxito [*en sus gestiones*] con el gobierno brasileño, lo cual suscitó una sonora protesta.

Yo les advertía: “Ustedes no lo van a lograr”. En primer lugar, todas las empresas eléctricas dependen de las políticas de América Latina. Conocía el caso mexicano; allí el sistema eléctrico era controlado por la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza, que distribuía el flujo eléctrico en el área central de la ciudad de México, pero no podía elevar las tarifas para satisfacer sus necesidades porque la política en México era subsidiar la energía y tornarla tan barata para el pueblo como fuera posible. Les dije: “Miren, esto es también probable [*en este caso*]. Por lo que leo sobre Brasil cabe pensar lo mismo. Hay una fuerte tendencia a no elevar los precios de la electricidad”. Y en estas circunstancias, ¿cómo podría esta empresa garantizar el préstamo por medio de las ganancias y cómo podrían obtener la garantía gubernamental? Las negociaciones cesaron de inmediato. No intervine en ellas, pero emití mi opinión a las personas de jerarquía superior pues [*sólo*] trabajaba en el Departamento de Préstamos.

Anunciaron un día la llegada de un delegado especial del Ministerio Brasileño de Finanzas para estudiar las condiciones del préstamo. Pasó cuatro meses en Washington y celebró conversaciones casi diariamente. Participé en todas las sesiones. Acostumbraba tomar actas de estos encuentros. Nunca intervine de manera conspicua; conocía al funcionario de tiempos anteriores. Nos convertimos en buenos amigos. Era Otávio Gouveia de Bulhões,⁶²

⁶² Otávio Gouveia de Bulhões (1906-1990). Economista brasileño. Participó en la conferencia de Bretton Woods. Fundó el Banco Central de Brasil.

eminente economista brasileño y agradable persona. Tenía mucha paciencia. El estilo brasileño no es irritarse con personas que objetan sus puntos de vista. [*Los brasileños*] negociaron amablemente. Sabían que a largo plazo tendrían éxito y se darían garantías para el préstamo conforme a las condiciones establecidas por el gobierno brasileño.

John J. McCloy⁶³ era entonces presidente del Banco Mundial. Me recomendaron discutir [*este asunto*] con él. Tenía un influyente consejero guatemalteco, una persona que había servido al viejo régimen en Guatemala y era un abogado en extremo conservador. Nos hicimos amigos, a pesar de que era el celebrado mentor de McCloy en asuntos latinoamericanos. En una oportunidad se me informó que el señor McCloy se disponía a emprender una gira por Latinoamérica, y como yo estaba encargado de Brasil no quisieron que yo le acompañara a Chile, pero sí a Brasil. Yo debía concertar contactos con el presidente brasileño y el ministro de Finanzas. Cuando fui al Ministerio de Finanzas me percaté de que la mitad de los funcionarios me conocían, y que McCloy era, en contraste, un completo extraño.

Fui muy discreto y no dije nada. Se estaba negociando el préstamo. Entonces se aclaró que la suma que la compañía necesitaba era mucho más reducida. Los precios habían subido considerablemente para el equipo eléctrico y otros, y ellos debieron elevar el monto del préstamo en un cincuenta por ciento. McCloy me preguntó: “¿Cuál es su trabajo en el Banco?” Contesté: “Señor McCloy, he estudiado la economía brasileña, que no es tarea fácil pues las estadísticas no son en modo alguno confiables”. Una de las razones que Ed Lynch había expresado [*en estas negociaciones*] era que en Brasil el sistema telefónico era tan malo que había que enviar mensajes personales pues era inútil usar ese servicio. De modo que era importante modernizar la red de comunicaciones. Este incidente se sumó a otro más tarde gracias al cual hice amistad con Mitchell Clark, quien se convirtió en el nuevo presidente de la Compañía de Luz y Fuerza cuando el canadiense Lynch abandonó el puesto...

⁶³ John McCloy (1895-1989). Abogado y banquero norteamericano. Presidente del Banco Mundial (1947-1949) y alto comisionado de Estados Unidos en Alemania (1949-1952). Fue miembro de la Comisión Warren (1963) que investigó el asesinato de John F. Kennedy.

Recuerdo una conversación que sostuve con McCloy una tarde en un hotel de Copacabana. Me pidió que me sentara con él para informarle qué pensaba yo sobre Brasil, cómo lo evaluaba y asuntos similares. Le dije que estimaba en alto grado a Brasil y creía en su potencial. Al poco tiempo me percaté de que no me escuchaba. Extraña situación. Tenía un maletín colmado de notas amarillentas que nada contenían. Su secretario lo había llenado con ellas. Miraba a la ventana todo el tiempo. Yo ignoraba entonces que él proyectaba ser el alto comisionado [*de Estados Unidos*] en Alemania. Lo supe más tarde. Me dije entonces: “Está mirando en dirección a Alemania, Brasil no le interesa”.

Alguien estuvo escribiendo una biografía de McCloy; estableció contacto conmigo y le relaté esta experiencia. Ignoro si fue o no publicada. McCloy era una agradable persona, pero no le interesaba el desarrollo. En cualquier caso, al Banco tampoco le importaba el desarrollo, sólo evaluaba proyectos. Proyectos bancarios —así los llamaban—: recursos para la generación de energía eléctrica, para vías férreas, para proyectos de irrigación. Pero no existía un concepto general de lo que debían hacer en un país al cual prestaban dinero para el desarrollo. Sólo los proyectos le interesaban.

Finalmente, se suscribió el préstamo a Brasil. En paralelo, una misión mexicana llegó a Washington apoyada por la Embajada y por instituciones financieras de México con la misión de negociar un amplio préstamo para el desarrollo eléctrico del país. En una oportunidad me invitaron a conocerlo. Me desconcertó [*este asunto*], pues el director de la Comisión de Electricidad en México era un pariente mío que se llamaba Alejandro Páez Urquidi y pertenecía a una familia de Durango. Fue educado en Estados Unidos como ingeniero especializado en electricidad y consultor en administración.

El Banco pretendía que yo hiciera los primeros contactos. Les dije: “Olvídenlo, yo pertenezco a la División Oriental Latinoamericana”. Me respondieron: “Es cierto, pero sabemos que tiene amigos en México. Por lo tanto, viaje a su país y arregle todos los contactos con la prensa de suerte que cuando McCloy llegue podrá entrevistarse con los medios”.

Establecí los contactos y concerté acuerdos con la prensa. McCloy llegó, y fuimos entonces huéspedes del director de la Comi-

sión Federal de Electricidad, mi pariente lejano. Visitamos todo el sistema de energía hidroeléctrica. La solicitud de préstamo se complicó debido al hecho de que la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza, que era el distribuidor en la ciudad de México, tenía un nuevo director. ¿Quién? George Messersmith, el antiguo embajador en México. Pensaban que él podría ser un buen interlocutor en el Congreso. La forma en que estos asuntos eran concebidos es inimaginable y además Messersmith no gozaba de buena reputación en México. Se vio involucrado en un incidente con declaraciones que suscitaron la protesta de los industriales mexicanos; sin embargo, se presentó [*a las deliberaciones*]. No tomé parte en ellas, pero recogí las noticias del lado mexicano porque la Comisión Federal de Electricidad había establecido una oficina en Washington y su representante rentaba una vivienda muy cerca de la nuestra, y acostumbrábamos vernos los fines de semana. No tomé parte en estas gestiones, pero sabía lo que estaba ocurriendo.

Me enteré en el Banco de que cuando se comenzó a examinar la situación financiera de la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza dijeron: “No podemos prestar dinero a esta compañía. Su estructura financiera es muy débil. Tienen muchas deudas y ninguna posibilidad de refinanciarlas. No es comerciable. Y no tiene lugar en el mercado de acciones. Pero no sabemos qué hacer”... Por medio de mi amigo italiano Federico Consolo, del Departamento de Préstamos, conocí a una persona muy interesante que el Banco Mundial había contratado: un ingeniero de apellido Madigan, que había trabajado en las obras públicas de Nueva York, bajo la dirección de Robert Moses. Era irlandés de primera generación, de lenguaje muy tosco. Aprendí de él que los proyectos de ingeniería son fáciles de llevar a cabo. Se extienden sobre la mesa los planos y los documentos finales... y brota la respuesta. Me interesó comprobar que ésta era la manera de trabajar de los ingenieros. Pero ¿qué pensaban los economistas? Me dijo que se sentaría con Messersmith y le diría: “Mire, Messersmith, usted es un hijo de perra que dirige una compañía de mala muerte en México. Está en bancarota. No le darán un centavo por su empresa en Nueva York si usted intenta vender parte del proyecto”. Me advirtieron: “Con este lenguaje, Messersmith volará en pedazos”. Nunca volví a verle.

Finalmente, el Departamento de Asuntos Legales del Banco Mundial, que era extremadamente conservador pero entendía el lenguaje del irlandés, obligó a Messersmith a aceptar el préstamo que precisaba para hacer progresar el sistema eléctrico de la ciudad de México, especialmente la generación y la distribución, y que le llegaría por conducto de la Comisión Estatal Mexicana de Luz y Fuerza. Así el Banco se autoprotegió. El gobierno mexicano no se inclinó a otorgar plenas garantías a esta Comisión, arreglo que humilló a Messersmith y lo condujo a presentar su renuncia. Ignoro qué hizo más tarde, si escribió o no sus memorias.

Al final, el gobierno (mexicano) adquirió la empresa en 1960 y nacionalizó todo el sistema eléctrico. Así concluyó el asunto. Es aún una poderosa entidad nacionalizada que tiene a sus espaldas un belicoso sindicato. La planificación efectiva de este servicio está hoy en manos de la Secretaría de Energía, en tanto que la Comisión Federal de Electricidad es la entidad que construye las instalaciones y se encarga de las operaciones.

Aprendí mucho sobre las actividades del Banco. Especialmente, el tipo de contratos que suscribía. No estuve allí un largo tiempo. Encontré muchas cosas adversas a mi modo de pensar. Me dijeron un día: “Los colombianos nos presionan duramente. Quieren construir una fábrica de acero. Por favor, Urquidi, examine estos documentos, evalúe los proyectos e infórmenos qué ocurre en Colombia. No queremos ninguna empresa acerera. No tenemos por qué financiarla. No es la misión del Banco”. Estudié la solicitud. Se trataba de la fábrica de acero Paz del Río que, finalmente, fue creada. Pero el Banco se opuso firmemente a ella en su momento.

Me enviaron a Venezuela por azar. Por considerarlo confiable o por alguna otra razón, le pidieron a un señor belga que trabajaba en los asuntos chilenos unirse a la misión en Caracas; la atención a este país era mi línea de trabajo, formaba parte de América Latina *oriental*. [Sin embargo], le solicitaron llegar allí en misión con un funcionario responsable de los préstamos, un tal señor Clee. Recibí una tarde una llamada del señor Larsen, el neozelandés, funcionario del Departamento de Asuntos Económicos. Me dijo: “Víctor, tenemos un problema... Decidimos enviar a Jacques Torfs (el belga) y a Clee a Venezuela porque el gobierno de este país

solicitó una misión”. Nada sabía yo de esta petición. Se trataba del gobierno de Rómulo Gallegos,⁶⁴ el segundo presidente después de que [*el partido*] Acción Democrática tomara el poder al caer los dictadores, los generales y los almirantes que ejercieron la tiranía durante varios años. Larsen me explicó que el señor Torfs había sufrido un ataque [*de pánico*] en el aeropuerto de Miami; Torfs nos había dicho que él fue piloto durante la segunda Guerra, que había estado en África, etc. Nunca supimos si era o no verdad. Apartadamente temía volar. Fue al aeropuerto de Miami para tomar un avión a Venezuela y sufrió un ataque de nervios. No pudo subir al aparato.

Al final Larsen me dijo: “Víctor, lamento molestarte... pero ¿podrías tomar su lugar?” Contesté: “En verdad, conozco a todos en ese país, a toda la gente en el nuevo gobierno. De modo que si me lo solicitas, iré”. Estuve así dos semanas en Venezuela reuniendo información. Conversé con los funcionarios del Banco Central y calculamos las cuentas nacionales en el reverso de un sobre. Procuramos que los datos fueran consistentes y comprensibles. Más tarde hice lo mismo en Haití con un economista holandés que había conocido y estaba en una misión de las Naciones Unidas, de nombre Jan Lichart.

Hice [*en Venezuela*] amistad cercana con Manuel Pérez Guerrero, quien entonces era Ministro de Finanzas y había estado en la Liga de Naciones y en la Organización Internacional del Trabajo hacia el final de los treinta. También hice excelente contacto con un economista que había conocido en la conferencia de 1946 que tuvo lugar en México, que pertenecía al Banco Central y, posteriormente, fue secretario ejecutivo de la CEPAL después de Prebisch. Su nombre era José Antonio Mayobre. Era director del Banco Agrícola de Venezuela en aquel tiempo, antes de incorporarse a la CEPAL. Más tarde representó a este organismo en Brasil, y, después, fue nombrado ministro de Finanzas durante los gobiernos de Acción Democrática en Venezuela. Fue embajador en Washington, el último de sus cargos.

⁶⁴ Rómulo Gallegos (1884-1969). Novelista y político venezolano. Presidente de Venezuela (1948) durante nueve meses; fue derribado por la junta militar jefaturada por Carlos Delgado Chalbaud. Primer presidente de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA (1960-1963).

Me encontré con estas personas en una misión previa, pues cuando fui a Brasil para unirme al señor McCloy me detuve en el camino en Venezuela para saludar allí a mis amigos. Fue quizá en los inicios de 1948. Cuando me encargaron esta misión [*en Caracas*], las puertas se abrieron ante mí. El ministro de Finanzas, el de Desarrollo, el director del Banco Central, todos eran amigos míos vinculados con el gobierno. Gocé de amplias facilidades para estudiar los proyectos de desarrollo y considerar la situación económica. Escribí un informe con un mensaje especial. Todos me habían dicho en el Banco Mundial: “Mire, está desperdiciando el tiempo trabajando en Venezuela. No precisan préstamos. Es un país rico. Considere su petróleo. Pueden financiar lo que quieran...”

Les contesté: “Es verdad. Sin embargo, Venezuela presenta un sector agrícola pobre y rezagado. La mayor parte de sus industrias es completamente artificial porque [*el país*] tiene una moneda sobrevaluada debido al petróleo. Por esta causa, ninguna industria puede ir demasiado lejos sin una altísima tarifa de protección o restricciones a la importación. Y no pueden exportar casi nada excepto petróleo, que produce muy pocos empleos. Pienso que es pertinente conceder préstamos a Venezuela. Sé que tiene enormes reservas (de petróleo); y que posee abundantes ingresos debido al oro negro. Pero no durará eternamente. Conocerá dificultades en su desarrollo. Creo que lo importante para el Banco es percibir que desarrollo no consiste únicamente en conceder préstamos y asegurar que se tendrá una ganancia en ellos...” Había un maravilloso gráfico que los funcionarios del Banco mostraban en largas hojas de papel que revelaban “el tiempo ganado”. Es decir, el factor conforme al cual los intereses anuales de los préstamos y la amortización anual eran cubiertos con las ganancias de la compañía o del prestatario por las operaciones realizadas. Claramente, ésta era la manera de asegurarse de que ninguna deuda externa fuera impagable.

Discutía mucho con la plana mayor del Banco, pero sólo encontré un oído de simpatía: el economista Paul Rosenstein Rodan,⁶⁵

⁶⁵ Paul Rosenstein Rodan (1902-1985). Economista de origen polaco, seguidor de la Escuela austriaca. Enseñó en la LSE de 1930 a 1947. Trabajó más tarde en el Banco Mundial y en la Universidad de Boston.

quien era director adjunto del departamento económico. Ignoro cómo llegó a ese puesto pues era una figura arrogante de tipo schumpeteriano, y no comulgaba en absoluto con la índole de las personas que trabajaban en el Banco. Pero allí estaba, y fue la única persona que comprendió mi visión sobre Venezuela. Me dijo: “Mire, Víctor, mejor omita el asunto de la sobrevaluación de la moneda venezolana en su informe. Usted arguye que la productividad venezolana es muy baja en la agricultura, que tienen industrias ineficientes, que importan casi todo, y que se apoyan en gran medida en la industria petrolera que genera una tasa especial de intercambio. Pero no diga que la moneda está sobrevaluada porque entonces tendremos al FMI a nuestras espaldas si llegan a conocer este informe”.

Así me llevó a modificar algunas secciones de las páginas iniciales de mi informe, pero me permitió insertar una nota de pie de página que insinuaba la existencia de un problema en la tasa de cambio. Lo concluí y fue aceptado. Al día siguiente se verificó un golpe de Estado en Venezuela y Gallegos fue depuesto de su cargo; muchos de sus ministros marcharon al exilio. Éste fue el colofón de mi informe. Nunca llegó al gobierno venezolano.

Después de abandonar el Banco hice copias del informe y lo entregué a los venezolanos exiliados que conocía. Envié un ejemplar a Rómulo Betancourt en persona; ofrecí otro al ministro anterior de Finanzas que había abandonado el país y residía en Washington, otro al director de la compañía petrolera de Venezuela, y otro más a Mayobre y sus colaboradores. Les dije. “Bueno, este informe es hoy sólo literatura. Carece de validez alguna y no la tendrá durante largo tiempo. Ustedes lo pueden leer y usarlo...”

Creo que mis argumentos eran sólidos en términos de los objetivos del desarrollo. Conocimos con frecuencia en América Latina la experiencia de una moneda sobrevaluada. Ocurrió en Ecuador hace poco tiempo. Y sucede en Argentina. La sobrevaluación monetaria se registró también en México en varias ocasiones, y con el presidente Echeverría discutí en 1971 el ajuste del intercambio de la moneda.

En mi trayecto intelectual considero aquel informe [*sobre Venezuela*] como un avance radical. Pero cayó en oídos sordos en el Banco. Más tarde este tema me abrió otros contactos al trabajar en la CEPAL-México. Finalmente, concluí que ya no era útil en el Banco, que ya

no tenía caso plantear cuestiones del desarrollo porque nadie [*en el Banco Mundial*] estaba realmente interesado en ellas. Esta institución se restringía a proyectos. Así que renuncié después de casi dos años; el amigo que me había invitado inicialmente a aceptar el ofrecimiento en el Banco estaba de regreso en México y desempeñaba un alto puesto en la Secretaría de Hacienda; se llamaba Raúl Martínez Ostos.⁶⁶

Me advirtió entonces: “Si retornas a México tengo hoy un trabajo para ti”. Le pregunté: “¿De qué se trata?” Contestó: “He sido nombrado hace poco tiempo jefe de una división en la Secretaría de Hacienda, que estudia el presupuesto, las tasas impositivas, los subsidios, las tarifas y la planeación financiera. La acabo de crear y necesito una persona como tú. No te daré un puesto burocrático. Será para otra persona llamada Raúl Salinas Lozano⁶⁷ (padre de Carlos Salinas).⁶⁸ ¿Lo conoces? ... “Por supuesto”, respondí. “Fuimos estudiantes en la LSE”. Añadió: “A él le gustará tenerte en la Secretaría; te estoy ofreciendo un cargo especial por el cual serás designado ayudante especial en estudios financieros. Cooperarás con él, y harán todo lo que consideren útil...” Le respondí: “Me parece bien... pero lo primero que quiero hacer es recibir algún dinero para pasar dos meses como aprendiz en la Oficina de Presupuesto de Estados Unidos cuando abandone el Banco Mundial, porque deseo saber cómo organizan ellos sus informes estadísticos que revelan si existe o no un déficit o un excedente, y qué tipo de déficit...”

Trabajé dos maravillosos meses en la Oficina de Presupuesto a mediados del verano [*de 1949*], antes de que instalaran aire acondicionado, aprendiendo, en términos prácticos, cómo el presupuesto es elaborado incluyendo los proyectos quinquenales, y cómo se estimaban todos los fondos confiables. Tenía un amigo en la Asociación Nacional de Planificación llamado Gerhard Colm, de origen alemán. Era muy bueno para analizar el financiamiento públi-

⁶⁶ Raúl Martínez Ostos (1907-1993). Economista mexicano, funcionario del Fondo Monetario Internacional. Fue subdirector de Nacional Financiera.

⁶⁷ Raúl Salinas Lozano (1917-2004). Economista y político mexicano. Secretario de Industria y Comercio (1958-1964) y fundador del Instituto Nacional de Administración Pública (INAP).

⁶⁸ Carlos Salinas de Gortari. Presidente de México en el sexenio 1988-1994.

co y la planeación presupuestaria, además del significado de un déficit en el presupuesto. También fui amigo de Alvin Hansen,⁶⁹ que trabajaba en la Oficina de la Reserva Federal. Conocí a mucha gente en Washington, las encontraba con frecuencia, y después de dos instructivos meses retorné a México para asumir nuevas labores.

De inmediato inicié los estudios para precisar cuál era el impacto económico real del presupuesto en México adoptando una nueva clasificación de los gastos. Estaban registrados por departamentos y no según objetivos económicos, ya sea como transferencias al sector privado, ya sea mediante subsidios o inversiones directas concedidos por el gobierno, o para el consumo gubernamental. Debimos considerar expediente tras expediente que contenían informes presupuestales sobre gastos, pues descubrimos que existía una amplia gama de ellos, de suerte que no se podía saber a ciencia cierta cómo los recursos habían sido desembolsados. Debimos develar este asunto con propósitos de clasificación. Surgieron [*de esta labor*] hallazgos muy interesantes.

Respecto a las Naciones Unidas, tuvimos dos venturosas experiencias en el Banco Mundial. La primera fue cuando me invitaron a este organismo que estaba en Lake Success para ser miembro del Subcomité de Desarrollo, unidad que era parte del Comité para el Desarrollo y el Empleo. Fue creado por el Secretariado [*de la ONU*] con el propósito de iniciar reflexiones sobre lo que era necesario hacer. Fui miembro de este Subcomité, y cuando llegué al Banco Mundial les dije: “Ustedes están en el Banco Mundial, y probablemente no formarán parte del Subcomité”. Me contestaron: “Bueno, usted está en el Banco y es verosímil que no será miembro de este organismo”. El Secretario de la ONU me invitó en una ocasión a una junta, de modo que debí pedir permiso para aceptarla. Un funcionario del Banco me advirtió: “No, esto no es compatible... usted está en el Banco Mundial, por lo que no puede ser miembro de un organismo de las Naciones Unidas en su nivel. Le corresponde al presidente del Banco participar y pronunciarse en ese foro...”

⁶⁹ Alvin Hansen (1887-1975). Economista norteamericano. Creó el Consejo de Asesores Economistas. Catedrático en Harvard, ayudó a recuperar la economía norteamericana después de la Gran Depresión (1929) con directrices keynesianas.

TGW: Me gustaría preguntarle cuáles fueron las tensiones entre Washington [*el Banco Mundial*] y Nueva York [*las Naciones Unidas*], porque el Banco es *de jure* pero no *de facto* parte del sistema. Desde su punto de vista, ¿fueron estas tensiones saludables o contraproducentes? ¿No se podría argumentar que en rigor este tipo de discordancias y tensiones incentivan a las instituciones a ser más creativas, particularmente en la gestación de nuevas ideas?

VLU: No estoy de acuerdo. En los tiempos en que estuve en el Banco [*Mundial*] éste no tenía noción alguna sobre el desarrollo. Debí redactar documentos para el Banco, pues cuando me impidieron formar parte del Subcomité —y otra persona tomó mi lugar para representar a México— Naciones Unidas podía solicitar al Banco una opinión sobre los asuntos que se elucidaban en el Ecosoc (Consejo Económico y Social) en torno al desarrollo. La ONU estaba explorando ideas para poner en práctica lo que la Carta postulaba sobre cooperación económica y lo que implicaba la ayuda para el desarrollo. Enuncié algunas consideraciones al respecto, y nadie más lo hizo. Finalmente, los funcionarios no aceptaron lo que escribí, porque yo tenía una visión más amplia de estos asuntos. Debí haber trabajado en las Naciones Unidas en lugar del Banco Mundial. Éste tenía una estrecha visión. Me refiero a los años 1947, 1948 y mediados de 1949, cuando estuve allí. Se producían entonces ásperas fricciones entre los funcionarios responsables de los préstamos y algunos funcionarios del Banco de Inglaterra. Tenían una estrecha mentalidad; eran muy conservadores, altamente mediocres e incluso no competentes como banqueros. Pésima situación.

Para empezar, el Banco tenía muy poco capital. Debía emitir bonos en el mercado de Nueva York. Y no quería suscitar ni la más ligera sospecha de que lo que hacía era contrario a los intereses de las personas que invertían en el mercado. Sabía que los bonos podrían tornarse inaceptables. Transcurrieron años hasta que sus certificados de inversión fueron realmente aceptados en el mercado. Les preocupaba que todo lo que hacían en algún lado debía esquivar cualquier crítica que sugiriese que el Banco concedía préstamos o tomaba iniciativas hostiles a la empresa privada. Por ejemplo, cuando financiaba a compañías eléctricas gubernamentales o

a corporaciones que al final fueron nacionalizadas, o cuando se verificaba un control gubernamental sobre las tarifas eléctricas que no era ventajoso para los inversionistas.

Opino que se produjeron ásperas tensiones en este marco que considero ideológicas, pues el Banco Mundial estaba vinculado, a fin de cuentas, con el mundo bancario en general. Su equipo constaba de banqueros. Sucedió a veces que una gran compañía como General Foods designaba a una persona como vicepresidente o presidente del Banco Mundial. A veces el Chase hacía lo mismo, como en el caso de McCloy, que llegó de allí. El Banco era el universo financiero de Estados Unidos y, contrariamente a lo que usted piensa, el gobierno controlaba el Banco Mundial, en conjunto con el Tesoro norteamericano. El régimen ponderado de votos le otorgaba al gobierno estadounidense un gran poder en el Banco. Ningún préstamo podía avanzar sin el consentimiento del director ejecutivo, de extracción norteamericana. No podía darse un voto mayoritario en su contra. Poseía suficientes votos bajo su control de modo que podía frenar el otorgamiento de un préstamo conforme al porcentaje de votos que se necesitaba para aprobarlo. Algo semejante ocurría en el FMI; también estaba bajo el control absoluto del Tesoro norteamericano.

Creo que por estos motivos las tensiones [*entre el Banco Mundial y la ONU*] eran filosas. Posteriormente, cuando en las Naciones Unidas se formuló la idea de financiar instituciones que promovían el desarrollo, que el holandés Johan Kauffmann sugirió al proponer el Fondo Especial de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el Banco no se inclinó a apoyarla. De ningún modo. Si McCloy u otro debía pronunciar un discurso al presentar su informe anual tenía cuidado en que fuera breve a fin de no revelar nada sobre lo que en verdad el Banco estaba haciendo. Todos los documentos estaban en sus manos, y se concedían los préstamos conforme a ciertas condiciones y tasas de interés. El Banco no aceptaba opinión alguna que fuera cercana a lo que los países en desarrollo planteaban en las Naciones Unidas.

Ésta es una parte de la atmósfera en la que viví durante el breve tiempo en que estuve en el Banco Mundial. Fueron casi dos años. Me indujo a pensar qué estaba haciendo allí. No podía influir en la institución: era demasiado joven.

Algo más que ocurrió entonces se refiere a una visita, a principios de 1948, de un argentino que trabajaba en Lake Success. Se llamaba Adolfo Dorfman. Más tarde supe que Dorfman había sido miembro del Partido Comunista argentino. Sin embargo, obtuvo un puesto en las Naciones Unidas; muchos lo alcanzaron en aquellos tiempos. No me opuse en absoluto, me simpatizaba. Era muy inteligente. En una ocasión se aproximó a mí para decirme: “Vengo en nombre de una persona que trabaja para David Owen”.⁷⁰ Owen era un galés elegido para ser uno de los primeros cinco o seis altos funcionarios de las Naciones Unidas en Lake Success. Creo que fue el primer secretario adjunto para Asuntos Económicos y Sociales.

TGW: O subsecretario general. No estoy seguro. Ciertamente, trabajó con Brian Urquhart y su nombre surgió en la conversación con Brian en varias ocasiones. Brian fue quien redactó el primer informe sobre desarrollo económico y social [*de la ONU*].

VLU: Correcto. Más tarde fue jefe del Consejo de Asistencia Técnica, aproximadamente en el año 1950, encargado de la coordinación de toda la asistencia técnica, incluyendo los recursos canalizados a la UNESCO y a la FAO. También existía [*entonces*] la Administración de Asistencia Técnica. Tal vez fue su primer director y, después, pasó al Consejo. Este organismo estaba dividido por regiones, y en 1950 la sección latinoamericana fue dirigida por un mexicano llamado Gustavo Martínez Cabañas.⁷¹ Todavía vive con sus ochenta años de vida. Urquhart se transformó en una poderosa figura porque la Administración de Asistencia Técnica era el brazo de las Naciones Unidas para ofrecer ayuda profesional, y tenía equivalente en la FAO y en otros organismos que recibían recursos del Consejo de Asistencia Técnica. Más tarde, cuando el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) fue creado, los fondos derivaron de este organismo. Gran parte de la asistencia técnica suminis-

⁷⁰ David Owen (1904-1970). Funcionario internacional. Formó parte de la Secretaría de la ONU en 1945. Inició el Programa de Ayuda Técnica a países en desarrollo. Durante 24 años sirvió al organismo internacional.

⁷¹ Gustavo Martínez Cabañas (1911-2002). Economista mexicano, primer secretario ejecutivo de la CEPAL. Trabajó más tarde en la OEA y en el BID.

trada por la UNESCO fluyó de esta fuente, directamente concedida por este comité interagencial.

En nombre de David Owen, Martínez Cabañas fue a verme y me dijo: “Víctor, vengo a ofrecerle el cargo de secretario ejecutivo de la CEPAL”. El puesto había sido creado poco antes. No me llevó demasiado tiempo para decirle: “Mire, creo que no debo meditar demasiado sobre su propuesta, pero concédame un día para estudiarla”. Conversamos más tarde y le dije: “Le daré una franca respuesta. Soy demasiado joven para este cargo y no tengo suficiente experiencia política como para ser secretario ejecutivo de un organismo que deberá dialogar con todos los gobiernos latinoamericanos. Trabajo en el Banco Mundial y tuve un encuentro con el Presidente de Brasil, pero carezco de experiencia... No creo poder ejercerlo. Y en segundo lugar, me he unido al Banco Mundial hace algunos meses y no puedo decirles “Señores, adiós... Me trasladan a otro puesto en las Naciones Unidas”...

En esta coyuntura se le ofreció el puesto al propio Martínez Cabañas, y lo aceptó. Fue el primer secretario ejecutivo de la CEPAL. Hizo allí un trabajo muy mediocre. La CEPAL contrató después a Raúl Prebisch para escribir un informe especial. Había un cubano en este organismo, que era secretario adjunto, de nombre Eugenio Castillo.⁷² Se decía economista, con un doctorado obtenido presuntamente en Johns Hopkins. Tal vez. Había contraído matrimonio con una mujer muy rica oriunda de Baltimore y vinculada con los propietarios de la empresa Phelps-Dodge. Castillo estaba en Santiago de Chile; contrató a Celso Furtado⁷³ y al temprano grupo de economistas en CEPAL. Martínez Cabañas era el secretario ejecutivo, y Castillo tenía un cargo subordinado que no era de su agrado.

En 1951, como podrá recordar por algunos documentos y por sus diálogos con Furtado, la CEPAL aspiraba a una renovación institucional. Fue creada por un periodo de tres años. En rigor, la primera resolución que las Naciones Unidas adoptaron sobre este orga-

⁷² Eugenio Castillo (1890-1997?). Cubano, amigo cercano e informante de Fulgencio Batista. Aparentemente, después de la Revolución (1959) se refugió en algún país centroamericano. Muy poco se sabe de su vida después de la Revolución cubana (1959).

⁷³ Celso Furtado (1920-2004). Economista brasileño. Ministro de Planificación con el presidente Goulart y de Cultura con Sarney. Se considera uno de los fundadores de la corriente estructuralista latinoamericana.

nismo se formuló en 1947, cuando Hernán Santa Cruz⁷⁴ diera una gran batalla para crear esta Comisión. Nació en 1948; cumplió medio siglo de existencia en 1998. Su surgimiento fue obra de Santa Cruz, embajador de Chile en la ONU, y de Eugenio Castillo, el delegado de Cuba. Castillo tejó íntima amistad con David Owen. Por esta razón fue elegido secretario ejecutivo interino. Entonces Martínez Cabañas fue definitivamente nombrado secretario [*de la CEPAL*] cuando yo rechacé este cargo. Consideraron también [*para este cargo*] a Raúl Prebisch. Castillo —persona perspicaz y práctica— conocía la trayectoria de Prebisch, pero no lo conocía personalmente. Prebisch había sido obligado a renunciar a su puesto en el Banco Central de Argentina en 1943 por orden de Perón. Nosotros invitamos a Prebisch a impartir algunas conferencias en México. Estuvo tres o cuatro meses en el país, concediéndonos el beneficio de su experiencia como banquero y sus conferencias fueron anotadas y publicadas ulteriormente en un libro suyo.

En 1946, el Banco de México me encomendó la organización de la primera Conferencia de los Bancos Centrales del Hemisferio Occidental. Invité a Prebisch. Los canadienses estuvieron presentes. También miembros de la Reserva Federal. Fue un encuentro muy exitoso que logró que los bancos centrales reconocieran la necesidad de tener un encuentro cada dos años por lo menos a fin de deliberar sobre temas vinculados con la actividad financiera, los intereses económicos y el comercio. El Fondo Monetario Internacional ya existía, pero aún no había empezado a operar.

Castillo obviamente había escuchado el nombre de Prebisch y, en 1948, lo invitó a escribir un informe a solicitud de Martínez Cabañas; fue presentado en la conferencia de La Habana en 1949. Constituyó la primera reunión intergubernamental de la CEPAL.

TGW: Fue antes de la Conferencia del GATT...

VLU: La reunión cepalina precedió a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Empleo, en 1947-1948. Prebisch anun-

⁷⁴ Hernán Santa Cruz (1906-1999). Economista chileno. Propuso en 1947 la creación de la CEPAL. Fue miembro del Comité que redactó la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948. La biblioteca de la CEPAL-Chile lleva su nombre.

ció que escribiría un informe personal porque el primero fue modelado según las pautas de la OEA (Organización de los Estados Americanos). Lo sé muy bien porque se quería que el texto fuera impreso en México. Me encargaron su edición y preparación. Era un conjunto de estadísticas huérfanas de análisis y de alguna idea sobre lo que era el desarrollo. No tenía valor alguno. En estas circunstancias llegó Prebisch con sus propias ideas; escribió un celebrado informe que presentó en La Habana, que fue aclamado por todos los delegados latinoamericanos. El FMI estuvo ausente y el informe no gustó a sus funcionarios. Participó un chileno conservador llamado Julio del Canto.

A la Secretaría de la ONU le agradó tanto el trabajo de Prebisch que sus directores comenzaron a “cocinar” un arreglo dirigido a que Prebisch escribiera el Informe Económico de América latina, cosa que hizo en 1949. Esto llevó al punto de que David Owen, con la ayuda de Philippe de Seynes,⁷⁵ que era el delegado de Francia, resolviera en la Conferencia de Montevideo transferir a Martínez Cabañas a la sede como jefe de la Administración Técnica de las Naciones Unidas e invitaron a Prebisch a ocupar el puesto de secretario ejecutivo. Lo aceptó.

Fue un año antes del encuentro fijado para 1951 que debía tener lugar en México y en el que se decidiría el futuro de la CEPAL. Esta situación se analiza con amplitud en el libro [*autobiográfico*] de Furtado *La fantasía organizada*. El delegado brasileño, Miguel Osorio de Almeida, debió apelar directamente al presidente Getulio Vargas solicitando su apoyo a fin de que la CEPAL continuara su existencia. En 1951, la delegación norteamericana adoptó la postura de que no había necesidad de crear la CEPAL porque la Conferencia de Bogotá de la OEA, llevada a cabo en 1948, había instituido el Consejo Interamericano Económico y Social. Sus argumentos parecían convincentes. La Delegación norteamericana declaró: “Ustedes no necesitan una nueva comisión”. Pero los latinoamericanos no confiaban en la OEA. El director del Departamento Económico y Social de la OEA era un norteamericano de nombre Amos Taylor. El Departamento de

⁷⁵ Philippe de Seynes. Economista francés. Jefe del Departamento Económico y Social de las Naciones Unidas de 1968 a 1975. Apoyó la creación de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) y el PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente). Falleció a los 93 años.

Estado no deseaba un organismo [*regional*] de las Naciones Unidas en América Latina porque no estaría bajo su control. Lo dijo sin tapujos. Todavía existe una actitud colonialista en la OEA. Ciertamente, ya no existía la Unión Panamericana; la OEA ocupaba su lugar. Este organismo nació en Bogotá en circunstancias turbulentas, pues en esa fecha se verificó el célebre “Bogotazo” y el candidato a la presidencia Jorge Gaitán fue asesinado. Los disturbios causaron la interrupción del encuentro. Yo estaba entonces en el Banco Mundial cuando los documentos relativos al Plan Marshall fueron publicados y empecé a estudiarlos.⁷⁶

Me acostumbré a recibir urgentes pedidos de Villaseñor, mi primer jefe. Iba a la Conferencia de Bogotá y quería presentar la idea de fundar un banco interamericano. Necesitaba información sobre lo que ocurría. ¿Cuál era el significado del Plan Marshall? Sabía que el general George Marshall participaría en [*la Conferencia de*] Bogotá. Así fue, y pronunció un discurso en el cual reiteró lo que William Clayton había declarado en la Conferencia de Chapultepec (Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz) en 1945:

El periodo posbélico ha llegado. Ustedes ya no precisan fondos externos para el desarrollo. No los recibirán. Ya no existen precios de garantía para las materias primas. Deben ustedes ofrecer el café en los mercados, además del algodón y los minerales. No queremos tarifas protectoras; preconizamos la libertad comercial.

Estuve en Chapultepec. Fui secretario de una de las comisiones que trataron el precio del café y productos similares. Participé en la sesión plenaria en la que Clayton adoptó estos términos. Era el jefe del Departamento de Comercio. Tenía intereses en el algodón y en aceite vegetal en Texas y en México. Leyó su discurso escrito en taquigrafía que pude ver sentado muy cerca de él. Lo leyó y reiteró sus términos. Ocurrió en 1945, unos meses antes de la Conferencia de San Francisco que dio lugar a las Naciones Unidas.

⁷⁶ Gorge Marshall (1880-1959). Secretario de Estado norteamericano. Propuso un multimillonario plan dirigido a la reconstrucción de Europa después de la segunda Guerra y por esta vía impedir la difusión del comunismo soviético.

Marshall fue a Bogotá y pronunció sustancialmente las mismas palabras. Dijo que no habría un Plan Marshall para América Latina. Se conoce su pronunciamiento, es un documento oficial. Declaró que no habría participación pública en el desarrollo. Se debe invitar a inversionistas privados, crear condiciones para las inversiones privadas directas y abrir las fronteras al comercio. Coincidió en gran parte con las opiniones del Banco Mundial.

Evidentemente esto fue —como decimos en español— un balde de agua fría a los delegados. La posibilidad de un Plan Marshall para América Latina había se había planteado discretamente entre los países latinoamericanos. La Conferencia tenía por objeto gestar el Consejo Interamericano Económico y Social. En el gobierno argentino de Perón —él ya estaba en el poder— una persona de nombre Miranda era el zar económico, gran gastador y contralor de todos las áreas de la economía argentina. Tenía una forma exhibicionista de actuar. Tomó parte en la reunión y propuso crear un fondo de cinco mil millones de dólares, a los que Argentina contribuiría con dos o más, con el propósito de financiar el desarrollo latinoamericano. Marshall presentó una postura adversa.

Los brasileños no simpatizaron con esta propuesta que emanaba de un gobierno presidido por Perón. Tampoco México mostró entusiasmo para adherirse a la propuesta argentina. Villaseñor formaba parte de la Delegación mexicana, y se empeñó en proponer nuevamente la idea de un banco interamericano. La había sugerido en Guatemala, en 1939. No la olvidó. Publicó un artículo en *Foreign Affairs* sobre el tema; replanteó la idea y empezó a negociar la cuando irrumpió el Bogotazo y la Conferencia debió ser cancelada.

Yo estaba en contacto con Villaseñor porque solía pedirme datos. Tenía por hábito leer durante las noches y fines de semana los informes que se originaban en el Congreso norteamericano en torno al Plan Marshall. Le enviaba memorandos que mecanografiaba en mi casa, sin el conocimiento del Banco Mundial. Le remitía informes resumiendo lo que contenía el Plan y qué política lo inspiraba. El Banco había otorgado tres o cuatro préstamos para la reconstrucción a Francia, Dinamarca y otros países. También concedió un enigmático préstamo a Australia con similar propósito. Se facilitaban sin complejas negociaciones. No eran préstamos dirigidos a proyectos específicos sino de carácter general. En suma,

ésta es la historia del Banco Mundial. Usted conoce el libro escrito por Richar Webb y otros.

Bogotá desmanteló estos proyectos. La idea de crear un banco interamericano naufragó en la arena, por así decirlo. La OEA no la recogió ni tampoco la CEPAL. Los norteamericanos se mostraron molestos por la creación de la CEPAL. Más aún, por el nombramiento de Prebisch como su director; no lo querían. Tenían una pobre opinión sobre él; pensaban que era uno de esos nacionalistas argentinos intratables. Argentina había sido completamente excluida de la conferencia de Bretton Woods por sus coqueteos con los países del Eje. Los norteamericanos sostenían que era innecesario duplicar las funciones del Banco Mundial. [*En contraste*] el argumento de las Naciones Unidas era que la CEPAL formaba parte de un sistema [*ya establecido*] de comisiones regionales.

En la conferencia de la CEPAL que se llevó a cabo en 1951 se repitió este escenario. La Delegación norteamericana obtuvo cierto apoyo entre algunos países que generalmente complacían los intereses de Estados Unidos. Cuba era uno de ellos. México, país huésped de la reunión, manifestó un inexplicable y tibio apoyo. El jefe de la Delegación era Antonio Carrillo Flores, quien más tarde sería secretario general de la Conferencia Mundial de Población en Bucarest, y, ulteriormente, secretario de Economía y de Relaciones Exteriores. Participaba en la delegación Manuel J. Sierra, un abogado especialista en derecho internacional que apoyaba resueltamente a la Secretaría de Relaciones Exteriores después de haber sido trasladado a la de Economía. Era un defensor de las relaciones amistosas con el gobierno de Estados Unidos. Asumió la postura norteamericana en este tema. Un amigo que estaba presente me dijo que [*Manuel J. Sierra*] sentía un absoluto desprecio por Prebisch. Había manifestado: Nunca aceptaré a este detestable argentino...". Sin embargo, Celso Furtado, Almeida y el presidente Vargas salvaron a la CEPAL.

Los centroamericanos protagonizaron un papel muy interesante en esta reunión. Presentaron la idea de crear un comité interministerial para Centroamérica bajo los auspicios de la CEPAL. Se llamó Comité de Cooperación Económica del Istmo Centroamericano. Un hiperbólico nombre para Centromérica. Siempre pensaron, por cierto, que Panamá se les uniría. La idea se derivó de dos per-

sonas: Jorge Sol Castellanos y Enrique Delgado, ministros de Economía de El Salvador y Nicaragua, respectivamente. Este último era demasiado inteligente y conservador como para ser aceptado por el general Somoza. Un tercer economista fue un guatemalteco que había participado en Bretton Woods, el único guatemalteco en esta conferencia, estudiante entonces de Harvard. Fue registrado como “Manuel Noriega Morales, estudiante graduado, Universidad de Harvard”. Convencieron a los hondureños para unirse a la propuesta. El delegado de Costa Rica, que mantuvo distancia en este tema, una persona agradable, era agrónomo y ranchero; tenía vacas en el monte. Los centroamericanos presentaron una moción conjunta dirigida a ese comité. Negociaron con la Secretaría [*de la CEPAL*]. No estuve allí, pero supe más tarde lo que había ocurrido. Fue la resolución número siete de la Cuarta Conferencia de la CEPAL, que tuvo lugar en México en 1951. Se creó este comité que reclamaba una Secretaría para realizar el trabajo técnico y de consultoría para los ministros, con la misión de crear el mercado común centroamericano y emprender los estudios requeridos para adelantar esta idea.

No sé si los centroamericanos tenían o no un sólido respaldo por parte de sus gobiernos. La propuesta fue del guatemalteco Noriega —una persona espléndida—, de Enrique Delgado, de Nicaragua y de Jorge Sol, quien falleció hace algunos años, y fue más un estadista que economista, un hombre visionario. Jorge Sol se inspiró en la Comunidad Económica Europea, que ya existía en 1955. Cuatro años después se perfiló la propuesta de gestar un Mercado Común en Europa. Se originaba en los miembros del Benelux⁷⁷ (Bélgica, Holanda y Luxemburgo) y en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Lo presidía el Tratado de Messina. Los tres centroamericanos sugirieron el proyecto según el modelo del mercado común europeo. Jorge Sol había vivido en Washington y trabajó con Ed Bernstein en el Fondo Monetario Internacional; era abogado y se graduó con el título de economista en Harvard. Una persona fuera de lo común. Otro economista que estaba en el FMI

⁷⁷ Benelux, unión aduanera y económica de Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo. En 1921 se propusieron sus fundamentos, y en 1944 se suscribió el acuerdo final mediante el Tratado de Londres.

en aquel tiempo era Jorge Ahumada, chileno, que más tarde fue a trabajar a la CEPAL. Estudió en Chile y estuvo también en Harvard. Había muchos latinoamericanos empleados en el FMI en sus primeros tiempos, pero no en el Banco Mundial. Fui tal vez el primer latinoamericano, y el único.

Puedo jurar que la integración centroamericana no estaba en la mente de Prebisch o de algún otro funcionario de la CEPAL. Fue una idea genuinamente centroamericana, y el precedente que la presidía era la organización que los políticos y los presidentes habían creado con el nombre de Odeca (Organización de los Estados de Centroamérica). Los gobiernos tenían la vaga idea de que era atinado presentarla. Se había perseguido la integración [*centroamericana*] desde mediados del siglo XIX, cuando esta región constituía Las Provincias Unidas de Centroamérica, entre 1838 a 1842. En otras palabras, tenían [*estos gobiernos*] la idea de crear un solo país con las cinco porciones que se habían escindido al retirarse el imperio español, con la excepción de Chiapas. [*Como se sabe*], Chiapas no se unió a Centroamérica, y en 1824 solicitó ser parte de México, acción que produjo resentimiento en Guatemala pues se argumentó que México había maniobrado para apropiarse de Chiapas. Por cierto, los guatemaltecos se apropiaron de Belice, o la mitad de Belice, que pertenecía a México. Se suscribió un arreglo definitivo sobre este asunto en las Naciones Unidas en 1958.

El trabajo [*en favor de la integración regional*] debía comenzar tan rápido como fuera posible porque se temía que los ministros de Relaciones Exteriores centroamericanos tomarían en sus manos esta idea, sin saber cómo cristalizarla. Recuerdo a Jorge Sol diciéndome puntualmente estas palabras: “Queremos la CEPAL porque deseamos un análisis serio, objetivo, sobre lo que implica gestar un mercado común. Queremos que CEPAL lo haga pues este organismo discurre con las cartas sobre la mesa. Deben ser las Naciones Unidas y no la OEA o la Odeca, las que modelen esta idea”.

En este contexto probé un nuevo trayecto. Siguiendo estos planteamientos, Prebisch resolvió abrir una oficina en México que fue llamada “subsede”. Conversó conmigo durante un almuerzo poco después de la Conferencia [*en México*]. Me preguntó: “Víctor, ¿qué está haciendo [*en estos días*]”? Le contesté: “Un informe para el gobierno de México y el Banco Mundial. Se trata de un importante

estudio sobre el desarrollo mexicano. Tendremos una reunión bilateral con dos economistas mexicanos del Banco de México, y estoy armando el planteamiento”. Me preguntó: “¿Podría venir a la CEPAL y trabajar como director de investigaciones en la subsección? Me gustaría que usted estuviera a cargo de los estudios económicos y de las labores en favor de este comité [*centroamericano*]...”.

Brinqué de alegría al escuchar esta propuesta, pues siendo adolescente había vivido en Centroamérica. Tenía muchos amigos en esta región. Dejaría mi cargo, con el doble de salario. Prebisch añadió: “No debe llegar a Santiago de Chile. Trabajaré en México en unión de [*Eugenio*] Castillo. Él será el director de la oficina”. Le contesté: “Acepto en la medida en que tendré libertad para desarrollar un programa de investigaciones y usted me ceda recursos para empezar a contratar el personal que necesitare. No puedo emprender solo esta tarea”.

Así, el 1 de octubre de 1951 me incorporé a la CEPAL. Estaba en mi línea de trabajo. Creía en la integración. Por algún azar, había leído libros y artículos sobre el Benelux y el temprano desenvolvimiento de la Comunidad Económica Europea. Estaba familiarizado con lo que habían logrado. Conocía la teoría sobre las uniones aduaneras. Había estudiado comercio internacional. Era un especialista que conocía, entre otras cosas, el comercio internacional. Conocía los argumentos en favor y en contra [*de la unión aduanera*]. Le pregunté a Prebisch: “¿Considera esta propuesta como un arreglo de liberalización comercial o un tema de desarrollo? Me contestó: “Desarrollo...” Me dije: “Puedo empezar a proponer ideas...” Contraté a un economista mexicano que había nacido en las Islas Canarias y llegado como joven refugiado de la guerra civil española. Está aún en Chile porque allí se jubiló y sus hijos contrajeron matrimonio. Se trata de Cristóbal Lara, quien trabajó conmigo.

Cristóbal y yo unimos esfuerzos y comenzamos a pensar cómo presentaríamos la idea de la integración a los ministros de Economía de Centroamérica. Escribimos el primer documento en la CEPAL y lo enviamos para justificar [*la realización de*] una reunión conjunta en Tegucigalpa en junio de 1952, después de realizar una gira con Prebisch y Castillo, misma que recordé en una reseña publicada en la *Revista de la CEPAL*. Cuando Castillo renunció —se fue a trabajar con Batista en Cuba— Prebisch le solicitó de inmediato a David

Owen que me designara director de la oficina en México. Negocié con Naciones Unidas la obtención de expertos. Presentamos un informe en la Primera Conferencia Centroamericana en Tegucigalpa, que sustentaba que la integración debía comprender a las cinco economías centroamericanas en conjunto, para emprender —unidas— el desarrollo.

¿Por qué escogimos Tegucigalpa para realizar el primer encuentro? Porque era el eslabón más frágil. Fue una decisión estratégica deliberada. Teníamos que ganar la atención de los tomadores de decisiones en Honduras. Habíamos logrado ya el apoyo de Guatemala, Nicaragua y El Salvador. Algo menos en Costa Rica; este país se reveló distante e indiferente. El informe exigía estudios sobre liberalización comercial, que conduciría ulteriormente a un tratado de unión aduanera. Teníamos expertos que trabajaron en las tarifas; sugerimos una tarifa común. Creamos oportunamente subcomisiones de comercio, transporte, electricidad y agricultura. Establecí un organismo especial para iniciar las negociaciones multilaterales. No teníamos idea sobre cómo hacerlo, pues no habíamos estado involucrados en las negociaciones del GATT. Sin embargo, formulamos una nomenclatura común sobre tarifas y teníamos alguna idea sobre el gravamen común. Pretendíamos que se comenzara a pensar [*en la región*] en términos de negociaciones orientadas al comercio recíproco y a las concesiones. Inventamos estas ideas en el momento. Estas labores de carácter estratégico fueron efectuadas en Honduras con el fin de iniciar las negociaciones. Dedícamos horas y días a esta tarea. Lo recuerdo muy bien pues ninguno de nosotros tenía la menor experiencia en negociaciones multilaterales. Debimos inventarlas en el lugar.

Esta actividad condujo gradualmente a la preparación de documentos con vistas a un encuentro formal que materializaría el libre comercio y los acuerdos de integración. Escogimos a Honduras para la suscripción de este entendimiento en 1958. Casi se nos escurre de las manos pues el delegado guatemalteco llegó si tener la plena autoridad para suscribir el Tratado. Así que debimos pedirle la gestión de este poder. Así lo hizo, y firmó. La postura hondureña fue algo distante; tuvimos sólo el apoyo del Banco Central. Encaramos una fuerte oposición por parte de dos economistas que habían sido contratados por el gobierno de Honduras algunos años antes con la

misión de dar asesoramiento sobre desarrollo, proyectos e iniciativas similares. Uno era italo-norteamericano y el otro italiano.

TGW: Tenemos treinta segundos más en la grabación, de modo que se justifica este momento para interrumpir [*la entrevista*] y cenar. Éste es el final de la grabación número dos.

* * *

TGW: Iniciamos una tercera grabación. Tom Weiss entrevista a Víctor Urquidí en Oslo, lunes 19 de junio de 2000.

Buenos días. Víctor. Ayer estuvimos alrededor del año 1958. Me gustaría solicitarle que describa no sólo su relación con Raúl Prebisch, sino también con otras personas con quien usted trabajó. Prebisch surge en la memoria de todos como intelectual y como líder burocrático. Siento curiosidad en saber cuál era la atmósfera en la Secretaría de la CEPAL cuando él estuvo cerca. ¿Era un ambiente diferente al que encontró en Washington [*en el Banco Mundial*], incluyendo los planteamientos sobre desarrollo y asuntos conexos?

VLU: Todo estaba centrado en Prebisch, en sus escritos, en sus ideas. No hay duda de que era un hombre con carisma. Sabía cómo suscitar interés en lo que decía. Le gustaba tener cerca a interlocutores, en especial a algunos funcionarios conformistas. Sin embargo, también le agradaba enredarse en polémicas con cualquier persona que tuviera otras ideas, en tanto él sostenía las suyas con enérgica convicción. Fui testigo de esto en varias ocasiones. Era una persona excepcional, carente de un temple autoritario. Estar con él era muy estimulante. A las personas con quienes simpatizaba las invitaba a su hogar y a su refugio [*en Chile*] en los fines de semana. Siempre intervenía en efervescentes discusiones; examinaba sus ideas en sus diálogos con muchas otras personas.

Una de las primeras veces en que nos encontramos en México fue en 1944; yo solía acompañarlo a los paseos a pie por el parque [*de Chapultepec*] para discutir temas como las políticas de importación, la balanza de pagos, etc. En mi fuero interno lo llamé “economista preguntón”... Siempre preguntaba y volvía a preguntar. No pronunciaba palabra. No manifestaba sus propios pensamientos o

sus hallazgos o su inspiración divina, no: él buscaba lo que le interesaba... “Dígame, ¿cuándo ocurrió esto? ¿Por qué? ¿Quién fue el autor? ¿Cómo ocurrió?”... Así se informaba pulcramente, gracias a las respuestas. Yo estaba convencido de que era una persona que no había leído mucho. No le gustaba llevar consigo papeles. Alguna vez viajé con él a Nueva York y descubrí que su maletín estaba totalmente vacío. Gustaba sentarse, pensar, ser informado por las personas y corroborar sus ideas haciendo preguntas. Un personaje excepcional.

Se ha publicado un libro relativamente bueno, sólo en español, escrito por el sociólogo israelí Joseph Hodara, que trabajó en la CEPAL durante muchos años en Santiago y en México. Hoy vive en Tel Aviv. *Prebisch y la CEPAL* fue publicado en 1986 por El Colegio de México. Pasa revista a los orígenes de las ideas que Prebisch formulara. Don Raúl fue un experto en adoptar conceptos de otros y ajustarlas a su modo de pensar sobre diferentes asuntos, como los bancarios, la balanza de pagos, los planteamientos sobre el desarrollo. Tenía también sus propias ideas. Era un devoto defensor de ellas. El libro suscitó una tremenda reacción crítica en las sedes de la CEPAL. Mucha gente consideraba que Prebisch era intocable. Si uno va a las fuentes para bucear el origen de sus ideas debe comenzar por preguntarse: “¿Habría leído alguna vez esto o aquello, o las recogió de alguien?” Si comenzamos con estas interrogantes, el personal [*cepalino*] revela enojo porque está convencido de la gran visión que trajo a América Latina. Era una persona muy convincente. Excelente para dialogar con funcionarios gubernamentales y hombres de negocios, explicándoles por qué esto y por qué aquello. Tenía poder persuasivo y carisma. Él escuchaba. Una excepcional combinación.

Sin embargo, no se puede decir que era un intelectual de pura cepa. Recogía ideas. Por ejemplo, tuvo el acierto de usar los conceptos *centro y periferia*, que amplió. Pero no eran originales. Todos piensan que él los inventó. Encontré un libro escrito por un economista chileno-alemán de apellido Von Wagemann,⁷⁸ publicado

⁷⁸ Ernst von Wagemann (1884-1956). Economista nacido en Chile. Estudió en Gotinga, Berlín y Heidelberg. Director de la Oficina Alemana de Estadísticas en 1923-1933. Retornó a Chile en 1948.

en Barcelona, donde se exponen las ideas sobre *centro y periferia*. Se lo mencioné alguna vez. “¿Leyó a Wagemann?”, le pregunté. No recibí respuesta alguna. Von Wagemann había vivido en Chile durante algún tiempo. Probablemente allí acuñó estos conceptos. Hice una copia del libro y se lo envié. No sé si lo leyó o no, o si aceptó el hecho de que alguien ya había enunciado estas categorías sobre centro y periferia, que es en verdad una equívoca forma de decir las cosas. “Centro y periferia”... ¿Cuál es el centro? Bueno, el centro fue Gran Bretaña en el siglo xix y la periferia era todo lo demás. No tenía gran sentido formular estos conceptos con tanta simpleza.

Prebisch también aludió a los términos del intercambio —un concepto más complejo de lo que él imaginaba y difundía. No fue lo que podría denominarse un economista matemático, sólidamente sustentado en la teoría. Tenía sus puntos de vista... Inventaba términos. Por ejemplo, hace tres o cuatro años estuve en Oxford con economistas que estaban elaborando la *Historia económica de América Latina en el siglo xx*, que el Banco Interamericano de Desarrollo les había encargado. Tuvo lugar entonces un gran debate sobre sustitución de importaciones pues habían solicitado algunas monografías sobre el tema. Fui invitado al grupo de los asesores cuando [*los economistas de Oxford*] estaban considerando la sustitución de importaciones en términos abstractos y teóricos. Utilizaban un planteamiento moderno que se sustentaba en fórmulas matemáticas para determinar si tenía algún sentido desde el punto de vista del bienestar. Opiné que esta idea [*la sustitución de importaciones*] jamás se le había ocurrido a alguien en la CEPAL cuando floreció por vez primera. Prebisch utilizó esta expresión porque era grande su temor a apelar al término tradicional “proteccionismo”. Prebisch tuvo una agria disputa con Jacob Viner⁷⁹ en un encuentro que tuvo lugar en Brasil. Viner y Harberler⁸⁰ fueron muy críticos respecto a la postura cepalina. Prebisch inventó la expresión *sustitución de importaciones*,

⁷⁹ Jacob Viner (1892-1970). Economista canadiense de origen rumano. Fundador de la Escuela de Chicago. Consejero del Tesoro norteamericano en los gobiernos de Roosevelt. Milton Friedman fue uno de sus alumnos.

⁸⁰ Gottfried von Haberler (1900-1995). Economista norteamericano vinculado con la escuela austriaca. Emigró de Austria a Estados Unidos en 1936. Dirigió el Departamento de Economía en Harvard junto con Joseph Schumpeter.

que debió ser redefinida y ampliada. Era un nuevo nombre para sugerir la protección tarifaria.

En Argentina, cuando era un joven economista y asesor del Ministerio de Finanzas —escuché esto de él y de uno de sus amigos cercanos— debía elaborar un sistema de impuesto a la renta. No había en Argentina un impuesto semejante. Con su equipo trabajó muy cuidadosamente. Estudiaron lo que otros países legislaron en este tema. Prebisch había participado en la Conferencia Mundial de 1933, en Londres; se encontró allí incluso con Keynes. Dijo que fue el único latinoamericano en este encuentro, lo cual no es absolutamente cierto. Estaban allí un mexicano que fue más tarde secretario de Hacienda —Eduardo Suárez— y una o dos personas más. Un ejemplo de sus simplificaciones. No fue [*como escribió*] el “único” latinoamericano presente. Y cuando se debió poner en práctica el impuesto sobre la renta en Argentina no lo llamó, como es habitual, “impuesto a los ingresos”; lo denominó “impuesto al rédito”. Rédito es una palabra que en castellano significa “interés” o “ganancia sobre el capital”. Nadie entendió de qué se trataba, y fue aprobado. Si lo hubiera denominado “impuesto a los ingresos” todos se habrían opuesto airadamente. Tenía la habilidad para anticipar lo que era aceptable e inteligible para los técnicos de su tiempo.

La discusión en Oxford fue muy divertida. Allí dije: “En mis tiempos, en 1946, solía discutir con “reemplazantes de importaciones”. Les preguntaba por qué querían protección mediante tarifas. Teníamos frecuentes discusiones. Y alguien las llamó así; eran industriales que favorecían la protección por medio de impuestos. A ellos se refirió Sanford Mosk en su libro *La revolución industrial en México*. No es un concepto preciso; significa apoyar la protección para frenar la invasión de mercancías baratas procedentes de países de alta tecnología, o por ajustes postbélicos, entre otras razones.

Creo que Prebisch fue una especie de profeta o predicador. Sorteaba a veces con facilidad complicaciones y sutilezas. Tenía ideas que defendía con tenacidad e influyó en la gente. Y, sin embargo, reveló [*también*] disposición para discutir. Se le veía constantemente en la CEPAL; confiaba en las personas. En el programa centroamericano nos concedió absoluta mano libre. Nosotros dijimos con claridad qué perseguíamos. Él dialogó con los ministros. Fue a la primera gira que hicimos por la región. Conversó con todos los presi-

dentes, con todos los ministros y con el pueblo. Me instruyó: “Siga usted trabajando e infórmeme. Manténgame actualizado”. Después de decir estas palabras, se fue. Tomó parte en la primera reunión de Ministros en Honduras en 1952, pero jamás regresó a Centroamérica. Yo le informaba constantemente. Participé en las conferencias de la CEPAL. En todo momento asesoré a los delegados centroamericanos. Buscamos una resolución conveniente para los cinco países, a la cual Panamá se adhería de vez en cuando; les ayudé a redactarla. Todos estaban muy bien informados en Centroamérica de si [*los políticos*] se molestaban en leer los informes de los comités y de la Secretaría.

Al término de esta reunión, los norteamericanos se opusieron tenazmente [*a nuestras posturas*] al entender que queríamos “planificación” industrial en Centroamérica con un acuerdo especial. La idea no fluyó de la Secretaría cepalina —no se puede culpar a la CEPAL de todo—; fue de los propios países. En rigor, de Nicaragua. Propuesta muy inteligente. Si se quiere estimular la industria sobre bases centroamericanas y para el mercado regional, y si usted va a permitir el establecimiento de cinco fábricas de neumáticos, una eliminará a la otra, y nada habrá de conseguirse. El mercado era demasiado pequeño para soportar más de una fábrica de cemento o de neumáticos o de vidrio. No había fábricas [*de estos productos*] en América Central. Había sólo una o dos plantas de cemento en aquellos días, a principios de 1950. Hicimos una encuesta; teníamos a un experto de la ONU que trabajaba con nosotros y pudimos consultar a los círculos de comerciantes. Surgió la idea de crear un excepcional comité bajo la égida de las Naciones Unidas; una comisión mixta de comerciantes, burócratas y miembros de la Secretaría [*cepalina*] para elucidar asuntos concernientes al futuro desarrollo industrial de Centroamérica. Fue muy exitoso el par de reuniones [*que tuvimos*] para recoger ideas y escuchar posturas y reacciones.

Los norteamericanos no vieron esto con buenos ojos porque siempre temieron que nosotros actuaríamos contra sus intereses, como lo supimos más tarde por los documentos archivados en el Departamento de Estado. El miembro nicaraguense del Comité Ministerial, Enrique Delgado, llegó a decir: “Bueno, pienso que lo que debemos hacer es llegar a un entendimiento entre los gobiernos para aplicar tarifas protectoras transitorias pero declinantes

a aquellas industrias que puedan calificar en la categoría que denominaremos “industrias centroamericanas de integración”. En otras palabras, tendrán [*estas empresas*] acceso a todo el mercado desde el inicio, pero después de un periodo de diez años deberán competir libremente entre ellas. Establecimos entonces una tasa declinante de protección en el mercado común. El enojo se difundió entre los norteamericanos cuando se enteraron de esta decisión.

La [*irritada*] reacción no se produjo en el Departamento de Comercio, sino en el Departamento de Estado. La persona que provocó esta reacción había sido embajador en El Salvador, de nombre Thomas Mann —no tenía relación alguna con el célebre escritor alemán. Lo conocí, era una persona muy dinámica. Era abogado en Texas y hablaba español. Envió a una pareja de funcionarios, como se describe en una crónica escrita por el investigador Charles Carrer, que trabajó en una universidad de New Jersey. Yo había dejado la CEPAL, y esos representantes norteamericanos vinieron a verme cuando estaban en camino a Centroamérica.

Me pidieron que les hablara “acerca del programa en América Central. Hemos venido aquí para saber todo al respecto y formular propuestas a El Salvador y tal vez a Guatemala, con el objeto de avanzar en un acuerdo de libre comercio más fácil y rápido. Olvídense de todas esas tonterías sobre la integración centroamericana y los cinco países que adherirían a ella...”. Contesté: “No es sólo un tratado de libre comercio. Su propósito es la integración. Hemos hecho encuestas sobre transportes; hemos hecho estudios sobre la agricultura y sobre una amplia gama de actividades. Establecimos un Instituto de Investigaciones Industriales y otro de Administración Pública. Nos empeñamos en estimular el desarrollo de Centroamérica como una totalidad, y con un mercado común que incentive el interés de los inversionistas, especialmente los centroamericanos, y para estimular ideas y proyectos en términos de este mercado. De otro modo, no progresarán. Creo que será un grave error de ustedes viajar a la región y sugerir que todo esto se arroje por la ventana y que [*en su lugar*] articulen un simple acuerdo de libre comercio”.

[*Los dos funcionarios*] informaron al Departamento de Estado que yo coincidía con sus apreciaciones... Uno era Isaiah Franck y el otro se apellidaba Turkel. Cuando escuché sus opiniones me di

cuenta de que ellos no las cambiarían. Cuando mencioné electricidad y transporte, empezaron a mirar hacia la ventana... Llegando a mi casa llamé por teléfono al ministro de Economía de Guatemala. Le advertí: “Estas dos personas irán a verte; en rigor, lo que quieren es llegar a El Salvador para impulsar un tratado de libre comercio entre este país y Honduras similar al que tuvieron en 1917, descartando todo lo referente a los acuerdos de integración”. El ministro de Economía de Guatemala había sido funcionario de la CEPAL. Una distinguida persona de nombre Alberto Fuentes Mohr,⁸¹ quien más tarde fue asesinado por un grupo del ala derecha de Guatemala.

TGW: ¿Fue también funcionario de la UNCTAD, no es así?

VLU: Creo que sí. Él tuvo su primer empleo en las Naciones Unidas en el Departamento de Fideicomiso para atender a aquellos países que aún no habían obtenido la independencia. Tenía un doctorado de la Escuela de Economía de Londres. Agregué [*en mi llamada telefónica*]: “Mira, Alberto, espero que intervengas para que [*estos funcionarios norteamericanos*] no intenten quebrar los esquemas de integración regional. Ha sido muy difícil construirlos durante los últimos siete u ocho años...”. Lo que hizo [*Fuentes Mohr*] fue telefonar al ministro de Economía de El Salvador, quien era una persona partidaria del programa de integración llamada Alfonso Rochac,⁸² que había vivido en Washington como encargado de los acuerdos sobre el café. Tuvo muchos aciertos. Sucedió a Jorge Sol en el Ministerio [*de Economía*]. Fuentes Mohr y Rochac fueron advertidos por mí. Yo ya no estaba en la Secretaría de la ONU, por lo que no actuaba con deslealtad respecto al sistema.

Al advertirles [*la intención de los norteamericanos*], acertaron en frenar la iniciativa, al menos en lo que respecta a un acuerdo entre El Salvador y Honduras, pero debieron ajustarse a la presión y suscribir un acuerdo tripartita ignorando a Costa Rica y Nicaragua. Obvia-

⁸¹ Alberto Fuentes Mohr (1927-1979). Economista y político guatemalteco. Ministro de Hacienda y Crédito Público y de Relaciones Exteriores entre 1966 y 1970.

⁸² Alfonso Rochac. Salvadoreño. Ministro de Economía, fundador y miembro del Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE). Miembro honorario de la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (Fusades).

mente, no funcionó. Quedó en el papel durante uno o dos años. Los norteamericanos establecieron una oficina en Guatemala que llamaron ROCAP —Oficina Regional para Centroamérica—; el significado de la “P” ya no lo recuerdo. Designaron allí a un economista que después ganó celebridad. Tenía fondos del USAID —Agencia Norteamericana para el Desarrollo Internacional— que estaba absolutamente en contra de los acuerdos de promoción industrial entre los cinco países que fueron suscritos en Tegucigalpa, en 1958. Pienso que finalmente una o dos industrias se cobijaron bajo este acuerdo —la manufactura del vidrio fue una de ellas— y, más tarde, se produjo un total colapso producido por Estados Unidos. Era el deseo de este país, como si hubiera sentenciado: “Ustedes quieren libertad comercial, lo que es acertado. Traerá inversiones extranjeras. No se preocupen por la planeación industrial. Es adversa a la empresa privada”. Un argumento que repetidamente habíamos escuchado.

Eran los tiempos en que la CEPAL auspiciaba la planificación. Había comenzado en los cincuenta con un estudio sobre Colombia y otro sobre Perú cuando este país tenía un gobierno militar, y uno más en Bolivia, con el fin de formular estudios prospectivos sobre el desarrollo. Nosotros supervisamos un proyecto en El Salvador y otro en Costa Rica con un economista local. Y los demás en Honduras, Guatemala y Panamá. En este último fue dirigido por un chileno, Osvaldo Sunkel⁸³ que estimó cuál sería el futuro de Panamá dada la existencia del Canal y la ausencia de cualquier otro recurso. Abrigábamos sentimientos adversos a las deliberaciones efectuadas en el Departamento de Estado y se lo manifestamos a Louis Swenson, quien era subsecretario de la CEPAL, persona admirable, un norteamericano de Minnesota. Tomamos parte en estas deliberaciones. No les gustaron [*a los norteamericanos*]. No aceptaban la programación o la planificación, nada que pudiera estorbar las libres decisiones de la empresa privada —lo cual significaba empresas extranjeras— porque había muy poco capital local.

En una oportunidad tuve una entrevista con Luis Somoza, después de que su padre, el general Anastasio Somoza, fuera asesi-

⁸³ Osvaldo Sunkel (1929–). Economista chileno. Director desde 1987 de *Pensamiento Iberoamericano*. *Revista de Economía Política*. Su libro más celebrado es *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (con Pedro Paz), 1970.

nado. Luis Somoza se había apoderado de la Presidencia. Era un hombre agradable; se podía dialogar con él. Le informé: “Vine a verle porque el comité de ministros para la integración económica [*centroamericana*] quisiera tener un breve encuentro con usted; ellos pretenden decidir cuál será el futuro de la industria en Centroamérica. Hemos hecho múltiples estudios y tenemos un equipo trabajando”. Me respondió: “Mire, Víctor, esto es sencillo. Usted me presenta a todos los industriales centroamericanos y nosotros les diremos dónde instalar sus fábricas”... Le contesté: “Señor Presidente, esto no es posible. Las Naciones Unidas no lo permitirán. Y no creo que alguien pueda hacerlo. No es la forma de proceder en estos asuntos. Se debe persuadir a las personas y a los gobiernos; conforme a estos lineamientos hemos trabajado durante años”.

[*Somoza*] sonrió. Era muy agradable. Pero ingenuo en alguna medida. Nunca volví a verle porque falleció de un infarto, y entonces René Schick asumió la Presidencia. Nicaragua tuvo muchos economistas brillantes. Trabajaron maravillosamente, como los salvadoreños. Uno de los problemas de estos dos países era el consumo excesivo de bebidas alcohólicas por parte de los ciudadanos. Casi todos fallecían por infarto o por sobredosis de whisky. Yo solía decir que el whisky constituía la moneda común de Centroamérica...

Renuncié a la CEPAL en 1958. No me sentía feliz con mis relaciones con Prebisch. No respecto a Centroamérica sino en relación con México. Había llegado el momento de escribir un informe sobre México y programar su desarrollo, pero me fue difícil redactarlo. Todos los gobiernos federales [*de México*] argumentaron que habían puesto en práctica la planificación; empezó con Cárdenas. [*Desde entonces*] cada administración despegó con una programación de seis años. Algunas veces la publicaban y otras no. Yo estaba involucrado [*entonces*] en un grupo nacional orientado a realizar una investigación en conjunto con el Banco Mundial, que estimaría la capacidad de México para absorber capital extranjero. Finalmente el estudio se publicó en forma de libro por la Johns Hopkins University Press. Se intentaba en aquellas fechas articular una visión panorámica del desarrollo mexicano en términos modernos, con base en las cuentas nacionales y la conducción acertada del comercio exterior, incluyendo los problemas fiscales. Escribí el ca-

pítulo sobre política impositiva y los problemas del transporte. Un colega redactó los capítulos sobre comercio y agricultura. Hicimos una revisión completa de los temas vinculados con el desarrollo del país a partir de datos confiables que reunimos y elaboramos con la ayuda del Banco de México.

Estaba convencido de que la perspectiva del desarrollo de México no era tan sencilla como los estudios programáticos de la CEPAL nos conducían a pensar. Sus investigaciones se sustentaban en un simple modelo Harrod-Domar, y no tendían a sugerir la idea de que el capital extranjero era necesario y una parte de él debía originarse en las inversiones privadas directas y no sólo en préstamos del Banco Mundial y otras fuentes. Los cepalinos tenían una torcida inclinación adversa a la inversión extranjera. ¿Por qué? Porque la mayor parte de las inversiones foráneas en América Latina se orientaban al cobre en Chile, a la minería en Perú y al petróleo en Venezuela. Recuerdo interminables discusiones con Furtado sobre este tema. Hasta hoy se opone absolutamente a las inversiones extranjeras directas. Ha escrito sobre esto. Argumenta que mediante el acceso a tecnologías avanzadas, el capital extranjero ha llegado a adquirir el control de las economías de países como Brasil y otros en América Latina.

Prebisch le solicitó a Furtado dirigir la misión a México con el propósito de escribir un informe [*nacional*]. Yo no debía intervenir. Les dije: “Tengo mis propias ideas sobre este asunto y puedo manifestarlas por mí mismo”. Me absorbían [*entonces*] los estudios vinculados con el mercado común centroamericano.

Furtado llegó a México acompañado por Sunkel. Constituyó en verdad un sólido equipo. Trajeron a un mexicano que trabajaba en Santiago, Juan Noyola,⁸⁴ joven y brillante economista apreciablemente influido por un cubano que trabajaba en la Sede, de nombre Regino Boti,⁸⁵ que había hecho estudios en Harvard.

⁸⁴ Juan Noyola Vázquez (1922-1962). Economista mexicano. Autor original de la teoría estructuralista del desarrollo latinoamericano. Estudió en El Colegio de México. Trabajó en Washington en la División Latinoamericana del FMI (1946-1968) y en la CEPAL (1950-1959). Murió en un accidente de avión junto con la Delegación cubana, después de participar en una reunión de la FAO en Río de Janeiro. Una calle en La Habana lleva su nombre.

⁸⁵ Regino Boti (1923-1999). Economista cubano, primer ministro de Economía (1959).

Noyola, Furtado y Sunkel empezaron a examinar las perspectivas de México, concluyendo que el principal problema del país era la incapacidad para prevenir súbitas devaluaciones de la moneda. En otras palabras, cada periodo presidencial concluía con una devaluación. Se procedía en secreto pues podía verificarse una fuga repentina de capitales si la gente percibía tempranamente este probable viraje. En estas circunstancias, la decisión era tomada sin previo aviso, como en 1954. México había negociado con el FMI de manera extremadamente confidencial para devaluar cuando fuera absolutamente necesario, es decir, cuando las reservas de moneda extranjera se precipitaran a cero. Cuando se llega a esta etapa, la situación es insostenible. Uno se convierte en un inválido que busca muletas para seguir caminando ¿Cómo remediar este hecho? El equipo cepalino se concentró en este interrogante que analíticamente era correcto. Debí supervisar desde lejos este estudio pues no podía decirle a Furtado qué era acertado o erróneo en un estudio de la CEPAL en México. El grupo de investigadores era considerado muy equilibrado. Hicimos algunas consultas, pero nunca —y creo que esto fue un terrible error— [*solicitamos o*] recibimos el acuerdo del gobierno mexicano para llevar a cabo la investigación. [*En rigor*] no había necesidad porque era un trabajo de la Secretaría de la CEPAL. Pero estos informes se publican y gravitan en la opinión pública, como ocurrió en Colombia. Los informes [*nacionales*] habían sido bien recibidos por el gobierno colombiano y peruano; también por el boliviano. El de México presentaba un carácter analítico. Cuando concluyó, Prebisch no tenía la menor noción de su contenido, y no era de mi responsabilidad informarle.

Al final, el estudio aterrizó en su escritorio. Lo leyó y discutió con una o dos personas considerando el marco de referencia de los exámenes generales que se había efectuado en otros países. Yo estaba en Santiago en vísperas de la Conferencia que debía llevarse a cabo en La Paz en 1957, cuando le pidió a Furtado —estos hechos se relatan en su autobiografía— un encuentro. Nos sentamos con Prebisch unas cuatro o cinco horas. Tuvo lugar entonces una sombria confrontación entre Prebisch y Furtado. Nunca había sido yo testigo de un enfrentamiento de este género. Ambos sostuvieron —sin concesiones— sus puntos de vista en torno a lo que ocurría en [*la economía de*] México, y [*en particular*] la necesidad de esquivar

situaciones en las que ocurre un desequilibrio que reclama —como única solución— devaluar la moneda.

Siempre sostuve que cualquier economista latinoamericano que discurre sobre América Latina refleja su experiencia nacional. Prebisch era una persona formada por la experiencia argentina, aunque en otros términos. Un chileno procedería de igual manera. Aníbal Pinto⁸⁶ y muchos otros en la CEPAL siempre reflexionaron en términos de los problemas estructurales de Chile, al considerar el colapso del nitrato y, después, de la industria del cobre que estaban en manos extranjeras. Esta visión sesgada dominaba en todas partes.

En este caso, Furtado tenía su propia percepción que emanaba considerablemente de la experiencia de Brasil. Había escrito decenas de libros sobre el tema. Prebisch y él se asemejaban a dos gigantes compitiendo uno contra el otro. Y yo estaba allí escuchando. Apenas intervine. Fui amablemente invitado por Prebisch para presenciar esta controversia pues yo tenía la responsabilidad de la sub-sede [*de la CEPAL*] en México. De este estudio se derivarían consecuencias para el gobierno mexicano. Prebisch ganó. Ganó porque Furtado, al fin, se quebró bañado en lágrimas. No pudo continuar [*en el enfrentamiento*]. Sentía que Prebisch lo ofendía en términos personales. La conversación se suspendió y le dijimos [*a Prebisch*]: “Gracias, buenas tardes”, y nos fuimos. Fue dramático. Absolutamente abrumador. Furtado no pudo resistir las tensiones.

Fuimos a La Paz. El estudio [*de Furtado*] debía ser presentado en este encuentro en páginas mimeografiadas como un documento provisional que no había sido aprobado [*por la Secretaría*] para su publicación. La Delegación mexicana estaba integrada, como era ya costumbre, por dos o tres funcionarios de segunda y tercera categoría que fueron enviados a la reunión. Trabajaban en la Secretaría de Economía, y les fue asignada la misión de tomar parte en las conferencias de la CEPAL cada dos años. Fue mi error no discutir con ellos previamente las conclusiones de este informe. No pude. No era mi estudio: era de Furtado. No estaba bajo mi responsabilidad. [*Ésta*] le correspondía a la Secretaría de la CEPAL, no a la subse-

⁸⁶ Aníbal Pinto (1919-1996). Economista chileno. Estudió en la LSE (1940-1946). Director de la CEPAL en la sede de Río de Janeiro hasta 1956.

de mexicana. Los delegados mexicanos se disgustaron con el documento por las razones que había anticipado: [*el análisis*] ponía en evidencia la ineptitud del gobierno mexicano al permitir que la economía llegara a un [*grave*] desequilibrio y a pérdidas por la fuga de capitales que frecuentemente hacía descender las reservas a cero. [*Las autoridades*] permitían este derrumbe de la moneda sin advertencia alguna. Políticamente [*el documento*] no era aceptable.

[*Los delegados mexicanos*] convencieron a Prebisch —lo supe sólo más tarde— que este estudio no debía publicarse. Le dijeron: “tiene libertad para realizar estos exámenes, pero éste no nos compromete. No fuimos consultados”. Yo sabía que el gobierno mexicano no se inclinaba a poner en evidencia su precaria política financiera al precipitar las devaluaciones con gran perjuicio para la economía. El informe implicaba que esta decisión se había tomado en varias oportunidades acentuando los desequilibrios. [*Como dije*], no anticipé que Prebisch ya había acordado no publicar el estudio.

El enfrentamiento con Prebisch fue tan dramático que yo, después de haber trabajado más de seis años en la CEPAL, y aun cuando se debía suscribir el primer Tratado de Integración en Centroamérica, reflexioné que había llegado el momento de informarle que, después de la firma del Tratado, yo renunciaría. Le daría un año de tiempo.

Furtado y yo fuimos juntos a La Paz. Resolvimos no volar en el avión que se había contratado para todo el equipo de la CEPAL. Nos fuimos a Arica. Yo se lo sugerí: “De Arica viajaremos en tren. La gente me ha dicho que [*el viaje*] es muy interesante. De allí tomaremos un automóvil y después de diez horas llegaremos a La Paz visitando regiones de América Latina que ni tú ni yo hemos conocido”. Realizamos este trayecto. Pedimos autorización para viajar por nuestros medios. Después de volar a Arica subimos a un tren. Llegamos a tiempo a la Conferencia. Furtado y yo éramos íntimos amigos. Incluso compartimos la misma habitación en el hotel, pues no había suficiente lugar para que cada uno se hospedara en un cuarto individual. Conversamos mucho.

Le dije a Furtado: “He concluido, considerando varias circunstancias, y no sólo lo que ocurrió hace unos días [*en el encuentro*] con Prebisch, que debo retornar a México. Me he alejado demasiado de los asuntos mexicanos. He estado trabajando en América Cen-

tral, viajando seis meses al año, corriendo ida y vuelta con frecuencia. He gozado este trajín. Llegará a su más alto relieve cuando se suscriba el Tratado. Por estas razones, le notificaré a Prebisch que abandonaré la CEPAL cuando esta gestión concluya”.

Don Raúl y yo hicimos un largo recorrido por la avenida Sucre de La Paz. Nos habían advertido: “Sean prudentes de noche. No cenem; tomen sólo una taza de té y recójanse temprano en la habitación”. Hicimos lo contrario. Cenamos con abundancia, con vino y embutidos. Y después nos lanzamos a una caminata de ida y vuelta...

Esta costumbre complacía a Prebisch. Le gustaba deambular y discutir en el paseo a pie como lo habíamos hecho en México. En este trayecto le informé mi decisión, y fue comprensivo. “Víctor, le entiendo,” me dijo. Contesté: “En suma, quiero volver a trabajar en los problemas mexicanos. No porque prefiera los estudios por si mismos sino por mi preocupación en torno al desarrollo futuro del país. Tal vez podré ayudar en la formulación de políticas. Acumulé mucha experiencia. El programa centroamericano está llegando a un punto en el que, si es aprobado y progresa, [*los centroamericanos*] deberán decidir qué hacer en el futuro. No necesitarán en gran medida a la Secretaría de la CEPAL. Desearán instituir un organismo propio”. Ya había sugerido esta posibilidad en una reunión celebrada en Guatemala.

Furtado me confesó: “He tomado una decisión similar [*a la tuya*]. Renunciaré a la CEPAL”. Y agregó: “Sabes Víctor, estoy seguro de que tú te encaminarás a la política. Estarás en el próximo gobierno. Acuarás en la vida pública. Y yo retomaré mi vida académica...” ¡Ocurrió exactamente lo contrario! Él se fue a Brasil y de inmediato se insertó en el Programa del Nordeste en el cargo de superintendente de esta región. Y más tarde fue ministro de Planificación y ocupó otros puestos. Y al final debió exiliarse cuando el presidente Goulart⁸⁷ fue depuesto por los militares. [*En contraste*] yo me dediqué intensamente a la investigación y a la vida académica en México.

En 1959, me consagré a estas actividades. Trabajé con el nuevo secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena⁸⁸ procurando poner

⁸⁷ João Goulart (1918-1976). Vigésimo segundo presidente de Brasil (1961-1964). Depuesto por un golpe militar en 1964.

⁸⁸ Antonio Ortiz Mena (1907-2007). Economista mexicano. Secretario de Hacienda y Crédito Público (1958-1970). Presidente del BID (1971-1988).

en práctica mis conocimientos en la prospección de tendencias futuras en México. Aspiraba a que [Ortiz Mena] tuviera una visión sexenal de los asuntos nacionales y que no sólo se restringiera a los problemas inmediatos, como la caída de las exportaciones y el alza de las importaciones. Me vinculé con El Colegio de México y, en la segunda mitad de 1964, le informé a Ortiz Mena que dedicaría el resto de mi vida a actividades académicas en el Colmex. Me dijo: “De acuerdo, Víctor. Le entiendo. Pero quién habrá de reemplazarlo como mi asesor?” Aunque él tenía un buen número de consejeros le contesté: “He adiestrado una persona para usted. Es mi ayudante Rafael Izquierdo, quien ha trabajado en la nomenclatura de las tarifas en Centroamérica y en los estudios sobre los vínculos comerciales en esta región”. [Izquierdo] adelantó así en su carrera como consejero principal de Ortiz Mena y, más tarde, del Presidente.

Los hechos ocurrieron como esperaba. No quería tener un conflicto con Prebisch. Al menos no de modo explícito, como fue el caso de Furtado. Pensé que si dejaba de trabajar en Centroamérica lo más lógico era integrarme a la CEPAL en Santiago. Pero no me inclinaba a realizar este tránsito por varias razones personales y familiares. Quería concentrarme primordialmente en México. Prebisch fue comprensivo. Entendió que preferencias de esta índole eran comprensibles. Estoy seguro de que también las conoció en su carrera. Y me dejó ir. Abandoné la CEPAL en 1958 después de la suscripción del Tratado [*de Integración*]. Trabajé intensamente, viajando semanalmente a Centroamérica para asegurar este avance. Las labores se asemejaban a la dirección de un circo: todos los comités y subcomités debían ser reunidos para hacerlos coincidir en la formulación definitiva del Tratado. Lo tuvimos listo por fin para ser firmado. Creo que le mencioné que enfrentamos una imprevisible dificultad cuando el ministro guatemalteco que había sido designado días antes no se molestó en obtener el documento que lo autorizaba para firmar el acuerdo. Debía ser un Tratado [*formal*] y no un documento anodino de las Naciones Unidas. Se llegó así a un Acuerdo Multilateral, el primero en América Latina.

Viví esta experiencia. Fue en junio de 1958. Dije adiós a todos mis amigos incluyendo a los ministros. Fue una reunión muy emotiva; me otorgaron una medalla y un diploma. También una charola de plata como obsequio. Y al mes siguiente me liberé totalmente

de las Naciones Unidas, sin tener un empleo. Había conversado con quien era entonces delegado mexicano ante el Ecosoc, que tenía ya un año en ese cargo. Era Daniel Cosío Villegas, mi mentor y mi compañero en Bretton Woods. Le informé: “Ahora estoy libre, puedo acompañarle a Ginebra”. Me contestó: “¡Santo Dios, esto es un regalo! Le contrataré de inmediato. Debemos contar con más jóvenes economistas entre nosotros”. Así lo hicimos: reclutamos más personal. Él recibió los fondos necesarios y fuimos en julio a Ginebra a la Conferencia del Ecosoc.

Expresamos diferentes ideas que me convirtieron en un enemigo declarado de Jack Mosak, quien había trabajado con el economista polaco Michal Kalecki.⁸⁹ Mosak estaba a cargo de la *Revista Económica Mundial*. Se nos ocurrió una sugerencia y le dijimos: “Mire, esta publicación contiene un estupendo informe, pero no nos suministra visión alguna de lo que ocurre en el mundo”. Recuerde que era el año 1958, un periodo de depresión en el tramo presidencial de Eisenhower. Le preguntamos: “¿No podrían las Naciones Unidas apoyarse en un grupo que se ocupe de previsiones de corto plazo con el fin de advertir a los gobiernos —no sólo a los latinoamericanos sino a todos— cuáles son las tendencias inmediatas de la economía mundial? Usted necesita [*diseñar*] indicadores para realizar esta labor. [*Es decir*], contratar un grupo con altas calificaciones capaz de elaborar análisis de corto plazo”.

Mosak consideró que [*con esta sugerencia*] estábamos despreciando el valor de la *Revista Económica Mundial*. “De ninguna manera”, le aclaré. “Se trata de dos asuntos diferentes. No queremos un informe [*convencional*] del FMI. Si [*éste*] fuera adecuado probablemente no hubiéramos formulado esta idea. Pero nosotros creemos que esto es algo que puede complementar a la *Revista* y le dará gran prestigio...”. [*Sin embargo*], en una ocasión me detuvo en los corredores del edificio de Ginebra y me dijo: “Víctor, las personas que lo conocemos no esperábamos esto de su parte... Nos está agrediendo. Pone en duda nuestra credibilidad e integridad”. Le contesté: “Dios mío, Jack, lejos de mí... Estoy sugieren-

⁸⁹ Michal Kalecki (1899-1970). Economista polaco, que anticipó las ideas de John M. Keynes, Ragnar Frisch y Jan Tinbergen. Fue catedrático en la LSE y en Cambridge; trabajó en el Departamento de Economía de la ONU. Al irrumpir el macartismo en Estados Unidos debió retornar a Polonia.

do algo que hemos pensado en la Delegación mexicana...”. Expusimos nuestra idea, y yo esboqué el discurso de nuestro principal representante. [*Los funcionarios*] se unieron para oponérsele, y todos los apoyaron. [*Los delegados de*] los países coincidieron en declarar que “no queremos nada nuevo”. Respaldaron las objeciones a nuestra idea e incluso tuvieron eco en Prebisch y muchos otros. Al final se formuló una frase vacía que recomendaba la posibilidad de que el Secretariado preparase indicadores de la economía mundial sobre una base cuatrimestral. Se transmitió esta propuesta a la División de Estadísticas que produjo un modesto boletín que vio la luz aproximadamente ocho veces desapareciendo más tarde.

Aproveché el viaje a Ginebra para visitar otros lugares. Fui a la Unión Soviética donde jamás había estado para estimar a qué país se asemejaba. También llegué a Suecia. Y nuevamente, en 1959, fui invitado por Cosío Villegas para acompañarlo al Ecosoc. A fines del año anterior, me integré a la Delegación mexicana a la Asamblea de las Naciones Unidas, con la encomienda de que ayudase a uno de los embajadores que trabajaba en asuntos económicos. También me pidieron colaborar en el Comité de Presupuesto, una tarea pesada y muy exigente.

Dediqué dos o tres meses a estos viajes, y al cabo terminé nuevamente desempleado. Hice contacto con los funcionarios del nuevo gobierno mexicano en diciembre. Ortiz Mena había sido nombrado secretario de Hacienda, y fui a verlo en 1959 para ofrecerme a trabajar con él. Tardó dos meses en tomar una decisión. No tenía trabajo alguno y había gastado todo lo que recibí del fondo de pensiones de la ONU. Finalmente, me ofrecieron un puesto interesante en el Banco de México como consultor del secretario para ayudarlo en la planificación de mediano plazo. Me recordó: “Usted me ha dicho que escribirá un informe sobre cómo se verá la economía en los próximos seis años. Una acertada idea. Trabaje el tema. Le daré todos los recursos, pero quiero también saber qué acontecerá en la próxima semana, o en el cercano mes. Quiero que usted forme parte de un comité donde ya hay personas haciendo esta labor”. Le contesté: “Excelente. Así lo haré”.

Inicié una labor completamente nueva, que es lo que en buena medida me agrada. Mi experiencia en la CEPAL fue extremadamente

valiosa en [*la realización de*] estas tareas: programación, planificación, [*el diseño de*] la perspectiva global de la economía. Desde entonces conservé una relación ocasional con la CEPAL. Participé como delegado en una o dos conferencias cepalinas; creo que hubo una en Panamá en la cual tomé parte, y tal vez otra más. Pero ya no estaba [*estrechamente*] vinculado con el Secretariado. Me encontré con Prebisch, por cierto muy amistosamente, cuando llegó a México en compañía de Enrique Iglesias;⁹⁰ y ayudé a Felipe Herrera cuando recibió el mandato de formular una propuesta para crear el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Él visitó todos los países latinoamericanos. Llegó a México, revisó las primeras propuestas que se habían sugerido y las mejoró.

Esta nueva idea de instituir el BID fue presentada a la Conferencia Interamericana de Ministros de Finanzas en 1954, en Río de Janeiro, y fue rechazada por Estados Unidos y Perú. No prosperó [*entonces*]. Pero más tarde las circunstancias cambiaron y el hermano de Eisenhower le sometió al presidente norteamericano un equilibrado informe sobre lo que sucedía en América Latina. Se creó un Fondo de Desarrollo Social con 500 millones de dólares, y el presidente brasileño Juscelino Kubitschek inició la Operación Panamericana y otras actividades. He escrito sobre el tema, y mis artículos se encuentran en varios libros y revistas. No tomé parte activa en estas iniciativas. Trabajaba estrictamente en los asuntos mexicanos. En 1962-1963 participé en las negociaciones con el Banco Mundial, con funcionarios en Washington, con la OEA y con el Comité de los Nueve, en favor [*de las aspiraciones*] de México. Debíamos redactar un informe para la Alianza para el Progreso, y me encargué de esta tarea supervisado por Ortiz Mena. Viajé a Washington en varias ocasiones y trabajé con la OEA con el propósito de plantear las necesidades de México.

En ese momento resolví incorporarme plenamente a la vida académica, que era mi ambición de toda la vida. Ocurrió alrededor de 1963 o 1964. Mis relaciones con la CEPAL eran ya distantes. Algo que sucede a menudo. Ya no me invitaron a más reuniones, salvo a al-

⁹⁰ Enrique Iglesias. Economista uruguayo. Secretario ejecutivo de la CEPAL (1972-1985). Ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay (1985-1988), presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (1988-2005), y jefe de la Secretaría General Iberoamericana hasta 2014.

gún seminario aislado. En 1991 me detuve en Santiago durante tres días para visitar la CEPAL. Incluso la subsele mexicana se olvidó completamente de mí. Hace un par de años me invitaron a impartir una conferencia sobre desarrollo sostenido. En 1998, el nuevo secretario ejecutivo, José Antonio Ocampo,⁹¹ me invitó de último momento al quincuagésimo aniversario [*de la CEPAL*]. Fui casi el único mexicano en esta ceremonia. ¿Puede imaginarlo? El embajador de México [*en Chile*] también tomó parte formal en ella.

Cuando fui a Santiago en esa oportunidad pergeñé algunas ideas sobre el papel de la CEPAL en la formación del Mercosur (Mercado Común del Sur). Escribí un artículo que no suscitó interés alguno. Ocampo no lo leyó. Desde entonces mi relación con la CEPAL fue muy distante. Pero mantuve contacto con Prebisch desde 1963. Lo vi en una reunión de la CEPAL que tuvo lugar en México algunos días antes de su fallecimiento. Estuve constantemente con él al lado del congresista costarricense Carlos Manuel Castillo⁹² y de Cristóbal Lara. Acompañamos a Prebisch hasta la última noche antes de que saliera [*de México*] rumbo a Buenos Aires. No volví a verle. Poco antes participamos en New Haven en un encuentro convocado por Gus Ranis⁹³ y el profesor Jagdish Bhagwati⁹⁴ de la Universidad de Columbia, que abordó temas vinculados con el desarrollo y el comercio. Me senté a su lado todo el tiempo. Estimé mucho a Prebisch, y conocí muy bien a su primera esposa; fui a verla cuando él falleció. También soy amigo de su segunda mujer.

Prebisch fue una admirable figura. Poseía coraje y agallas para hacer cosas que nadie se atrevía; tenía la apenas envidiable capacidad de realizar trabajos en favor de la ONU que le era imposible emprender en su propio país. Lo encontré a menudo durante su

⁹¹ José Antonio Ocampo. (1952-) Economista y político colombiano. Secretario ejecutivo de la CEPAL (1998-2003), Ministro de Hacienda y Crédito Público de Colombia (1996-1998).

⁹² Carlos Manuel Castillo. Presidente del Banco Central de Costa Rica en 1982-1984 y en 1994-1995. Candidato a la presidencia de Costa Rica en 1990; director de la subsele de la CEPAL en México.

⁹³ Gus Ranis (1930-2013). Director del Centro de Yale para Estudios Internacionales (1995-2003). De origen alemán, se refugió en Cuba.

⁹⁴ Jagdish Bhagwati (1934-). Economista indio. Catedrático de la Universidad de Columbia. Especialista en comercio internacional. En 2006 formó parte del Panel de Personas Eminentes que evaluó el trabajo de la UNCTAD.

liderazgo de la UNCTAD y en actividades conexas; y con frecuencia en Santiago. Fue un hombre activo hasta su último día.

TGW: ¿Es correcto preguntarle su opinión sobre la calidad de las personas que estuvieron en la Secretaría [*de la CEPAL*]? Ha recordado a muchas de ellas, buenas y mediocres. ¿Cómo compararía a las personas con quienes trabajó en el Banco Mundial en Washington con las de la CEPAL y con los miembros de la vida académica y gubernamental que usted ha conocido?

VLU: Bueno, pienso que la calidad [*de los funcionarios*] de la CEPAL era muy alta y sus miembros revelaron gran motivación; todos poseían grados académicos y estudios complementarios de posgrado. Tenían —además— conocimiento de la realidad. Ninguno vino directamente de la academia para discutir cómo se administra un país. Habían tenido empleos en los gobiernos. Tenían experiencia política. Todos eran de alta calidad. No recuerdo a nadie que no se haya distinguido en su especialidad. De aquí que las reuniones en equipo fueran realmente benéficas y dinámicas. Yo conté con un excelente equipo en México. También gozamos de ese extraordinario insumo derivado de la TAB (Oficina de Ayuda Técnica de la ONU) y de varias agencias adjuntas, de modo que si necesitábamos un experto en transporte terrestre podíamos obtenerlo con facilidad. Era mi costumbre negociar con la Sede el contrato por seis meses de un profesional que formara parte del Departamento de Transporte de Nueva York o de la División de Estadísticas, la Fiscal, o cualquier otra. Esas personas trabajaron con nosotros.

Por medio de la TAB conseguimos excelentes expertos para el programa en Centroamérica; vinieron de varios países y no sólo de América Latina. Teníamos un equipo de la FAO que estaba compuesto de por lo menos dos expertos franceses en ciencia forestal que habían trabajado en África y poseían rica experiencia, y había un escandinavo entre ellos. Los pusimos a trabajar durante tres años y medio para estudiar la situación forestal en Honduras y, desde luego, en el resto de América Central, con el propósito de formular propuestas para [*construir*] plantas de pulpa y de papel. Era nuestra aspiración. Llegamos al punto de contar con un diseño

preliminar de una planta. Después debimos contratar a varios consultores, pero el gobierno hondureño nunca tomó una decisión acertada; argumentó que no podía construirla, y entonces buscaron capitales extranjeros. Les dije: “Bueno, pero aclaren para qué es... No se trata de explotar bosques para beneficiar a alguna compañía en Estados Unidos sino para producir papel para América Central”. No había papel de imprenta en esta región. Y sus bosques eran víctimas de epidemias y de la tala para leña. Añadí: “Ustedes deben proteger estos bosques por medio de plantas bien organizadas de pulpa y papel, no para exportar sino para satisfacer la demanda interna...” Supervisamos estas iniciativas desde mi oficina con el pleno apoyo de la FAO y de su funcionarios. Y nosotros informábamos [*a los gobiernos*] por conducto de nuestros expertos y de los representantes de la TAB en México. Había un especialista en particular para la integración centroamericana que tenía funciones muy bien definidas y estaba familiarizado tanto con los programas que cada país tenía con la TAB y, más tarde, con el PNUD —Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo— como con los que se aplicaban en México.

Tuvimos así el mejor personal que cabe imaginar —de la UNESCO, de la OIT (Organización Internacional del Trabajo), de la FAO, de la Organización Internacional de Aviación Civil. Hicimos un estudio del transporte aéreo en Centroamérica con la ayuda de expertos de varios países. Estudiamos las redes de ferrocarriles, los puertos, la marina comercial, el transporte por carreteras. Y llevamos estos temas a discusión en el nivel presidencial centroamericano y mediante comisiones de expertos en cada país. Fueron tareas estimulantes. Reclamaron gran esfuerzo. Nos empeñamos en estas labores durante siete años. Y todas ellas orientadas a auspiciar la idea y el tratado de integración. Siempre tuvimos excelentes expertos.

Algunas dependencias [*de la ONU*] tendían a enviar el mismo personal para tareas presuntamente idénticas sin considerar la singularidad de cada país. En una ocasión, al estar en Ginebra, Myrdal me solicitó hacer una exposición al personal, en sus reuniones regulares de lunes y jueves, sobre el programa centroamericano. Escuché lo que los funcionarios hacían. Y me encontré con los mismos expertos de la OIT que había conocido en Centroamérica abogando

por algo idéntico a lo que auspiciaban en cualquier país. Tenían un mediocre adiestramiento. Me reconocieron y se desconcertaron pues ellos repetían lo que me habían sugerido en México dos años antes. También se conoce esta calidad de expertos en el sistema de Naciones Unidas. Se repiten a sí mismos. Ellos hornean...

TGW: ¿Las mismas galletas?

VLU: Sí. Pero debo agregar que el FMI tenía un buen equipo, al menos en América Latina en los años 1947-1949. Reclutaron a Ed Bernstein, quien era allí uno de los directores, y solía contratar a la mejor gente que podía. En cuanto al Banco Mundial de aquella época, bueno... yo era el único economista latinoamericano entre 1947 y 1949. Era el jefe [*de la División de Préstamos*] de la América Latina Oriental; me cambiaron más tarde trasladándome al Departamento de Economía. Me pidieron trabajar en las perspectivas del comercio exterior de las colonias británicas. Era muy interesante pero no constituía parte esencial de mi vida estudiar estos temas. De modo que cuando redacté el informe sobre Venezuela me sentí muy estimulado porque coincidía con mi experiencia y con las materias que me gustaba abordar.

No tengo la impresión —al menos en aquellos días de 1947 a 1950— de que el Banco Mundial contara en verdad con excelentes economistas. Y de América Latina no tenían a nadie. He sido testigo de funcionarios del Banco Mundial que emitían mediocres opiniones en reuniones públicas y en sus informes. Que había personal brillante, no lo pongo en duda. En años recientes, diez o veinte, percibo que el Banco Mundial ha empezado a contar con funcionarios de origen europeo, jóvenes economistas alemanes, austriacos, franceses y otros, que solían afirmar “ésta es la manera de hacer las cosas en Mauritania y también en Puebla”. Bueno, Mauritania no es Puebla. Existían muchos [*funcionarios*], tal vez en exceso, y todavía los hay.

En el andar de los últimos años tuve escaso contacto con ellos para discutir asuntos medioambientales, y hoy emplean en el Banco a muchos latinoamericanos. Se tiene la idea de que si alguien acierta en un modelo, en una experiencia o tal vez en un estudio económico, muestra algo que es importante, pero se ignoran múltiples

supuestos. Entonces se venden en otros países diciendo: “Ésta es la forma en que allí operó y, por lo tanto, servirá [*también*] aquí. “Pero no es así. El desarrollo es una materia algo más complicada.

TGW: Estos modelos tienen escasa utilidad.

VLU: Hoy tengo poco conocimiento respecto [*al nivel*] de los funcionarios del FMI. Conozco pocas personas allí, y ya no sigo el curso de sus actividades.

TGW: Usted mencionó hace unos minutos los términos “desarrollo sostenido” y “medio ambiente”. Son temas que le han preocupado en los últimos veinte años. Quisiera preguntarle sobre ellos pues una de las motivaciones de este proyecto es el hilvanamiento de ideas. En cuanto a “autosostenimiento”, “medio ambiente”, “población”, etc., ¿en qué medida han tenido importancia en dos hechos: primero, en celebrados planteamientos de organizaciones como el Club de Roma en 1972 y el Informe Brundtland en 1987, y, después, la utilidad de lo que alguna gente subestima como “carnavales” o conferencias mayores *ad hoc* como la de Estocolmo y la de Río de Janeiro, entre otras? ¿Son éstos vehículos importantes para el enunciado de agendas? Y si lo son, ¿en qué medida?

VLU: Pienso que son esenciales, y ensayaré explicar por qué. Yo llegué al Club de Roma por sugerencia de un funcionario de las Naciones Unidas, de nombre Milos Matsura. Era el jefe de la División de Población. Lo conocía porque fui amigo del director previo John Durand que estuvo en México cuando empezamos a realizar estudios demográficos en El Colegio de México. John Durand nos invitó a una conferencia sobre población que tuvo lugar en 1965, sin la participación de expertos gubernamentales. Me encontré allí con Matsura. Era el jefe del Departamento de Estadísticas; después asumió la jefatura de la División de Población de las Naciones Unidas. Tuve con él múltiples contactos.

En una oportunidad, cuando estaba en las Naciones Unidas, me preguntó: “Víctor, ¿tiene tiempo para leer un interesante documento? Venga y siéntese en mi oficina”. Me entregó un expediente sobre el Club de Roma. Ocurrió en 1969 o en los inicios de 1970. Añadió:

“Tal vez por su formación le interesará ser miembro del Club. Le puedo ayudar si le interesa”.

Dediqué una o dos horas a la lectura de los textos. Fui a verle y le dije: “Me interesa”. Nunca había escuchado alguna noticia sobre este trabajo. No conocía a Aurelio Peccei⁹⁵ ni a ninguna otra persona vinculada con el texto. Incluso nada sabía sobre Alex King, quien había trabajado en la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos). Yo había estado en ese organismo cuando se fundó en los sesenta.

Fui invitado por Aurelio Peccei. Hicimos amistad de inmediato. [*En el Club*] estaban por concluir o habían encargado este célebre Informe, con el título de *Los límites del crecimiento*. Fui invitado a una discusión de los borradores de este informe junto con algunos latinoamericanos —brasileños, argentinos— que recomendé. Tuvimos un encuentro muy importante en Río de Janeiro, en el cual coincidimos en opinar que no era pertinente tratar cuestiones en términos globales, y se le agregó un epílogo al estudio que hacía referencia a la región latinoamericana y a la visión regional. Así tuvimos algun ascendiente.

Sé que la crítica a este Informe fue muy amplia. Suscitó burlas entre los economistas de Estados Unidos; también en Inglaterra. Puedo mencionar nombres. Uno fue John Lewis, en Princeton. Otro Christopher Freeman, en Inglaterra. Sin embargo, al final el Informe resultó correcto. Puso énfasis en las fronteras a las que se podía llegar [*en la expansión económica*] sin hacer los cambios que la gente hoy comenta al referirse al desarrollo sostenido después del informe Brundtland [*Nuestro futuro común*]. Creo que estos informes son muy importantes, aunque no todos tienen la misma calidad. ¿Tal vez recuerda el informe del canciller alemán que llegó en un momento inoportuno?...

TGW: Willy Brandt.

VLU: Sí, el de Willy Brandt⁹⁶ [*Norte y Sur. Un programa para sobrevivir*]. Me encontré con Brandt cuando llegó a México. Redactó un

⁹⁵ Aurelio Peccei (1908-1984). Empresario italiano. Primer Presidente del Club de Roma. Dirigió las operaciones de la fábrica de automóviles Fiat en Argentina. Impulsó el estudio *Los límites del crecimiento* (1972).

⁹⁶ Willy Brandt (1913-1992). Canciller de Alemania occidental (1969-1974). Fue Alcalde de Berlín occidental en 1957-1966. En 1971 recibió el Premio Nobel de la Paz.

informe muy deficiente. Estuvo también en las manos de un economista yugoslavo Dragoslav Avramovic, que trabajó en el Banco Mundial. Lo estimaba, aunque sostenía opiniones muy simplistas. Tuvimos una discusión pública en Ginebra sobre el tema. Yo era miembro del ACAST (Comité Consultivo de las Naciones Unidas para la Aplicación de la Ciencia y la Tecnología al Desarrollo). Alguien en la ONU había sugerido que yo podría ser un miembro de este organismo. Necesitaban a un representante de un país latinoamericano, y me escogieron. Estuve allí muchos años. El ACAST y el Comité para la Planificación del Desarrollo (CDP) eran los únicos marcos en las Naciones Unidas que no representaban a los gobiernos. Se actuaba en ellos en términos personales, en calidad de expertos. Ciertamente, los gobiernos odiaban estos organismos y procuraron desmantelarlos, especialmente porque el CDP tenía entre sus miembros al polaco Josef Pajestka, descendiente directo de Oskar Lange,⁹⁷ de Kalecki y de otros académicos similares. Y también porque Jan Tinbergen estaba en este organismo, y él era el gran gurú de la planificación. Los gobiernos no simpatizaban con estos organismos. También se contaba [*entre sus miembros*] Leopoldo Solís, un excelente economista mexicano, y el talentoso planificador japonés Saburo Okita.

Fui miembro del ACAST durante muchos años, con reuniones en Ginebra y en Nueva York. Yo tenía en los sesenta un gran interés en la dimensión científica del medio ambiente. Eran los tiempos de Rachel Carson⁹⁸ y Barry Commoner⁹⁹ cuando se difundían múltiples escritos sobre el tema, incluyendo los de Kenneth Boulding.¹⁰⁰ Los economistas convencionales no se inclinaban a pensar en estos asuntos.

⁹⁷ Oskar Lange (1904-1965). Economista y diplomático polaco. Catedrático en las universidades de Varsovia y Chicago. Vicepresidente de Polonia en 1957.

⁹⁸ Rachel Carson (1907-1964). Norteamericana. Defensora del medio ambiente. Autora de *La primavera silenciosa* (1963). Contribuyó decididamente a la campaña para prohibir el DDT.

⁹⁹ Barry Commoner (1917-2012). Biólogo norteamericano, candidato a la presidencia de Estados Unidos (1980). Se le considera el fundador del movimiento ambientalista. Entre sus libros: *Ciencia y supervivencia* (1966), *La política energética* (1979), *Haciendo la paz en el planeta*, 1990.

¹⁰⁰ Kenneth Boulding (1910-1993). Economista norteamericano. Fue presidente de la Asociación Americana de Economistas. Catedrático en la Universidad de Colorado, en Boulder. Especialista en teoría general de sistemas.

Cuando fui estudiante no se enseñaban los asuntos relacionados con el medio ambiente. Todo lo que superaba las fronteras limitadas de los modelos económicos les llamaban “factores no económicos”. Eso era todo. Sólo hay que mover la curva de transformación de esta manera, y ya... Suponían que la tecnología había realizado su trabajo. El único economista que en aquel tiempo entendía estos temas era Alfred Pigou en Cambridge. Fue siempre citado pues reveló la importancia de las externalidades positivas y negativas. Navegó a contracorriente de la economía de su tiempo.

Fuimos en aquellos tiempos una especie de keynesianos o neokeynesianos. Keynes era el supremo gurú de todos. Tomé conciencia de los problemas del medio ambiente por los científicos y los miembros del Comité. Cuando la Conferencia de Estocolmo (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente) se perfilaba, discutimos mucho sobre estos temas. Debíamos escoger algún aspecto, pues si éramos invitados a Estocolmo había que decir algo. La decisión que se tomó en el Comité fue poner especial acento en los problemas causados por los productos químicos tóxicos y sus consecuencias medioambientales. Se redactó un texto —yo no participé en su elaboración— que los planteaba. Era entonces el director del ACAST, razón por la cual fui designado representante en Estocolmo. El Secretariado de las Naciones Unidas contaba con un talentoso australiano como director de Ciencia y Tecnología llamado Guy Gresford, quien era físico y secretario de este Comité, que debía informar al secretario adjunto de la Comisión de Asuntos Económicos y Sociales.

Debimos “ser representados”, porque nunca nos dieron un lugar en la Conferencia. Maurice Strong fue informado de este hecho. Cuando iba a Ginebra yo acostumbraba dialogar con él. No fui al Seminario de Founex, pero escuché una charla de Myrdal. Él era muy divertido. Impartió su plática a un amplio grupo de personas, y les dijo: “Acabo de llegar de la ‘ficticia’ Conferencia...” La puso en ridículo. Era una persona escéptica pero encantadora. Y cuando llegamos a Estocolmo Guy Gresford y yo, volé en el mismo avión con Kurt Waldheim porque no había lugar para nosotros. Debíamos decidir qué hacer. Le dije a Guy: “Mira, hay aquí algunos asientos vacíos, cerca de la delegación estadounidense. ¿Por qué no nos sentamos ahí? Puedo acordar con Maurice Strong que nos conceda algún tiem-

po". Me dio cinco minutos para exponer una declaración en nombre del ACAST. Me agradeció y me dijo: "Es un tema muy importante que tomaremos en consideración". Participamos en las plenarias y escuchamos los fascinantes discursos de Indira Gandhi y de otras personalidades. Nos ubicamos al lado de la delegación norteamericana; su figura estelar era Shirley Temple, de modo que estábamos en buena compañía porque todos querían echarle una mirada.

Esto ocurrió en 1972. Desde entonces me fui involucrando en los temas relativos al medio ambiente. Por su parte, el Club de Roma tenía desde su inicio una postura respecto a los asuntos ambientales que reiteró con el lanzamiento de *Los límites del crecimiento* y el siguiente texto que fue elaborado por Mihail Mesarovic en la Case Western Reserve University con un colega alemán. Me convertí entonces en miembro del comité ejecutivo, y me involucré plenamente en los proyectos de Peccei. Concebimos una reunión en México. Él invitó, por mi conducto, al presidente Luis Echeverría a tomar parte en la conferencia del Club de Roma en Salzburgo, que tuvo lugar en 1974. Viajé con él y nos encontramos con los jefes de Estado Pierre Trudeau,¹⁰¹ Léopold Senghor¹⁰² y, por cierto, con el primer ministro socialista de Austria, Bruno Kreisky.¹⁰³ Así, pude formar parte de un grupo privilegiado de personas para discutir estas importantes cuestiones.

Le ayudé a Peccei en los temas demográficos que se discutieron en el Club, porque sin ser un experto en demografía, sabía escuchar. Lo apoyé en la redacción de monografías. Yo tenía una razonable información sobre lo que la División de Población de la ONU estaba haciendo, incluyendo las proyecciones. Me vi de este modo involucrado en aquella etapa de las actividades del Club de Roma, que incluyó encuentros en Tokio, México y Salzburgo. Fui a casi

¹⁰¹ Pierre Trudeau (1919-2000). Décimoquinto primer ministro de Canadá (1968-1979). Reelecto en 1980-1984. Participó en la Conferencia del BID en México (1999). El aeropuerto internacional de Dorval fue rebautizado con su nombre.

¹⁰² Léopold Senghor (1906-2001). Poeta senegalés y primer presidente de la República de Senegal (1960). Miembro de la Academia Francesa.

¹⁰³ Bruno Kreisky (1911-1990). Político austriaco. Canciller de 1970 a 1983. Ayudó a crear la Asociación Europea de Libre Comercio, y recomendó un "Plan Marshall" para los países rezagados. En 1976 se creó la Fundación Bruno Kreisky con la misión de proteger los derechos humanos.

todos, en Helsinki, Berlín y demás. Las materias eran importantes, puntualizamos su trascendencia y presentamos nuevas ideas. [*El Club*] tenía en verdad gente de primera categoría.

Al final, después de la muerte de Peccei me sentí decepcionado respecto al Club porque Alex King¹⁰⁴ carecía de personalidad para llevar a cabo las labores. Para colmo, no sabía cómo pronunciar un discurso frente a un público de funcionarios. Como persona era agradable, pero al cabo tuve un roce con él. Me agravió severamente en Montevideo. Hizo una broma, pero usted sabe que las bromas son similares a las que Gene Lyons hiciera ayer... La consideré una ofensa. Gene me dijo: “[*su reacción*] muestra el pesimismo mexicano...”. Nadie tiene derecho de decir tal cosa. No soy necesariamente pesimista o tal vez lo soy en parte. Pero no se puede decir pesimismo *mexicano* ¿Qué intentó decir [*Gene Lyons*] ante aquella audiencia plural? Alex King se condujo de idéntico modo frente a personas que no conocía. Fue horrible. Dijo: “Aquí está el señor Urquidi. Entre nosotros lo llamamos ‘la no-persona abominable’”.

TGW: “¿No-persona?”

VLU: Así es. Le pregunté: “Alex, por todos los diablos, ¿qué quisiste decir? No es una frase agradable como para pronunciarla ante extraños. Puede ser divertida para ti, pero yo me siento muy ofendido”. Las palabras de King se explican por el hecho de que yo me oponía a muchas cosas que se hacían en el Club de Roma. Si tomara la actitud de que uno no debe escuchar [*todo*], tal vez sería gracioso hacer una broma como ésta, pero me sentí ofendido. Así concluí mis relaciones con Alex. El sucesor fue el español Ricardo Díez-Hochleitner —buen amigo— que no señaló rumbo alguno. Ignoro qué sucederá en el Club de Roma; su ascendiente declina. Cuando Peccei falleció muchos de nosotros pensamos que era el momento de cerrar el Club y dejar que surja otra entidad. Ya habíamos difundido nuestro mensaje. Era difícil decir algo nuevo. Usted puede repetir constantemente temas gastados y actualizarlos... Pero, ¿para qué?

¹⁰⁴ Alexander King y Aurelio Peccei fundaron el Club de Roma en 1968. King escribió, junto con Bertrand Schneider, *The First Global Revolution* (1993) en el marco de este organismo.

La elección del secretario general fue pésima, desafortunadamente. Se escogió a un francés que fue muy útil durante algún tiempo llamado Bertrand Schneider. Pero tenía una empresa que debía dirigir, y utilizó al Club para promoverla. En suma: una persona tortuosa. Le hizo una trastada a la Asociación Mexicana del Club de Roma. Obligó al comité ejecutivo a despedir a nuestro presidente, que era un empresario de Monterrey, un buen líder, Francisco J. Garza, y le impidió ser un miembro pleno del Club de Roma. Nosotros éramos la única asociación latinoamericana del Club que había hecho algo. Redactamos un informe muy importante sobre México en el contexto de la globalización, incorporando conceptos del Club. Lo publicamos en 1997 como un informe de la Asociación Mexicana. Y entonces despidieron a Garza. Declaré entonces que no deseaba continuar en el puesto. Me sugirieron: “Puede ser un miembro asociado”. Respondí: “Muy bien: lo seré. Pero ya no un miembro pleno del Club de Roma”.

Ignoro cuál es hoy su rumbo. Tenemos una persona en México como director de la asociación local, el antiguo director de la ONUDI (Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial). Se trata de Mauricio de Maria y Campos,¹⁰⁵ que retornó a México. Hombre de primera; fue un excelente director de este organismo. Renunció hace un par de años al darse cuenta de que era inútil pretender la reelección cuando ya no tenía apoyo alguno. Estados Unidos se había retirado de la ONUDI. Los alemanes le sacaron la alfombra por debajo de sus pies. Y los demás países no cooperaron. En estas circunstancias resolvió no presentar su candidatura y regresar a México. Tal vez tenga futuro político en algún otro campo.

En su momento, el Club de Roma dio —como decimos en español— un gran bandazo. Circularon en diferentes idiomas más de diez millones de ejemplares del primer libro que publicó, ha sido y es ampliamente citado. Uno de los autores —Dennis Meadows— presentó un estudio veinte años después, en 1991, que es muy útil para mucha gente. Ha sido traducido y comentado. Opino que el Club de Roma fue un acierto por lo que de él se derivó. Incentivó y

¹⁰⁵ Mauricio de Maria y Campos. Economista mexicano. Fue director general de la ONUDI (1993-1997) y embajador en Sudáfrica (2002-2007). Miembro de la Asociación Mexicana del Club de Roma. En la actualidad (2014) preside el Centro Tepoztlán Víctor L. Urquidí.

atrajo a muchas personas; las condujo a involucrarse en serias reflexiones. Existe un estudio reciente escrito por Peter Berger,¹⁰⁶ sociólogo de la Universidad de Boston, llamado *Los límites de la cohesión social*. Es una antología de informes originados en varios países, incluyendo Chile, y su versión al castellano se publicó en España.

Resolvimos en México hacer nuestro propio informe. Nos preguntamos: ¿Cuáles son los límites de la cohesión social en México después de veinte años de un agravamiento de la inequidad social y de la desigualdad en los ingresos en medio de reformas políticas y sociales? Una difícil situación. Todavía se registra un crecimiento demográfico de 1.6 por ciento y se advierten los efectos del crecimiento anterior de la fuerza laboral, que fue de 3 por ciento.

Pienso que el Club de Roma ha sido una institución muy importante. Lo ha sido e ignoro si lo será en el futuro. En gran medida está en manos de alemanes y austriacos. Hay allí muy buena gente. Umberto Colombo de Italia constituye una fuente ineludible para conocer el futuro de la energía y de la fuerza nuclear. Hay muchos otros. Harland Cleveland forma parte del Club y es realmente un pensador. Sin embargo, muchos de los miembros norteamericanos del Club se están retirando. No existe una buena Asociación Norteamericana. Hay un excelente grupo canadiense, con el cual tenemos nexos. Y un australiano muy bueno y otro más inglés, y algunos pocos más. Se nota, sin embargo, un deterioro.

Creo que estos amplios informes tienen gran valor, pero no presentan igual calidad. El informe de Willy Brandt no tiene interés alguno.

TGW: Bueno, coincidió con la llegada de Margaret Thatcher y Ronald Reagan.

VLU: Sí, por desgracia, se publicó en un momento inoportuno. Algunos otros son interesantes, pero no han tenido ecos importantes. Aunque opino que uno sobre la gobernabilidad fue acertado. Un político mexicano, Manuel Camacho, tomó parte en este informe. Es citable. Hay muchos otros que sólo ocupan lugar en los estantes... Un buen número de personas se involucró, como Lourdes Pintasil-

¹⁰⁶ Peter Berger (1929-). Sociólogo norteamericano. Catedrático en la Universidad de Boston. Escribió *La construcción social de la realidad* (con Thomas Luckman) en 1966.

go, de Portugal, una extraordinaria persona. Ella dirigió uno de los informes. Pienso que el más notable que emanó de las Naciones Unidas es el informe Brundtland. Me entusiasmó porque reúne un conjunto de temas. Prestó oídos. Se hizo eco de personas como Ignacy Sachs, que está en París. Sachs fue originalmente un economista polaco. Acuñó el término “ecodesarrollo” como resultado de sus experiencias en Brasil. Es un experto en este país, y un gran amigo de gente importante allí. Sus ideas fueron adoptadas.

Recuerdo una reunión realizada en Estocolmo en 1972 con Maurice Strong, junto con Ignacy Sachs y un chileno de nombre Vicente Sánchez, que estuvo vinculado con nosotros y ahora está en Ginebra, y con Enrique Iglesias, actual presidente del BID. Nos reunimos con Maurice Strong para discutir en privado hacia dónde avanzar después de Estocolmo y qué importante era que Estocolmo —conferencia parcial pues la Unión Soviética no asistió y los latinoamericanos no fueron suficientemente informados sobre su contenido— conmoviera a la opinión pública mundial. Muchos gobiernos estuvieron allí —como señalé en mi escrito presentado aquí en Oslo— con la idea de que el movimiento y los programas ambientales son formas de frenar el desarrollo porque es imposible incorporar los costos de las políticas ambientales. Sólo los países ricos pueden hacerlo. La mentalidad que imperó durante la Década del Desarrollo aún prevalecía; gravitaba entre los argelinos, brasileños, y otros. [Pero] lo que siguió no fue acertado. El PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente) comenzó con un presupuesto de 110 millones de dólares. Maurice Strong lo inició. Se contrató más tarde a Mustafa Tolba, un muy eficiente funcionario.

Sin embargo, el PNUMA nació con deficiencias. No produjo ecos, o no los necesarios, en las Naciones Unidas. No es posible confiar en instituciones especializadas que tienen su propia definición de las cuestiones ambientales y postulan lo que es necesario hacer cuando se carece de coordinación. Muy poco se puede hacer en estas circunstancias. Las Naciones Unidas nombraron a la Comisión Brundtland en 1984. Les exigió tres años formular un informe. Opiné entonces que era una idea acertada. Me gustó desde su arranque. Pensé: “Es algo que constituye un articulado conjunto. Toma en cuenta las discusiones en el Club de Roma y muchas otras de diversas fuentes. Pone en razonable perspectiva el conocimiento

sobre energía y cambio climático y [*en general*] todos los temas que serán importantes en el futuro”.

El Informe Brundtland constituyó el documento rector en Río. Pasaron cinco años hasta que las acciones comenzaron a desplegarse. Era yo entonces miembro del Instituto del Medio Ambiente de Estocolmo. También Nitin Desai.¹⁰⁷ Acostumbrábamos a sentarnos uno al lado del otro y conversar ampliamente. Lo estimo mucho. Fuimos testigos de los preparativos hacia la Conferencia de Río. Estuve en Estocolmo en 1991 en una reunión del consejo directivo en ocasión de la visita del presidente de Brasil. Se otorgaron muchos premios. Creo que se denominaron “las 500 medallas por [*defender*] el ambiente”. Llegaron gentes de diferentes partes del mundo. Participamos en la ceremonia cuando el rey de Suecia entregaba las preseas. Maurice Strong estuvo allí sólo 45 minutos y salió para tomar un avión. Se hizo presente en todo caso.

Tomé parte también en el acto en el que las autoridades suecas entregaron la banda a la persona que sería responsable del auspicio de las deliberaciones sobre el ambiente: el presidente de Brasil, Fernando Collor de Mello.¹⁰⁸ Fui invitado a todos los convites y me divertí cuando se resolvió ofrecer una cena oficial. Llegué allí y me dijeron: “Usted no está en nuestra lista”. Les contesté: “He sido invitado. Miren la tarjeta”. Me respondieron: “Está bien. Le buscaremos una mesa”. Me acomodaron con el principal encargado de la seguridad del rey de Suecia y su colega responsable por la del presidente brasileño. La conversación fue muy interesante. Fui testigo de estos actos, pero resolví no ir a Río en 1992. Estuve en las entrañas de todos estos asuntos durante años. Había leído el Informe Brundtland. Escribí sobre el tema y di varias conferencias sobre su contenido.

[*Por esas fechas*] recibí una llamada de Luis Donaldo Colosio,¹⁰⁹ quien era entonces secretario de Desarrollo Social y a cargo de los

¹⁰⁷ Nitin Desai (1941–). Economista indio. Fue subsecretario general de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas entre 1992 y 2003. Asesor principal de la Comisión Brundtland en 1985-1987. Acuñó el concepto “desarrollo sustentable”.

¹⁰⁸ Fernando Collor de Mello (1949–). Presidente de Brasil entre 1990 y 1992. Renunció al ser acusado de actos de corrupción.

¹⁰⁹ Luis Donaldo Colosio (1950-1994). Político mexicano. Fue secretario de Desarrollo Social y candidato a la Presidencia de México (1994), cuando fue asesinado,

temas del medio ambiente. Apenas lo conocía. Una persona grata. Tuve una larga conversación con él. Me preguntó: “¿Podría venir a Río conmigo?”. Contesté: “Señor Colosio, he participado en muchas conferencias. Éste es un encuentro que ya fue previamente *cocinado* y pienso que no habrá nada que revista suficiente importancia para mí. Llené ya mi cuota en la vida tomando parte en reuniones. Tal vez este foro sobre el medio ambiente será interesante; participé en otro en Suecia. Pero fue tan amplio que resultó abrumador. Si no tiene objeciones, prefiero no ir a Río”. No volví a verlo. Dos años más tarde fue asesinado cuando era candidato a la Presidencia.

Estuve involucrado intensamente en México con las autoridades responsables del medio ambiente, como [*observador*] crítico y como miembro de comisiones y grupos *ad hoc* procedentes de centros académicos. Seguí estos temas de cerca y me reuní con muchas personas. Creo que entre las magnas conferencias la que más me impresionó fue la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Población y Desarrollo que se verificó en Bucarest, porque en ésta —en contraste con la de Estocolmo en la que muchos países no participaron— la de Bucarest mereció amplia asistencia. Allí se verificó una severa confrontación entre los que proponían la planificación familiar, que se disimuló con toda clase de expresiones. Eran los últimos resultados de la Década del Desarrollo que fue orientada por Argelia, donde se acordó la postura de que los países ricos no tenían que decirnos cómo atender esta materia. No era un problema demográfico sino una cuestión de desarrollo. Conocía todos los argumentos; trabajé este tema durante años.

Por fortuna, México se preparó cuidadosamente [*para la Conferencia*], porque el presidente Echeverría, cuando asumió su cargo, ya había recibido, por medio de mis amigos, el informe que habíamos redactado en El Colegio de México sobre el crecimiento demográfico y sus implicaciones: los altos porcentajes del mismo y la necesidad de una política poblacional. Fue un aporte muy certero; Echeverría necesitaba a alguien con respetabilidad académica para respaldar lo que estaba pensando. La población de México crecía

sin que el crimen haya sido aclarado hasta hoy. Su padre, Luis Colosio Fernández, publicó al respecto el libro *A 10 años Colosio habla* (2004).

con rapidez y se debía hacer algo en ese campo, pero eran la Iglesia católica, de un lado, y los grupos de izquierda, del otro, adversos a directrices demográficas. Cuando asumí la presidencia nos convocó. Lo conocía superficialmente desde antes; Echeverría tenía un gran respeto por El Colegio de México. Compatibilizamos muy bien; organicé un grupo de trabajo para asesorarle en materia poblacional. Llamó al secretario de Gobernación responsable en México de los temas demográficos, y le dijo: “Debemos modernizar la ley, actualizarla. Hay que implantar la idea de la planificación familiar como una obligación legal del Estado con el fin de incentivarla... Y debemos prepararnos para la Conferencia en Bucarest”... Tanto nosotros como el presidente sabíamos que las organizaciones no gubernamentales de Estados Unidos estaban presionando fuertemente a los países a fin de que adoptaran políticas de población que implicaran, sin ambigüedades, planificación familiar, no de la índole que Indira Gandhi erróneamente impuso, sino una planificación sensible mediante servicios institucionales y médicos.

Echeverría fue muy inteligente en esta materia. Pensaba que la planificación familiar debía ser adoptada en México, y que era algo que el país debía oficialmente aprobar. Si íbamos a Bucarest y al retornar de allí hubiésemos dicho “debemos atender las recomendaciones de la Conferencia” se produciría un gran escándalo. Todos estarían contra nosotros. Se debía tomar decisiones antes de este encuentro mundial. Entonces tuvo lugar una infinidad de reuniones en las que indefectiblemente participé. Antonio Carrillo Flores¹¹⁰ fue nombrado —un interesante hecho— secretario general de esta Conferencia. Debió participar en múltiples reuniones con viajes a Nueva York. Solía verlo allí cuando yo llegaba, junto con Leon Tabah, jefe de la División de Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales [*de la ONU*]. Tabah conocía El Colegio, y nos había ayudado a promover los estudios demográficos. Así pudimos coincidir muy bien con los ministros que encabezaban la Delegación, con los funcionarios responsables de los as-

¹¹⁰ Antonio Carrillo Flores (1909-1986). Político mexicano. Director general de Nacional Financiera (1945-1952), secretario de Hacienda y Crédito Público (1952-1959) y de Relaciones Exteriores (1964-1970).

pectos médicos, con el Instituto del Seguro Social, con el secretario de Salud y con los demógrafos. Hubo algunos como yo que no eran demógrafos, pero conocían las implicaciones del crecimiento poblacional en el desarrollo. Fui muy orientado por un estudio de Ansley Cole, demógrafo de la Universidad de Princeton, quien era coautor junto con Hoover de un libro sobre la India. Contenía un apéndice relativo a México que revelaba cuáles serían las consecuencias de una población mayoritaria de jóvenes, resultado del declive de la mortalidad infantil y el ascenso de la esperanza de vida cuando no cambia la tasa de natalidad. Esta pirámide, en rigor, podría acentuarse como resultado de una mejor salud entre las mujeres, lo que efectivamente tuvo lugar. Éstas eran las ideas que rondaban en nuestro ánimo.

Merced a mis actividades con John Durand en las Naciones Unidas durante la Conferencia de Belgrado en 1965, nueve años más tarde pude involucrarme en la Conferencia de Bucarest como asesor de la Delegación mexicana y como presidente de El Colegio de México. Me fue asignado el trabajo de escribir un texto para el Comité de la Conferencia, que era dirigido por un colombiano que había conocido en mis días en la OEA y en la Alianza para el Progreso. Enfrentamos a dos delegaciones que fueron de difícil trato. Una la argelina y la otra, la argentina. Los argentinos declararon que no había necesidad alguna de una política de población conforme a la experiencia que habían tenido. Ellos presentaban una tasa muy baja de fecundidad al lado de una alta esperanza de vida. Creían que idéntica situación ocurría en toda América Latina. [*Ciertamente*] no tenían idea de lo que acontecía en El Salvador, México o Venezuela, y en otros países que nosotros conocíamos muy bien.

Tuvo lugar entonces un combate, pero contábamos con un buen aliado, un rumano llamdo Mircea Malitza, quien era miembro del Club de Roma. Ambos elaboramos allí un documento que, en algún grado, neutralizaba las exageradas posturas de los argelinos, de los argentinos y de otros, y ponía el tema en perspectiva. Ciertamente, estos documentos no tuvieron alta resonancia. Uno trabaja muchísimo, invierte horas en labores nocturnas redactando una y otra vez los documentos, y los defiende en los debates. Y si son aprobados en la conferencia, probablemente nadie los leerá posteriormente. Sin embargo, incentiva a la gente a pensar sobre estos temas. Pienso

que tienen valor. En verdad, el comité principal —yo no estaba allí pero seguía sus pasos— era el encargado de formular el Plan de Acción que dimana de toda conferencia. Teníamos en la Delegación mexicana personas capaces, incluyendo al propio secretario Carrillo Flores que puso en riesgo su carrera política al asumir el liderazgo en la esfera de políticas de población. [*Entonces*] se perfilaba como un probable candidato presidencial, pero no lo fue. Existe un libro escrito por Jorge Castañeda¹¹¹ sobre lo que les ocurre a aquellos que no atinan a actuar como candidatos presidenciales: son caballos que no llegan a la meta...

Ejercimos, en suma, un ascendiente desde El Colegio de México y la Conferencia en Bucarest nos concedió respaldo. Echeverría pudo anunciar públicamente que el gobierno mexicano había formulado una política de población e incluso reformó la Constitución para establecer el derecho de cada persona, no sólo de una pareja, de decidir libremente el número y el espaciamiento de los hijos. Así procedió antes de Bucarest. Declaró entonces: “México ya anunció al resto del mundo cuál será su propia política”. Éste es el estilo mexicano de tratar los asuntos. Convenció a suficientes funcionarios en el gobierno mexicano y contó con nuestra ayuda desde El Colegio.

En alguna ocasión la Fundación MacArthur me preguntó: “¿Cómo explicar que usted en El Colegio ha influido tanto en la política demográfica de México?” Repliqué: “Por una simple razón: nosotros sabíamos sobre esta materia más que el gobierno”. Es el único caso que conozco en México en el que podíamos permitirnos la vanidad de saber más que cualquier otra entidad oficial.

El presidente confiaba en que le diríamos la verdad, lo cual siempre hicimos. Cuando dialogamos personalmente con los mandatarios mexicanos —especialmente Luis Echeverría,¹¹² José López Portillo¹¹³ y Miguel de la Madrid¹¹⁴— siempre dije la verdad como yo la concebía. Ellos sabían que yo carecía de intención política alguna en mis orientaciones. Echeverría tuvo la inteligencia para convertir

¹¹¹ Jorge Castañeda G. (1953–). Político mexicano, secretario de Relaciones Exteriores (2002-2003).

¹¹² Luis Echeverría (1922–) Presidente de México (1970-1976).

¹¹³ José López Portillo (1920-2004). Presidente de México (1976-1982).

¹¹⁴ Miguel de la Madrid Hurtado (1934-2012). Presidente de México de 1982 a 1988.

estas sugerencias en enmiendas a la ley y a la Constitución. Bajo un sistema autoritario de un solo partido esto se pudo hacer con facilidad. En la materialización de políticas estuvimos muy involucrados al ayudar al siguiente presidente, José López Portillo, a adoptar metas en la política poblacional y en el crecimiento demográfico, así como en la articulación de instrumentos para materializar estos objetivos mediante la planificación familiar. Había excelentes personas en la profesión médica que trabajaban en este campo. Y la tendencia continuó: trajo en verdad un cambio radical.

No estoy sugiriendo que esto haya ocurrido debido a la Conferencia de Bucarest. No. Teníamos nuestras propias ideas. Juzgo sin embargo que este encuentro fue una buena columna para amarrar el tema y convertirlo en parte en la actitud global de las Naciones Unidas. La Conferencia de El Cairo en 1994 fue, ciertamente, más difícil, porque asumió una orientación diferente respecto a la salud de la mujer y temas conexos. No participé en ella, pero muchos de mis amigos estuvieron allí. México no tuvo un papel distinguido en El Cairo; el país había reducido el tono de su política de población. Hoy se desenvuelve espontáneamente. El presidente Salinas no la impulsó como pensábamos que hubiera podido porque deseaba llegar a un acuerdo con la Iglesia católica. El Estado y la Iglesia estaban separados en México desde 1856. Era absurdo que desde aquellos días México no tuviera relaciones con el Vaticano, al menos oficialmente. Los sacerdotes no podían votar ni vestir sotanas. Salinas propició una reforma de la Constitución con el fin de reconocer a las iglesias, incluyendo a los grupos protestantes, evangélicos y otros.

A lo que ya dije debo añadir la importancia de las organizaciones no gubernamentales. La Conferencia de Estocolmo animó discusiones paralelas dentro de la comunidad científica. Tomé parte en algunos de estos paneles. En Bucarest fueron muy importantes, animados vigorosamente por grupos militantes como los de John D. Rockefeller, el Comité de Crisis Poblacional y otros. A muchos países les fue difícil resistir esta presión. También a México. Todos resoplaban muy cerca de nuestros pescuezos... “¿Cuándo comenzarán a poner en práctica la planificación familiar?”. John D. Rockefeller y otros nos empujaban en esta dirección. La planificación familiar ya había comenzado en México en forma privada; al fin el

gobierno resolvió adoptarla en gran escala por medio del Instituto Mexicano del Seguro Social y de la Secretaría de Salud. Incluso los sindicatos se pronunciaron en favor. La oposición más dura emanó de los políticos. Pero encontramos aliados entre los médicos y en algunos senadores y diputados. Creo que el ascendiente de las ONG fue muy importante en estas conferencias; ejercieron una benéfica presión. Algunas veces usted debe alejarse de estas influencias. Pero era sabio e importante que no sólo los gobiernos discurren sobre estos temas; también la sociedad civil debía ser tomada en cuenta. Creo que aún no es suficientemente apreciada, pero existe un comienzo.

Retorno a su primera pregunta. Creo en la importancia de estos amplios informes. Algunos fueron mejores que otros. Ciertamente, el informe Brundtland fue espléndidamente generoso en su alcance, en verdad casi impecable. Creo en la importancia de amplios encuentros cuando la participación es efervescente y cuando no se inclinan en una dirección favorable a alguien en particular. En 1984 se realizó uno en México sobre población. La Delegación norteamericana se opuso radicalmente a definir un crecimiento demográfico y a cualquier política que implicara alguna variedad de *planificación*. Esta palabra provocaba pánico entre ellos. Junto con los ingleses estuvieron al margen de las discusiones porque la Delegación francesa contaba con una mayoría de expertos demógrafos, muchos de los cuales habían estado en México trabajando con nosotros en El Colegio. Todos los latinoamericanos coincidían con nosotros en materia poblacional. Y el apoyo de otros países fue sólido.

Recuerdo haber participado como observador. Fue todo lo que hice. Sólo tuve contactos con un ministro con el ánimo de corregir algunos pormenores en uno de los documentos que yo consideraba importante. No se programaba discusión alguna sobre los nexos del crecimiento poblacional con el empleo; sugerí este tema y él lo aceptó. Los norteamericanos se sintieron derrotados, pero la conferencia fue débil en sus conclusiones al diluir algunas directrices que emanaban de la Conferencia de Bucarest. Sin embargo, en 1994 fue diferente, porque para esa fecha ya se había llevado a cabo la Conferencia sobre Medio Ambiente. En El Cairo se tomó un rumbo diferente porque la bisagra entre población y medio ambiente

ya había sido esclarecida en Río. Creo que las Naciones Unidas deben erguirse sobre las puntas de los pies para ver lejos, y no sólo para promover algo más de lo mismo. Debe en verdad actualizarse y atraer a la mejor gente en los preparativos de sus conferencias. Se precisan muchos Maurice Strong en estos eventos. No siempre sus propósitos son alcanzados.

TGW: En verdad, no son muchos [*los logros*].

VLU: Imposible multiplicarlos.

TGW: Debemos interrumpir aquí dentro de algunos momentos. Me gustaría hacer una pregunta que alude a una controversia. Retorno a mediados de los cincuenta y avanzaré rápidamente. ¿Cuáles son sus memorias de la Conferencia de Bandung y el encuentro de los Países No Alineados? ¿Podría decirme cuál fue la importancia de ellos en su momento? Y después me gustaría escuchar sus apreciaciones sobre la evolución del Movimiento de No Alineados en combinación con el el Grupo de los 77. ¿Cuál es la importancia de esta constelación en la tribuna mundial para ayudar a la atención de estos temas en el público internacional?

VLU: Juzgo que los tempranos planteamientos y las labores de personas como Jawaharlal Nehru fueron muy sensibles y sólidos. Pero todo este movimiento se vulgarizó al caer en manos de mucha gente y múltiples países —los argelinos fueron los peores en este asunto— que condujeron las cosas hasta sus últimos límites. No benefició a nadie la magna confrontación entre el Grupo de los 77 y el de los 12, o entre Estados Unidos y otros países. Un buen ejemplo se tuvo cuando el presidente Echeverría —con inocencia o malicia, no lo sé— fue a la Conferencia de la UNCTAD en Santiago en 1974 y Porfirio Muñoz Ledo¹¹⁵ lo empujó a presentar la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Se usó [*entonces*] un lenguaje que obviamente no fue aceptable para los paí-

¹¹⁵ Porfirio Muñoz Ledo (1933–). Político mexicano. Fue presidente del Partido Revolucionario Institucional (PRI) durante una década; representante permanente de México ante la ONU y coordinador del Grupo de los 77.

ses desarrollados —el denominado Grupo-B. Cuando se presentó la Carta en la Asamblea General de las Naciones Unidas fue aprobada por mayoría de votos. En contraste, en Chile Echeverría dijo: “Voy allí en una misión política”. No cabe decir estas cosas cuando se realiza una visita de Estado. Y no se hace un pronunciamiento antes de tiempo.

Si hubiéramos ido a Bucarest para proclamar “Estamos en contra del papa y de John D. Rockefeller pues procuran imponernos directrices demográficas”, habríamos sido el hazmerreír de los delegados. Escribí un artículo para analizar la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados. La objeté en un artículo, que disgustó. Muchas personas no la apoyaron, incluso en el gobierno y en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Creo que México nunca tuvo una clara postura por una sencilla razón. Somos el vecino más cercano de Estados Unidos en el contexto latinoamericano. Compartimos una frontera. Nos dedican prolija atención en asuntos específicos —no en generalidades— sobre lo que México significa en relación con Estados Unidos y Canadá. Incluso hasta esta fecha se consagra atención a algunos problemas ambientales bien señalados. Los vínculos entre Estados Unidos y México conocieron malos momentos durante la administración de Reagan, por ejemplo. Han mejorado con William Clinton y con George Bush. Los nexos se han estrechado, aunque hay muchos temas que aún deben ser tratados, como el tráfico de drogas y de armas, que está tomando fuerza.

México jamás adoptó una clara postura [*sobre lo que pregunta*]. No fue uno de los Países No Alineados. Envío observadores a las reuniones. Una de las personas que asumió esta decisión fue nada menos que Alfonso García Robles¹¹⁶ en la Secretaría de Relaciones Exteriores, que trabajó en el Secretariado de la ONU durante diez años en asuntos políticos. Fue un gran amigo mío. Recibió el Premio Nobel de la Paz por sus labores en favor del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares en América Latina. Sin embargo, México debió adoptar en el curso de los años una postura

¹¹⁶ Alfonso García Robles (1911-1991). Político mexicano. Concibió y logró la aprobación del Tratado de Tlatelolco (1967) que alude a la desnuclearización de América latina. Recibió el Premio Nobel de la Paz en 1982.

ambigua respecto al grupo de Países No Alineados. El país debía cuidar la amistad con Estados Unidos, aunque durante la Guerra Fría manifestó distancias, y a veces divergencias, respecto a las posturas norteamericanas. México no fue indiferente al Grupo de los 77, pero no fue parte de él. No se constituyó en “País No Alineado”, pero votó en favor del G-77 en los asuntos económicos. El presidente Salinas congeló esta tendencia al insertar a México en la OCDE. Se le dijo a México: “Bueno, ustedes ya no son parte del G-77 porque no pueden estar al mismo tiempo en la OCDE y en este grupo”. Circunstancia que está cambiando pues Corea ahora se integró a la OCDE y otros países [*también*] la cortejan. México no es un país “desarrollado”. En rigor, no formamos parte de la organización europea. He revisado muchos informes, y cuando se consideran los promedios con base en las cifras de la OCDE, los datos de México y Corea los reducen —especialmente los de México— por las crisis que hemos padecido y el volumen de daños ambientales que hemos acumulado. Analicé recientemente las sumas de desperdicios no tratados que llegan a ríos y basureros. Son las más altas entre los países de la OCDE, realidad que afecta a los promedios. Y nuestras cifras son fragmentarias.

No estamos completamente en la OCDE. Creo que cualquier declaración formal de México en favor del G-77 no debe ser considerada. No es útil para el país. No digo que tampoco lo sea para otros países latinoamericanos. Hemos estado durante un largo periodo bajo la influencia norteamericana. El TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) es un ejemplo. Y habrán otros entendimientos de naturaleza similar. Estados Unidos ha suscrito uno con los países del Caribe y con Centroamérica. Procura estimular la apertura a las inversiones directas extranjeras. Como estamos seriamente endeudados y aún debemos pagar por el servicio de la deuda, transferimos capital al extranjero en lugar de obtener nuevo capital. En estas circunstancias los norteamericanos dicen: “Bueno, ábranse a las inversiones extranjeras. Ellas los compensarán por los capitales transferidos”. Sólo tres o cuatro países pueden adoptar este proceder en vasta escala.

Creo que la CEPAL incurre en un lamentable error al presentar los resultados de sus investigaciones en términos agregados. Cuando se produjo el *shock* petrolero debió haber distinguido entre “países

exportadores de petróleo, países importadores, o países latinoamericanos con petróleo y sin petróleo"... Debe hacer más deslindes desagregados. Debe entender que el Mercosur es un espléndido logro. Qué México está integrado en realidad a Estados Unidos y, en escala menor, a Canadá. Que el Caribe es otra cosa —es decir, el antiguo Caribe británico. Que México ya no es parte de "América Latina" en muchos aspectos. Que Brasil será el líder en el siglo XXI.

No me agrada la expresión "América Latina" en la sigla de la CEPAL, incluso si se agrega una C para incluir el Caribe, pues sostengo que se debe examinar qué ocurre en cada uno de los países y en diferentes agregados de países, y animar políticas de subregionalización. El Mercosur marca el rumbo porque, entre otras circunstancias, se funda en un consenso político. He escrito un texto sobre el tema. Fue aceptado para su publicación por Macmillan en un volumen que contiene las actas del Congreso de la Asociación Internacional de Economistas que se llevó a cabo en Buenos Aires en 1999. Se trata de una idea que quisiera elaborar: cómo subregionalizar muchos temas en América Latina y cómo usar a la CEPAL, que es un organismo de las Naciones Unidas, para apuntalar la capacidad de lo que debe hacerse en los países de inferior desarrollo de América Latina, países que con frecuencia carecen de suficientes equipos para estudiar los problemas que deben ser planteados y discutidos en la "región latinoamericana". La llamo "región", ya no "América Latina".

Sin embargo, José Antonio Ocampo, actual secretario ejecutivo de la CEPAL, no está interesado. Incluso no me presta atención alguna. Esto no me preocupa. No me quedo despierto por las noches pensando en su actitud.

TGW: O se mantiene aquí despierto por la luz en Noruega...

VLU: Sí. Hay otros temas que me abruman, pero no éste. Estoy escribiendo al respecto y continuaré promoviendo esta idea. Converso con muchas personas en la medida de mis posibilidades. Las comisiones regionales puede protagonizar un papel en temas medioambientales y en el desarrollo sustentable. Estos problemas existen y uno debe orientarse a resolverlos, con voz menos altisonante, y con

menos sumas de números y de sonoros llamados de atención que nadie atiende.

Bueno, creo que debemos concluir.

TGW: Así es. Ha sido un gran placer. Espero continuar nuestra conversación informalmente en el futuro.

VLU: Muchas gracias. Me fue grato. Me ayudó a exponer mis ideas con mayor precisión. Conservaremos contacto mediante el correo electrónico.

TGW: Seguramente.

VLU: Gracias.

Entrevista a Víctor L. Urquidí
por Thomas G. Weiss, Organización de las Naciones Unidas,
Oslo, 18 y 19 de junio de 2000,
se terminó de imprimir en septiembre de 2014
en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.,
Naranjo 96 bis, P.B., Santa María la Ribera,
06400 México, D.F.
Composición tipográfica y formación a cargo de
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidó la edición Antonio Bolívar.

TESTIMONIOS

A principios del siglo, Víctor L. Urquidi fue entrevistado en el marco de la Historia Intelectual de las Naciones Unidas, un proyecto basado en historias orales que se desarrolló durante una década (1999-2010). Lo presidía el propósito de recoger las ideas matrices de un número selecto de intelectuales, investigadores y funcionarios internacionales (79 en total) que enriquecieron el bagaje del organismo mundial, con particular acento en el desarrollo económico y la equidad social. Coordinado por Thomas G. Weiss, Richard Jolly y Louis Emmerij, y bajo los auspicios del Instituto de Estudios Internacionales Ralph Bunch de la Universidad de Nueva York, este luminoso proyecto historiográfico dio lugar a 17 volúmenes que describen y ponderan, en términos comparativos, múltiples aspectos del quehacer social y económico internacional. Las entrevistas fueron concebidas como un instrumento de diálogo personal dirigido a presentar y elucidar ideas que apenas alcanzaron expresión pública. En forma de grabaciones en CD-ROM se encuentran en los archivos del Centro de Historia Oral en la Universidad de Columbia, Nueva York. Por sus méritos personales y profesionales, Víctor L. Urquidi fue escogido en este selecto grupo, al lado de figuras latinoamericanas como Celso Furtado, Enrique Iglesias, Lourdes Arizpe, Fernando Enrique Cardoso y Gert Rosenthal. Entre los personajes de otras latitudes cabe mencionar a Kofi Annan, Paul Streeten, Ignacy Sachs, Samir Amin, Hans Singer, I.G. Patel, y Amartya Sen. La entrevista a Urquidi tuvo lugar en Oslo, Noruega, en la tercera semana de junio de 2000. A pesar de su innegable importancia, no tuvo amplia difusión ni mereció la versión al castellano. Reparar estas omisiones es propósito del presente libro.

ISBN 978-607-462-665-0

